

II CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Del 19 de julio al 7 de agosto de 1920

Índice:

- Estatutos de la Internacional Comunista
- Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista
- Las tareas fundamentales de la Internacional Comunista
- Resolución sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria
- El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresa
- Tesis sobre la cuestión nacional y colonial
- Tesis sobre la cuestión agraria
- El Partido Comunista y el parlamentarismo
- Manifiesto del II Congreso de la Internacional Comunista. El mundo capitalista y la Internacional Comunista

Estatutos de la Internacional Comunista

En 1864 fue fundada en Londres la Asociación Internacional de Trabajadores, la Primera Internacional. Los estatutos de esta asociación decían:

“Considerando:

Que la emancipación de la clase obrera debe ser lograda sólo por la clase obrera.
Que la lucha por esta emancipación de ningún modo significa una lucha por la creación de nuevos privilegios de clase y de monopolios sino que se trata de una lucha por el establecimiento de la igualdad de derechos y deberes y por la supresión de toda dominación de clase.

Que la sumisión del hombre al trabajo bajo el régimen de los poseedores de los medios de producción (es decir de todos los recursos vitales) y la esclavitud bajo todas sus formas son las causas principales de la miseria social, de la degradación moral y de la dependencia política.

Que la emancipación económica de la clase obrera es en todas partes el objetivo esencial al que todo movimiento político debe ser subordinado como un medio.
Que todos los esfuerzos tendientes a lograr ese gran objetivo fracasaron a causa de la falta de solidaridad entre los trabajadores de los diferentes sectores de trabajo en cada país y de una alianza fraterna entre los trabajadores de los diferentes países.

Que la emancipación no es un problema local o nacional sino un problema social de todos los países donde existe el régimen social moderno y cuya solución depende de la colaboración teórica y práctica de los países más avanzados; que la renovación actual simultánea del movimiento obrero en los países industriales de Europa despierta en nosotros por un lado nuevas esperanzas pero por el otro significa una solemne advertencia para no caer en viejos errores, y nos convoca a la coordinación inmediata del movimiento que hasta ahora no era coherente...”.

La Segunda Internacional, fundada en 1889 en París, fue la encargada de continuar la obra de la Primera Internacional. Pero en 1914, al comienzo de la guerra mundial, sufrió una bancarrota total. La Segunda Internacional murió, corroída por el oportunismo y abatida por la traición de sus jefes, que se pasaron al campo de la burguesía.

La Tercera Internacional Comunista, fundada en marzo de 1919 en la capital de la República Socialista Federativa de los Sóviets, en Moscú, declaró solemnemente a la faz del mundo que ella se encargaba de proseguir y acabar la gran obra emprendida por la Primera Internacional de los Trabajadores.

La Tercera Internacional, comunista, se constituyó al final de la matanza imperialista de 1914-1918, durante la cual la burguesía de los diversos países sacrificó veinte millones de vidas.

¡Acuérdate de la guerra imperialista! Estas son las primeras palabras que la Internacional Comunista dirige a cada trabajador, cualquiera que sea su origen y su lengua. ¡Recuerda que, debido a la existencia del régimen capitalista, un puñado de imperialistas tuvo durante cuatro largos años la posibilidad de obligar a todos los trabajadores del mundo a degollarse! ¡Recuerda que la guerra burguesa sumió a Europa

y al mundo entero en el hambre y la indigencia! ¡Recuerda que sin la liquidación del capitalismo, la repetición de esas guerras criminales no sólo es posible sino inevitable! La Internacional Comunista se fija como objetivo la lucha armada por la liquidación de la burguesía internacional y la creación de la República Internacional de los Sóviets, primera etapa en la vía de la supresión total de todo régimen gubernamental. La Internacional Comunista considera la dictadura del proletariado como el único medio disponible para sustraer a la humanidad de los horrores del capitalismo. Y la Internacional Comunista considera el poder de los sóviets como la *forma* de dictadura del proletariado que impone la historia.

La guerra imperialista creó un vínculo particularmente estrecho entre los destinos de los trabajadores de un país y los del proletariado de todos los otros países.

La guerra imperialista confirmó una vez más la veracidad de lo que podía leerse en los estatutos de la Primera Internacional: la emancipación de los trabajadores no es una tarea local ni nacional sino una tarea social e *internacional*.

La Internacional Comunista rompe para siempre con la tradición de la Segunda Internacional para la cual, en los hechos, sólo existían los pueblos de raza blanca. La Internacional Comunista fraterniza con los hombres de raza blanca, amarilla, negra, con los trabajadores de toda la tierra.

La Internacional Comunista apoya, integralmente y sin reservas, las conquistas de la gran revolución proletaria en Rusia, de la primera revolución socialista de la historia que resultara victoriosa, e invita a los proletarios del mundo a marchar por el mismo camino. La Internacional Comunista se compromete a sostener por todos los medios a su alcance a toda república socialista que sea creada en cualquier lugar de la tierra.

La Internacional Comunista no ignora que, para conseguir la victoria, la Asociación Internacional de los Trabajadores, que combate por la abolición del capitalismo y la instauración del comunismo, debe contar con una organización fuertemente centralizada. El mecanismo organizado de la Internacional Comunista debe asegurar a los trabajadores de cada país la posibilidad de recibir en todo momento, por parte de los trabajadores organizados de otros países, toda la ayuda posible.

Una vez considerado lo que antecede, la Internacional Comunista adopta los siguientes estatutos:

Artículo 1º.- La nueva Internacional de los Trabajadores es fundada con el objetivo de organizar una acción conjunta del proletariado de los diversos países, tendente a un solo fin: la liquidación del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y de una República Internacional de los Sóviets que permitirán abolir totalmente las clases y realizar el socialismo, primera etapa de la sociedad comunista.

Artículo 2º.- La nueva Asociación Internacional de los Trabajadores adopta el nombre de *Internacional Comunista*.

Artículo 3º.- Todos los partidos y organizaciones afiliadas a la Internacional Comunista llevan el nombre de Partido Comunista de tal o cual país (sección de la Internacional Comunista).

Artículo 4º.- La instancia suprema de la Internacional Comunista es el Congreso Mundial de todos los partidos y organizaciones afiliadas. El Congreso Mundial sanciona los programas de los diferentes partidos que se adhieren a la Internacional Comunista. Examina y resuelve los problemas esenciales programáticos y tácticos relativos a la actividad de la Internacional Comunista. El número de votos deliberativos que en el Congreso Mundial corresponderán a cada partido u organización, será fijado por una decisión especial del Congreso. Además, es indispensable determinar, lo más rápidamente posible, las normas de representación, basándose en el número efectivo de los miembros de cada organización y teniendo en cuenta la influencia real del partido.

Artículo 5º.- El Congreso Mundial elige un Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que se convierte en la instancia suprema de la Internacional Comunista durante los intervalos que separen las sesiones del Congreso Mundial.

Artículo 6º.- La sede del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista será designada, en cada nueva sesión, por el Congreso Mundial.

Artículo 7º.- El Congreso Mundial extraordinario de la Internacional Comunista puede ser convocado ya sea por decisión del Comité Ejecutivo o a solicitud de la mitad del número total de los partidos afiliados en el último Congreso Mundial.

Artículo 8º.- El trabajo principal y la gran responsabilidad, en el seno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, incumbe principalmente al Partido Comunista del país donde el Congreso Mundial ha fijado la sede del Comité Ejecutivo. El Partido Comunista de ese país tiene por lo menos cinco representantes con votos deliberativos en el Comité Ejecutivo. Además, cada uno de los llamados doce partidos comunistas más importantes tiene un representante con voto deliberativo en el Comité Ejecutivo. La lista de esos partidos es sancionada por el Congreso Mundial. Los otros partidos u organizaciones tienen el derecho de delegar ante el Comité representativo (a razón de uno por organización) con voto consultivo.

Artículo 9º.- El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dirige en el intervalo que separa las sesiones de los congresos todos los trabajos de la Internacional Comunista, publica, en cuatro lenguas por lo menos un órgano central (la revista *La Internacional Comunista*), publica los manifiestos que juzga indispensables en nombre de la Internacional Comunista y da a todos los partidos y organizaciones afiliadas instrucciones con fuerza de ley. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el derecho de exigir a los partidos afiliados la exclusión de los grupos o individuos que hayan transgredido la disciplina proletaria. Puede exigir la expulsión de los partidos que violen las decisiones del Congreso Mundial. Esos partidos tienen el derecho de apelar al Congreso Mundial. En caso de necesidad, el Comité Ejecutivo organizará, en los diferentes países, secretarías auxiliares técnicas o de otro tipo que le estarán totalmente subordinadas.

Artículo 10º.- El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el derecho de cooptar, acordándoles votos consultivos, a los representantes de las organizaciones y de los partidos no admitidos en la Internacional Comunista pero que simpatizan con el comunismo.

Artículo 11°.- Los órganos de la prensa de todos los partidos y organizaciones afiliadas a la Internacional Comunista o que simpatizan con ella, deben publicar todos los documentos oficiales de la Internacional Comunista y de su Comité Ejecutivo.

Artículo 12°.- La situación general en Europa y en América impone a los comunistas la obligación de crear, paralelamente a sus organizaciones legales, organizaciones clandestinas. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el deber de vigilar la observancia de este artículo de los estatutos.

Artículo 13°.- Es norma que todas las relaciones políticas que presentan una cierta importancia entre los diferentes partidos afiliados a la Internacional Comunista tengan por intermediario al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En caso de urgencia, esas relaciones pueden ser directas a condición de que el Comité Ejecutivo de la Internacional sea informado.

Artículo 14°.- Los sindicatos que han optado por el comunismo y que forman grupos internacionales bajo el control del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, constituyen una sección sindical de la Internacional Comunista. Los sindicatos comunistas envían sus representantes al Congreso Mundial de la Internacional Comunista por intermedio del Partido Comunista de su país. La sección sindical de la Internacional Comunista delega a uno de sus miembros ante el Comité Ejecutivo, donde tiene voz deliberativa. El Comité Ejecutivo tiene el derecho de delegar, ante la sección sindical de la Internacional Comunista, un representante con voto deliberativo.

Artículo 15°.- La Unión Internacional de la Juventud Comunista está subordinada a la Internacional Comunista y a su Comité Ejecutivo. Delega un representante de su Comité Ejecutivo al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, donde tiene voto deliberativo. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene la facultad de delegar ante el Comité Ejecutivo de la Unión de la Juventud un representante con voto deliberativo. Las relaciones mutuas existentes entre la Unión de la Juventud Comunista y el Partido Comunista en cada país están basadas en el mismo principio.

Artículo 16°.- El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista resolverá la designación de un Secretariado del Movimiento Internacional de la Mujer y organizará una sección de Mujeres Comunistas de la Internacional.

Artículo 17°.- Todo miembro de la Internacional Comunista que se traslade de un país a otro, será fraternalmente recibido en éste por los miembros de la Tercera Internacional.

Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista

El I Congreso constituyente de la Internacional Comunista no elaboró las condiciones precisas de admisión de los partidos en la Tercera Internacional. En la época en que se desarrolló su I Congreso, en la mayoría de los países sólo existían tendencias y grupos comunistas.

El II Congreso de la Internacional Comunista se reúne bajo otras condiciones. En la mayoría de los países existen ahora, en lugar de tendencias y grupos, partidos y organizaciones comunistas.

Cada vez con mayor frecuencia, partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la Segunda Internacional y que ahora querrían adherirse a la Internacional Comunista se dirigen a ella sin por eso haberse convertido verdaderamente en comunistas. La Segunda Internacional está irremediablemente derrotada. Los partidos intermedios y los grupos del “centro”, considerando desesperada su situación, se esfuerzan en apoyarse en la Internacional Comunista, cada día más fuerte, esperando conservar, sin embargo, una “autonomía” que les permitiría proseguir su antigua política oportunista o “centrista”. En cierta forma, la Internacional Comunista está de moda.

El deseo de algunos grupos dirigentes del “centro” de adherirse a la Tercera Internacional nos confirma indirectamente que la Internacional Comunista ha conquistado las simpatías de la gran mayoría de los trabajadores conscientes de todo el mundo y constituye una fuerza que crece constantemente.

La Internacional Comunista está amenazada por la invasión de grupos vacilantes e indecisos que aún no han podido romper con la ideología de la Segunda Internacional.

Además, ciertos partidos importantes (italiano, sueco) cuya mayoría se adhiere a las tesis comunistas, conservan todavía en su seno a numerosos elementos reformistas y socialpacifistas que sólo esperan la ocasión para recuperarse, y sabotear activamente la revolución proletaria, yendo así en ayuda de la burguesía y de la Segunda Internacional. Ningún comunista debe olvidar las lecciones de la República de los Sóviets húngara. La unión de los comunistas húngaros con los reformistas le costó caro al proletariado húngaro.

Es por ello que el II Congreso Mundial considera su deber determinar de manera precisa las condiciones de admisión de los nuevos partidos e indicar a los partidos ya afiliados las obligaciones que les incumben.

El II Congreso de la Internacional Comunista decide que las condiciones para la admisión en la Internacional son las siguientes:

- 1.- La propaganda y la agitación diarias deben tener un carácter efectivamente comunista y adecuarse al programa y a las decisiones de la Tercera Internacional. Todos los órganos de la prensa del partido deben estar redactados por comunistas de firmes convicciones que hayan expresado su devoción por la causa del proletariado. No es conveniente hablar de dictadura proletaria como si se tratase de una fórmula aprendida y corriente. La propaganda debe ser hecha de manera tal que su necesidad surja para todo

trabajador, para toda obrera, para todo campesino, para todo soldado, de los hechos mismos de la vida cotidiana, sistemáticamente puestos de relieve por nuestra prensa. La prensa periódica o de otro tipo y todos los servicios de ediciones deben estar totalmente sometidos al Comité Central del partido, ya sea éste legal o ilegal. Es inadmisibles que los órganos de expresión abusen de su autonomía para llevar a cabo una política no conforme con la del partido. En las columnas de la prensa, en las reuniones públicas, en los sindicatos, en las cooperativas, en todas partes donde los partidos de la Tercera Internacional tengan acceso, deberán criticar no solamente a la burguesía sino también a sus cómplices, los reformistas de toda clase.

2.- Toda organización deseosa de adherir a la Internacional Comunista debe regular y sistemáticamente separar de los puestos, aunque sean de poca responsabilidad, en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y “centristas” y remplazarlos por comunistas probados, sin temor a tener que remplazar, sobre todo al comienzo, a militantes experimentados por trabajadores provenientes de las bases.

3.- En casi todos los países de Europa y América, la lucha de clases entra en el período de guerra civil. Bajo esas condiciones, los comunistas no pueden fiarse de la legalidad burguesa. Es su deber crear en todas partes, paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino, capaz de cumplir en el momento decisivo con su deber hacia la revolución. En todos los países donde, a consecuencia del estado de sitio y de excepción, los comunistas no tienen la posibilidad de desarrollar legalmente toda su acción, la combinación de la acción legal y de la acción clandestina es indudablemente necesaria.

4.- El deber de propagar las ideas comunistas implica la necesidad absoluta de llevar a cabo una propaganda y agitación sistemáticas y perseverantes entre las tropas. En los lugares donde la propaganda abierta presente dificultades a consecuencia de las leyes de excepción, debe ser realizada ilegalmente. Negarse a hacerlo constituiría una traición al deber revolucionario y, en consecuencia, incompatible con la afiliación a la Tercera Internacional.

5.- Es necesaria una agitación hábil y sistemática en el campo. La clase obrera no puede triunfar si no es apoyada al menos por un sector de los trabajadores del campo (jornaleros agrícolas y campesinos pobres) y si no ha neutralizado con su política al menos a un sector del campo atrasado. La acción comunista en el campo adquiere en este momento una importancia capital y debe ser principalmente producto de la acción de los obreros comunistas en contacto con el campo. Negarse a realizarla o confiarla en manos de semirreformistas dudosos significa renunciar a la revolución proletaria.

6.- Todo partido deseoso de pertenecer a la Tercera Internacional debe denunciar tanto al socialpatriotismo confeso como al socialpacifismo hipócrita y falso; se trata de demostrar sistemáticamente a los trabajadores que sin la liquidación revolucionaria del capitalismo, ningún tribunal de arbitraje internacional, ningún debate sobre la reducción de armamentos, ninguna reorganización “democrática” de la Liga de las Naciones pueden preservar a la humanidad de las guerras imperialistas.

7.- Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional Comunista deben reconocer la necesidad de una ruptura total y definitiva con el reformismo y la política centrista y

preconizar esa ruptura entre los miembros de las organizaciones. La acción comunista consecuente sólo es posible a ese precio.

La Internacional Comunista exige imperativamente y sin discusión esta ruptura que debe ser consumada en el menor plazo posible. La Internacional Comunista no puede admitir que reformistas reconocidos como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, MacDonald, Modigliani y otros, tengan el derecho a ser considerados como miembros de la Tercera Internacional y estén representados en ella. Semejante estado de cosas haría asemejar demasiado la Tercera Internacional con la Segunda.

8.- En el problema de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime a otras naciones deben tener una línea de conducta particularmente clara. Todo partido perteneciente a la Tercera Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de “sus” imperialistas en las colonias, de sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales hacia la población trabajadora de las colonias y las nacionalidades oprimidas y llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9.- Todo partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista debe llevar a cabo una propaganda perseverante y sistemática en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones de masas obreras. Deben ser formados grupos comunistas cuyo trabajo tenaz y constante conquistará a los sindicatos para el comunismo. Su deber consistirá en revelar en todo momento la traición de los socialpatriotas y las vacilaciones del “centro”. Esos grupos comunistas deben estar totalmente subordinados al conjunto del partido.

10.- Todo partido perteneciente a la Internacional Comunista debe combatir con energía y tenacidad a la “Internacional” de los sindicatos amarillos fundada en Ámsterdam. Deben difundir constantemente en los sindicatos obreros la idea de la necesidad de la ruptura con la Internacional amarilla de Ámsterdam. Además, debe apoyar con toda su fuerza a la unión internacional de los sindicatos rojos adherida a la Internacional Comunista.

11.- Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional Comunista tienen como deber revisar la composición de sus fracciones parlamentarias, separar a los elementos dudosos, someterlos, no con palabras sino con hechos, al Comité Central del partido, exigir de todo diputado comunista la subordinación de toda su actividad a los verdaderos intereses de la propaganda revolucionaria y de la agitación.

12.- Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista deben ser organizados sobre el principio del centralismo democrático. En una época como la actual, de guerra civil encarnizada, el Partido Comunista sólo podrá desempeñar su papel si está organizado del modo más centralizado posible, si se mantiene una disciplina de hierro cuasimilitar y si su organismo central está provisto de amplios poderes, ejerce una autoridad incuestionable y cuenta con la confianza unánime de los militantes.

13.- Los partidos comunistas de los países donde los comunistas militan legalmente deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones con el objeto de separar a los elementos arribistas o pequeñoburgueses.

14.- Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista deben apoyar sin reservas a todas las repúblicas soviéticas en sus luchas con la contrarrevolución. Deben preconizar incansablemente la negativa de los trabajadores a transportar las municiones y los equipos destinados al enemigo de las repúblicas soviéticas y proseguir, ya sea legal o ilegalmente, la propaganda entre las tropas enviadas a combatir a dichas repúblicas.

15.- Los partidos que conservan hasta ese momento los antiguos programas socialdemócratas deben revisarlos sin demora y elaborar un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones especiales de su país y concebido de acuerdo con el espíritu de la Internacional Comunista. Es obligatorio que los programas de los partidos afiliados a la Internacional Comunista sean confirmados por el Congreso Mundial y por el Comité Ejecutivo. En el caso de que este último niegue su aprobación a un partido, éste podrá apelar al Congreso de la Internacional Comunista.

16.- Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional Comunista, así como las del Comité Ejecutivo, son obligatorias para todos los partidos afiliados a la Internacional Comunista. Al actuar en períodos de guerra civil encarnizada, la Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo deben tener en cuenta condiciones de lucha muy variadas en los diversos países y sólo adoptar resoluciones generales y obligatorias en los problemas donde ello sea posible.

17.- De acuerdo con lo que precede, todos los partidos adherentes a la Internacional Comunista deben modificar su nombre. Todo partido que desee adherirse a la Internacional Comunista debe llamarse: Partido Comunista de... (sección de la Internacional Comunista). Este problema de nominación no es una simple formalidad sino que también tiene una importancia política considerable. La Internacional Comunista declaró una guerra sin cuartel al viejo mundo burgués y a todos los antiguos partidos socialdemócratas amarillos. Es fundamental que la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos "socialdemócratas" o "socialistas" oficiales que vendieron la bandera de la clase obrera sea más clara a los ojos de todo trabajador.

18.- Todos los órganos dirigentes de la prensa de los partidos de todos los países están obligados a imprimir los documentos oficiales importantes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

19.- Todos los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista, o que soliciten su adhesión, están obligados a convocar, lo más rápidamente posible, en un plazo de cuatro meses a más tardar a partir del II Congreso de la Internacional Comunista, un Congreso Extraordinario a fin de pronunciarse sobre estas condiciones. Los comités centrales deben controlar que las decisiones del II Congreso de la Internacional Comunista sean conocidas por todas las organizaciones locales.

20.- Los partidos que deseen mantener su adhesión a la Tercera Internacional pero que aún no han modificado radicalmente su antigua táctica, deben previamente controlar que los 2/3 de los miembros de su Comité Central y de las instituciones centrales más

importantes estén compuestos por camaradas que ya antes del II Congreso se pronunciaron abiertamente por la adhesión del partido a la Tercera Internacional. Algunas excepciones pueden ser hechas con la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El Comité Ejecutivo se reserva el derecho a hacer excepciones con los representantes de la tendencia centrista mencionados en el párrafo 7.

21.- Los adherentes al partido que rechacen las condiciones y las tesis establecidas por la Internacional Comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al Congreso Extraordinario.

Las tareas fundamentales de la Internacional Comunista

1.- El momento actual del desarrollo del movimiento comunista internacional está caracterizado por el hecho de que, en todos los países capitalistas, los mejores representantes del movimiento proletario han comprendido perfectamente los principios fundamentales de la Internacional Comunista, es decir la dictadura del proletariado y el gobierno de los sóviets, y se han unido a sus filas entusiastamente. Más importante todavía es el hecho que las más amplias masas del proletariado de las ciudades y de los trabajadores avanzados del campo manifiestan su simpatía sin reservas hacia esos principios esenciales. Esto constituye un gran paso adelante.

Por otra parte, se han puesto en evidencia dos limitaciones o debilidades del movimiento comunista internacional, que crece con una rapidez extraordinaria. Una de ellas, muy grave y que presenta un gran peligro inmediato para la causa de la liberación del proletariado, consiste en que ciertos antiguos líderes, determinados viejos partidos de la Segunda Internacional, en parte inconscientemente presionados por las masas, en parte conscientemente (y entonces engañándolas para conservar su antigua situación de agentes y auxiliares de la burguesía en el seno del movimiento obrero) anuncian su adhesión condicional o sin reservas a la Tercera Internacional pero permaneciendo, en los hechos, en todo su trabajo práctico cotidiano, al nivel de la Segunda Internacional. Esta situación, absolutamente inadmisibles, introduce entre las masas un elemento de corrupción, impide la formación o el desarrollo de un Partido Comunista fuerte, cuestiona el respeto debido a la Tercera Internacional amenazándola con la reiniciación de traiciones semejantes a las de los socialdemócratas húngaros apresuradamente disfrazados de comunistas. Otro defecto, mucho menos importante y que es más bien una enfermedad de crecimiento del movimiento, es la tendencia “izquierdista” que conduce a una apreciación errónea del papel y de la misión del partido con relación a la clase obrera y a la masa y de la obligación para los revolucionarios comunistas de participar en los parlamentos y en los sindicatos reaccionarios.

El deber de los comunistas no es callar las debilidades de su movimiento sino criticarlo abiertamente a fin de librarse de esas debilidades rápida y radicalmente. Con este objetivo, es importante ante todo definir, de acuerdo con nuestra experiencia práctica, el contenido de las nociones de *dictadura del proletariado* y de *poder de los sóviets*. En segundo lugar, en qué puede y debe consistir en todos los países el trabajo preparatorio, inmediato y sistemático tendente a la realización de esas consignas y, en tercer lugar, qué vías y medios nos permiten hacer que nuestro movimiento supere esas debilidades.

LA ESENCIA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y DEL PODER DE LOS SÓVIETS

2.- La victoria del socialismo, primera etapa del comunismo, sobre el capitalismo exige el cumplimiento por parte del proletariado, la única clase realmente revolucionaria, de las tres tareas siguientes.

La primera consiste en derrocar a los explotadores y, en primer lugar, a la burguesía, su representante económica y política principal. Se trata de infligirles una derrota total, de romper su resistencia, de hacer imposible por su parte todo intento de restauración del capital y de la esclavitud asalariada.

La segunda consiste en atraer tras la vanguardia del proletariado revolucionario, de su Partido Comunista, no solamente a todo el proletariado sino también a toda la masa de trabajadores explotados por el capital, esclarecerlos, organizarlos, educarlos, disciplinarlos en el mismo curso de la lucha despiadada y sin temor contra los explotadores, a arrancar en todos los países capitalistas esta aplastante mayoría de la población a la burguesía, a inspirarle en la práctica confianza en el papel de dirigente del proletariado, de su vanguardia revolucionaria.

La tercera consiste en neutralizar o reducir a la impotencia a los sectores inevitablemente vacilantes entre el proletariado y la burguesía, entre la democracia burguesa y el poder de los sóviets: la clase de pequeños propietarios rurales, industriales y comerciantes que, aunque bastante numerosos, sólo forman una minoría de la población y de las categorías de intelectuales, de empleados, etc., que inciden alrededor de esta clase.

La primera y la segunda tarea exigen, cada una de ellas, métodos de acción particulares con respecto a los explotados y a los explotadores. La tercera deriva de las dos primeras. Sólo exige una aplicación, hábil, flexible y oportuna de los métodos aplicados para las primeras, se trata de adaptarlos a las circunstancias concretas.

3.- En la coyuntura actual, creada en todo el mundo, y sobre todo en los países capitalistas más desarrollados, más poderosos, más ilustrados, más libres, por el militarismo, el imperialismo, la opresión de las colonias y de los países débiles, la matanza imperialista mundial y la “paz” de Versalles, el pensamiento de una pacífica sumisión de la mayoría de los explotados ante los capitalistas y de una evolución apacible hacia el socialismo no es solamente un signo de mediocridad burguesa sino también un engaño, la simulación de la esclavitud del asalariado, la deformación de la verdad a los ojos de los trabajadores. La verdad es que la burguesía más ilustrada, la más democrática, no retrocede ante la masacre de millones de obreros y campesinos con el único fin de salvar la propiedad privada de los medios de producción. La liquidación de la burguesía por medio de la violencia, la confiscación de sus propiedades, la destrucción de su aparato del Estado, parlamentario, judicial, militar, burocrático, administrativo, municipal, etc., hasta el exilio y/o la internación de todos los explotadores más peligrosos y obstinados, sin excepción; el ejercicio de una estricta vigilancia para reprimir los intentos, que no faltarán, de restaurar la esclavitud capitalista, tales son las medidas que pueden asegurar el sometimiento real de toda la clase de explotadores.

Por otra parte, la idea muy común en los viejos partidos y en los líderes de la Segunda Internacional, de que la mayoría de los trabajadores y de los explotados puede en el régimen capitalista, bajo el yugo esclavista de la burguesía (que reviste formas infinitamente variadas tanto más refinadas y a la vez más crueles y despiadadas a medida que el país capitalista es más culto) adquirir una plena conciencia socialista, firmeza socialista, convicciones y fuerza, esta idea, decimos nosotros, engaña también a los trabajadores. En realidad, sólo después de que la vanguardia proletaria, sostenida por la única clase revolucionaria o por su mayoría, haya derrotado a los explotadores, serán liberados los explotados de sus servidumbres e inmediatamente mejoradas sus condiciones de existencia en detrimento de los capitalistas expropiados. Sólo entonces, y al precio de la más dura guerra civil, la educación, la instrucción, la organización de las grandes masas explotadas podrá realizarse alrededor del proletariado, bajo su

influencia y su dirección, y sólo así será posible vencer su egoísmo, sus vicios, sus debilidades, su falta de cohesión, que se derivan del régimen de la propiedad privada y transformarlos en una vasta asociación de trabajadores libres.

4.- El éxito de la lucha contra el capitalismo exige una justa relación de fuerzas entre el Partido Comunista como guía, el proletariado, la clase revolucionaria y la masa, es decir el conjunto de los trabajadores y de los explotados. El Partido Comunista, si es realmente la vanguardia de la clase revolucionaria, si asimila a sus mejores representantes, si está compuesto de comunistas conscientes y sacrificados, educados y fogueados por la experiencia de una larga lucha revolucionaria, si ha sabido unirse indisolublemente a toda la existencia de la clase obrera y por su intermedio a la de toda la masa explotada e inspirarles plena confianza, sólo ese partido es capaz de dirigir al proletariado en la lucha final, la más encarnizada, contra todas las fuerzas del capitalismo. Y sólo bajo la dirección de semejante partido puede el proletariado aniquilar la apatía y la resistencia de la pequeña aristocracia obrera compuesta por los líderes del movimiento sindical y del corporativo, corrompidos por el capitalismo, y desarrollar todas sus energías, infinitamente más grandes que su fuerza numérica, debido a la estructura económica del propio capitalismo. Solamente una vez liberada del yugo del capital y del aparato gubernamental del Estado, después de haber obtenido la posibilidad de actuar libremente, sólo entonces la masa, es decir la totalidad de los trabajadores y de los explotados organizados en los sóviets, podrá desarrollar, por primera vez en la historia, la iniciativa y la energía de decenas de millones de hombres ahogados por el capitalismo. Sólo cuando los sóviets sean el único mecanismo del Estado podrá asegurarse la participación efectiva de las masas, antes explotadas, en la administración del país, participación que, en las democracias burguesas más ilustradas y libres era imposible en el 95% de los casos. En los sóviets, la masa de los explotados comienza a aprender, no en los libros sino con la experiencia práctica, qué es la construcción socialista, la creación de una nueva disciplina social y de la libre asociación de los trabajadores libres.

EN QUÉ DEBE CONSISTIR LA PREPARACIÓN INMEDIATA DE LA DICTADURA PROLETARIA

5.- El actual desarrollo del movimiento comunista internacional está caracterizado por el hecho que en numerosos países capitalistas el trabajo de preparación del proletariado para el ejercicio de la dictadura no está acabado y con mucha frecuencia ni siquiera ha sido comenzado de forma sistemática. Esto no quiere decir que la revolución proletaria sea imposible en un futuro muy próximo. Por el contrario, es muy posible, dado que la situación política y económica es extraordinariamente rica en material inflamable y en causas susceptibles de provocar un incendio imprevisto. Otro factor de la revolución, fuera del estado de preparación del proletariado, es sobre todo la crisis general a que se enfrentan todos los partidos gobernantes y todos los partidos burgueses. De lo anteriormente dicho se desprende que la tarea actual de los partidos comunistas consiste en apresurar la revolución aunque sin provocarla artificialmente antes de lograr una preparación. La preparación del proletariado para la revolución debe ser intensificada mediante la acción. Por otra parte, los casos señalados hace un momento en la historia de muchos partidos socialistas obligan a vigilar para que el reconocimiento de la dictadura del proletariado no sea puramente verbal.

Por estas razones, en la actualidad la tarea fundamental del Partido Comunista, desde el punto de vista del movimiento internacional proletario, es el agrupamiento de todas las fuerzas comunistas dispersas, la formación en cada país de un Partido Comunista único (o el fortalecimiento y la renovación de los partidos ya existentes) a fin de activar el trabajo de preparación del proletariado para la conquista del poder bajo la forma de dictadura del proletariado. La acción socialista habitual de los grupos y de los partidos que reconocen la dictadura del proletariado está lejos de haber experimentado esta modificación fundamental, esa renovación radical que es necesaria para que se reconozca la acción como comunista y como correspondiente a las tareas previas de la dictadura del proletariado.

6.- La conquista del poder político por parte del proletariado no interrumpe la lucha de clases de éste contra la burguesía sino que, por el contrario, la hace más larga, más dura, más despiadada. Todos los grupos, partidos, militantes del movimiento obrero que adoptan en su totalidad o parcialmente el punto de vista del reformismo, del “centro”, etc., inevitablemente se colocarán, debido a la extrema exacerbación de la lucha, del lado de la burguesía o del lado de los vacilantes o, lo que es más peligroso, engrosarán las filas de los amigos indeseables del proletariado victorioso. Por eso la preparación de la dictadura del proletariado exige no solamente el fortalecimiento de la lucha contra la tendencia de los reformistas y de los “centristas”, sino también la modificación del carácter de esa lucha. Ésta no puede limitarse a la demostración del carácter erróneo de esas tendencias sino que debe, también, desenmascarar incansable y despiadadamente a todo militante del movimiento obrero que manifieste esas tendencias. Sin esto, el proletariado no puede saber con quien marcha hacia la lucha final contra la burguesía. Esta lucha es tal que puede cambiar en todo momento y transformar, como ya lo ha demostrado la experiencia, el arma de la crítica por la crítica de las armas. Toda vacilación o debilidad en la lucha contra los que se comportan como reformistas o “centristas” tiene como consecuencia un aumento directo del peligro de derrocamiento del poder proletario por parte de la burguesía, que utilizará en el futuro para los fines de la contrarrevolución lo que a los obtusos les parece sólo un “desacuerdo teórico” del momento.

7.- Es imposible limitarse a la negación habitual de principio de toda colaboración con la burguesía, de todo “coalicionismo”. Una simple defensa de la “libertad” y de la igualdad con el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción se transforma, bajo las condiciones de la dictadura del proletariado, que nunca estará en condiciones de liquidar de un solo golpe toda la propiedad privada, en “colaboración” con la burguesía que saboteará directamente el poder de la clase obrera. Pues la dictadura del proletariado significa la consolidación gubernamental y la defensa por parte de todo el sistema estatal, no de “la libertad” de los explotadores para continuar su obra de opresión y de explotación, no de la “igualdad” del propietario (es decir del que conserva para su disfrute personal ciertos medios de producción creados por el trabajo de la colectividad) y del pobre. Lo que hasta la victoria del proletariado nos parece sólo un desacuerdo sobre la cuestión de la “democracia” se convertirá inevitablemente más adelante, después de la victoria, en un problema que habrá que resolver mediante las armas. Sin una transformación radical de todo el carácter de la lucha contra los “centristas” y los “defensores de la democracia” la preparación previa de las masas para la realización de la dictadura del proletariado es imposible.

8.- La dictadura del proletariado es la forma más decisiva y revolucionaria de la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. Esa lucha sólo puede resultar victoriosa cuando la vanguardia más revolucionaria del proletariado arrastra tras de sí a una aplastante mayoría obrera. La preparación de la dictadura del proletariado exige, por esas razones, no solamente la divulgación del carácter burgués del reformismo y de toda la defensa de la democracia que implique el mantenimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción, no sólo la divulgación de las manifestaciones de tendencias, que significan en los hechos la defensa de la burguesía en el seno del movimiento obrero sino que exige, también, el reemplazo de los viejos líderes por comunistas en todos los sectores de la organización proletaria: político, sindical, cooperativas, educativas, etc.

Cuanto más firme y prolongada ha sido la dominación de la democracia burguesa en un determinado país, la burguesía logra con mayor éxito poner en los puestos importantes del movimiento obrero a hombres educados por ella, por sus concepciones, por sus prejuicios, con frecuencia directa o indirectamente comprados por ella. Es indispensable, y es preciso hacerlo con mucha más osadía que hasta ahora, reemplazar a esos representantes de la aristocracia obrera por trabajadores aún inexpertos pero que estén cerca de la masa explotada y gocen de su confianza en la lucha contra los explotadores. La dictadura del proletariado exigirá la designación de esos trabajadores inexpertos en los puestos más importantes del gobierno sin que por ello el poder de la clase obrera disminuya o no sea sostenido por las masas.

9.- La dictadura del proletariado es la realización más completa de la dominación de todos los trabajadores y de todos los explotados, oprimidos, embrutecidos, aterrorizados, dispersados, engañados por la clase capitalista, pero conducidos por la única clase social preparada para esta misión directriz por toda la historia del capitalismo. Por eso debe ser comenzada en todas partes e inmediatamente la preparación de la dictadura proletaria, entre otros por los siguientes medios:

En primer lugar, en todas las organizaciones proletarias sin excepción (sindicatos, uniones, etc.), y después en todas aquellas de las masas explotadas (ya sean políticas, sindicales, militares, cooperativas, educativas, deportivas, etc.) deben ser formados grupos o núcleos comunistas, con preferencia legalmente, pero si es necesario clandestinamente, lo que se convierte en obligatorio siempre que se espere su clausura o el arresto de sus miembros. Esos grupos, vinculados entre sí y también al partido, intercambiarán el resultado de sus experiencias, se ocuparán de la agitación, de la propaganda y de la organización, se adaptarán a todos los dominios de la vida social, a todos los aspectos y a todas las categorías de la masa trabajadora y así deberán proceder, mediante tan múltiple trabajo, a su propia educación, a la del partido, a la de la clase obrera y de la masa.

Sin embargo, es muy importante elaborar en la práctica acciones respecto a los líderes o representantes autorizados de las organizaciones totalmente corrompidas por los prejuicios imperialistas y pequeñoburgueses (líderes a los que hay que desenmascarar despiadadamente y excluir del movimiento obrero); por otro lado, respecto a las masas que, sobre todo después de la matanza imperialista, están dispuestas a entender la necesidad de seguir al proletariado, el único capaz de sustraerlas de la esclavitud imperialista. Es conveniente saber abordar a las masas con paciencia y rigor, a fin de comprender las particularidades psicológicas de cada profesión, de cada grupo en el seno de esta masa.

10.- Hay un grupo de los comunistas que merece particular atención y la vigilancia del partido: la fracción parlamentaria. En otros términos, el grupo de miembros del partido elegidos en el parlamento (o en los municipios, etc.). Por una parte, esas tribunas son, para los amplios sectores de la clase trabajadora retrasada o llena de prejuicios pequeñoburgueses, de una importancia fundamental. Esa es la razón por la que los comunistas deben, desde lo alto de esas tribunas, llevar a cabo una acción de propaganda, de agitación, de organización y explicar a las masas por qué era necesaria en Rusia (como lo será llegado el caso en todos los países) la disolución del parlamento burgués por el Congreso Panruso de Sóviets. Por otra parte, toda la historia de la democracia burguesa ha hecho de la tribuna parlamentaria, sobre todo en los países adelantados, el principal, o uno de los principales, antros de las estafas financieras y políticas, del arribismo, de la hipocresía, de la opresión de los trabajadores. Por eso el vivo odio alimentado con respecto a los parlamentos por los mejores representantes del proletariado está plenamente justificado. Por eso los partidos comunistas y todos los partidos adheridos a la Tercera Internacional (sobre todo en el caso en que esos partidos no hayan sido creados a consecuencia de una escisión de los viejos partidos tras una larga y encarnizada lucha sino que se hayan formado por la adopción, muchas veces nominal, de una nueva posición por parte de los antiguos partidos) deben observar una actitud muy rigurosa con respecto a sus fracciones parlamentarias, es decir exigir su subordinación total al Comité Central del partido, la incorporación preferentemente en su composición de obreros revolucionarios, el análisis más atento en la prensa del partido y en las reuniones de éste de los discursos de los parlamentarios desde el punto de vista de su actitud comunista, la designación de los parlamentarios para la acción de propaganda entre las masas, la exclusión inmediata de todos aquellos que manifiesten una tendencia hacia la Segunda Internacional, etc.

11.- Uno de los obstáculos más graves para el movimiento obrero revolucionario en los países capitalistas desarrollados deriva del hecho de que, gracias a las posesiones coloniales y a la plusvalía del capital financiero, etc., el capital ha logrado crear una pequeña aristocracia obrera relativamente imponente y estable. Este grupo se benefició con las mejores retribuciones y, por encima de todo, está penetrada de un espíritu de corporativismo estrecho, pequeñoburgués y de prejuicios capitalistas. Constituye la verdadera “apoyatura” social de la Segunda Internacional de los reformistas y de los “centristas” y en la actualidad está muy cerca de convertirse en el principal punto de apoyo de la burguesía. Ninguna preparación previa del proletariado para la derrota de la burguesía es posible sin una lucha directa, sistemática, amplia, declarada, con esta pequeña minoría que, sin ninguna duda (como ya lo ha demostrado la experiencia) proveerá numerosos hombres a la guardia blanca de la burguesía después de la victoria del proletariado. Todos los partidos adheridos a la Tercera Internacional deben, a cualquier precio, imponer la consigna “más profundamente en las masas”, entendiendo por masa a todo el conjunto de los trabajadores y de los explotados por el capital y sobretodo a los menos organizados y educados, a los más oprimidos y a los alejados de la organización.

El proletariado sólo deviene revolucionario cuando no se encierra en los marcos de un estrecho corporativismo y actúa en todas las manifestaciones y en todos los dominios de la vida social como el jefe de la masa trabajadora y explotada. La realización de su dictadura es imposible sin preparación y sin la resolución de arriesgar las pérdidas más grandes en nombre de la victoria sobre la burguesía. Y desde este punto de vista, la experiencia de Rusia tiene una importancia práctica de principio. El proletariado ruso no

habría podido realizar su dictadura, no habría conquistado la simpatía y la confianza generales de toda la masa obrera si no hubiese dado prueba de espíritu de sacrificio y si no hubiese sufrido el hambre más profundamente que todos las otras capas de esta masa, en las horas más difíciles de los ataques, de las guerras, del bloqueo de la burguesía mundial.

El apoyo más total y más sacrificado del Partido Comunista y del proletariado de vanguardia es particularmente necesario en relación a todo movimiento huelguístico amplio, violento, considerable, que es el único capaz, bajo la opresión del capital, de despertar verdaderamente, de conmover y organizar a las masas, de inspirarles plena confianza en el papel dirigente del proletariado revolucionario. Sin esa preparación, ninguna dictadura del proletariado es posible, y los hombres capaces de oponerse a las huelgas como lo hacen Kautsky en Alemania y Turati en Italia no deben ser tolerados en el seno de los partidos adheridos a la Tercera Internacional. Esto también puede decirse de los líderes parlamentarios y tradeunionistas que permanentemente traicionan a los obreros enseñándoles por medio de la huelga el reformismo y no la revolución (ejemplos: Jouhaux en Francia, Gompers en Norteamérica, G.H. Thomas en Inglaterra).

12.- Para todos los países, aun para los más “libres”, los más “legales”, los más “pacíficos”, es decir donde hay una más débil exacerbación de la lucha de clase, ha llegado el momento en que se impone, como una necesidad absoluta para todo Partido Comunista, unir la acción legal e ilegal, la organización legal y la organización clandestina. Pues en los países más cultos y más libres, los de régimen burgués democrático más “estable”, los gobiernos, pese a sus declaraciones falsas y cínicas, ya han confeccionado listas negras secretas de comunistas, violan permanentemente su propia constitución apoyando, más o menos secretamente, a los guardias blancos y el asesinato de los comunistas en todos los países, preparan en la sombra el arresto de comunistas, la infiltración entre ellos de provocadores, etc.

Ni el más reaccionario espíritu pequeñoburgués, por más bellas que sean las frases “democráticas” y pacifistas tras las que se ampara, puede negar ese hecho y su ineludible conclusión: la formación inmediata por parte de todos los partidos comunistas legales de organizaciones clandestinas tendentes a la acción ilegal, organizaciones que estarán preparadas para el día en que la burguesía se decida a cercar a los comunistas. La acción ilegal desarrollada en el ejército, en la flota, en la policía es de la mayor importancia. Desde la gran guerra imperialista, todos los gobiernos del mundo temen al ejército regular y han recurrido a todos los procedimientos imaginables para formar unidades militares con elementos especialmente seleccionados de la burguesía y dotados de las armas e ingenios más mortíferos y perfeccionados.

Por otra parte, también es necesario en todos los casos no limitarse a una acción ilegal y proseguir además la acción legal tratando de superar todas las dificultades, fundando diarios y organizaciones legales bajo las designaciones más diversas y, si es preciso, cambiando frecuentemente sus nombres. Así actúan los partidos comunistas ilegales en Finlandia, Hungría, Alemania y, en cierta medida, en Polonia, Lituania, etc. Así deben actuar los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW) en Estados Unidos y deberán actuar todos los otros partidos comunistas legales en el caso de que se intente castigarlos por su aceptación de las resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista, etc.

La absoluta necesidad de unir a la acción legal e ilegal no está determinada en principio por el conjunto de las condiciones de la época que atravesamos, período de vísperas de dictadura proletaria, sino por la necesidad de demostrar a la burguesía que no hay y no puede haber dominios y campos de acción que no hayan conquistado los comunistas y también porque existen aún amplios sectores del proletariado, y en proporciones más vastas una masa trabajadora y explotada no proletaria, que siguen confiando en la legalidad burguesa democrática y a los que es muy importante disuadir.

13.- El estado de la prensa obrera en los países capitalistas más avanzados evidencia, de forma contundente, la falsedad de la libertad y de la igualdad en la democracia burguesa, así como la necesidad de unir sistemáticamente la acción legal e ilegal. Tanto en la Alemania vencida como en los Estados Unidos victoriosos, todas las fuerzas del aparato gubernamental de la burguesía y toda la astucia de los reyes del oro se ponen manos a la obra para despojar a los obreros de su prensa: persecuciones judiciales y arrestos de los redactores (o asesinatos cometidos por matones), confiscaciones de los envíos postales, del papel, etc. Y todo lo necesario para un diario en materia de información se halla en manos de las agencias telegráficas burguesas, los anuncios sin los cuales un gran diario no puede cubrir sus costos se encuentran a la “libre” disposición de los capitalistas. En resumen, la burguesía, mediante la mentira, la presión del capital y del Estado burgués, despoja al proletariado revolucionario de su prensa. Para luchar contra esta situación, los partidos comunistas deben crear un nuevo tipo de prensa periódica destinada a la difusión masiva entre los obreros que incluya:

- a) Publicaciones legales que enseñarían, sin declararse comunistas y sin hablar de su dependencia del partido, a sacar ventaja de las más mínimas posibilidades legales, como lo hicieron los bolcheviques bajo el zarismo después de 1905.
- b) Folletos ilegales, aunque sean de formato mínimo, de aparición irregular pero impresos por los obreros en un gran número de tipografías que den al proletariado una información libre y consignas revolucionarias.

Sin una batalla revolucionaria, que atraiga a las masas, por la libertad de prensa comunista, la preparación de la dictadura del proletariado es imposible.

MODIFICACIÓN DE LA LÍNEA DE CONDUCTA Y, PARCIALMENTE, DE LA COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS PARTIDOS ADHERIDOS O DESEOSOS DE ADHERIRSE A LA INTERNACIONAL COMUNISTA

14.- El grado de preparación del proletariado de los países más importantes, desde el punto de vista de la economía y de la política mundiales, para la realización de la dictadura obrera se caracteriza, con la mayor objetividad y exactitud, por el hecho que los partidos más influyentes de la Segunda Internacional tales como el Partido Socialista Francés, el Partido Socialdemócrata Independiente Alemán, el Partido Laborista Independiente inglés, el Partido Socialista norteamericano han surgido de esa internacional amarilla y han decidido, bajo determinadas condiciones, adherirse a la Tercera Internacional. De esta forma, queda demostrado que la vanguardia no está sola, que la mayoría del proletariado revolucionario ha comenzado a pasarse a nuestro lado, persuadido por la marcha de los acontecimientos. Ahora lo esencial es saber concluir

esta etapa y que la organización consolide firmemente los resultados obtenidos a fin que se pueda avanzar en toda la línea sin la menor vacilación.

15.- Toda la actividad de los partidos anteriormente citados (a los que hay que agregar también el Partido Socialista suizo si el telegrama que nos informa de su decisión de adherirse a la Tercera Internacional es exacto) prueba (y no interesa qué publicación de esos partidos lo confirma irrefutablemente) que aún no es comunista y que se opone con frecuencia a los principios fundamentales de la Tercera Internacional reconociendo a la democracia burguesa en lugar de a la dictadura del proletariado y del poder de los soviets.

Por esas razones, el II Congreso de la Internacional Comunista declara que no considera posible el reconocimiento inmediato de esos partidos, que confirma la respuesta dada por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a los independientes alemanes, que confirma su consentimiento para establecer negociaciones con todo partido que salga de la Segunda Internacional y que exprese el deseo de acercarse a la Tercera Internacional, que concede voto consultivo a los delegados de esos partidos para todos sus congresos y conferencias, que plantea las siguientes condiciones para la total unión de esos partidos (y partidos similares) con la Internacional Comunista:

- a) Publicación de todas las decisiones de todos los congresos de la Internacional Comunista y del Comité Ejecutivo en todas las ediciones periódicas del partido.
- b) Examen de estas últimas en reuniones especiales de todas las organizaciones locales del partido.
- c) Convocatoria, después de este examen, de un congreso especial del partido con el objeto de excluir a los elementos que continúen actuando con el criterio de la Segunda Internacional. Ese congreso deberá ser convocado lo más rápidamente en el plazo máximo de cuatro meses posteriores al II Congreso de la Internacional Comunista.
- d) Expulsión del partido de todos los elementos que continúen actuando según los cánones de la Segunda Internacional.
- e) Traspaso de todos los órganos periódicos del partido a manos de redactores exclusivamente comunistas.
- f) Los partidos que quieran adherir ahora a la Tercera Internacional pero que aún no han modificado radicalmente su vieja táctica deben controlar previamente que los dos tercios de miembros de su Comité Central y de las instituciones centrales más importantes estén compuestos por camaradas que, ya antes del II Congreso se habían pronunciado abiertamente a favor de la adhesión del partido a la Tercera Internacional. Pueden hacerse excepciones con la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El Comité Ejecutivo se reserva también el derecho a hacer excepciones en lo que respecta a los representantes de la tendencia centrista mencionados en el artículo 7.

g) Los miembros del partido que rechacen las condiciones y tesis establecidas por la Internacional Comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al Congreso Extraordinario.

16.- En lo que se refiere a la actitud de los comunistas que forman la minoría actual entre los militantes de los partidos antes citados y similares, el II Congreso de la Internacional Comunista decide que, a consecuencia del rápido crecimiento del espíritu revolucionario de las masas, el alejamiento de los comunistas de esos partidos no es deseable, mientras mantengan la posibilidad de llevar a cabo una acción tendiente al reconocimiento de la dictadura del proletariado y del poder de los sóviets, de criticar a los oportunistas y a los centristas que aún siguen en esos partidos.

Sin embargo, cuando el ala izquierda de un partido centrista haya adquirido una fuerza suficiente podrá, si lo juzga útil para el desarrollo del comunismo, abandonar el partido en bloque y formar un partido comunista.

Simultáneamente, el II Congreso de la Tercera Internacional aprueba también la adhesión de grupos y organizaciones comunistas o simpatizantes del comunismo al Partido Laborista inglés, aunque éste último aún no haya salido de la Segunda Internacional. Mientras el partido deje a sus organizaciones su actual libertad de crítica, de acción, de propaganda, de agitación y de organización para la dictadura del proletariado y para el poder soviético, mientras conserve su carácter de unión de todas las organizaciones sindicales de la clase obrera, los comunistas deben realizar todos los intentos y llegar hasta ciertos compromisos a fin de tener la posibilidad de ejercer una influencia sobre las amplias masas de trabajadores, de denunciar a sus jefes oportunistas desde lo alto de las tribunas ante las masas, de apresurar el trasvase del poder político de las manos de los representantes directos de la burguesía a las de los lugartenientes obreros de la clase trabajadora para liberar lo más rápidamente a las masas de sus últimas ilusiones en lo que respecta a este asunto.

17.- En lo relativo al Partido Socialista Italiano, el II Congreso de la Tercera Internacional, reconociendo que la revisión del programa votado el año pasado por ese partido en su Congreso de Bolonia marca una etapa muy importante en su transformación hacia el comunismo, y que las propuestas presentadas por la Sección de Turín al consejo general del partido publicadas en el diario *Ordine Nuovo* del 8 de mayo de 1920 coinciden con todos los principios fundamentales de la Tercera Internacional, solicita al Partido Socialista Italiano que examine, en el próximo congreso que debe ser convocado de acuerdo a los estatutos del partido y de las disposiciones generales de admisión a la Tercera Internacional, las mencionadas proposiciones y todas las decisiones de los dos congresos de la Internacional Comunista, particularmente en lo referido a la fracción parlamentaria, a los sindicatos y a los elementos no comunistas del partido.

18.- El II Congreso de la Tercera Internacional considera como inadecuadas las concepciones sobre las relaciones del partido con la clase obrera y con la masa, sobre la participación facultativa de los partidos comunistas en la acción parlamentaria y en la acción de los sindicatos reaccionarios, que fueron ampliamente rechazadas en las resoluciones especiales del presente congreso, luego de haber sido defendidas sobre todo por el Partido Comunista Obrero Alemán y en parte por el Partido Comunista Suizo, por el órgano del buró vienés de la Internacional Comunista para Europa Oriental, *Kommunismus*, por algunos camaradas holandeses, por ciertas organizaciones

comunistas de Inglaterra, la Federación Obrera Socialista, etc., así como por los IWW de EEUU y los Shop Steward Committees de Inglaterra, etc.

Sin embargo, el II Congreso de la Tercera Internacional cree posible y conveniente la reunión en la Tercera Internacional de las organizaciones anteriormente mencionadas que aún no se han adherido oficialmente, pues en este caso, y sobretodo con respecto a los Shop Steward Committees ingleses, nos hallamos en presencia de un profundo movimiento proletario que en los hechos se encuadra en los principios fundamentales de la Internacional Comunista. En esas organizaciones, las concepciones erróneas sobre la participación en los parlamentos burgueses se explican menos por el papel de los elementos surgidos de la burguesía que aportan sus concepciones, de un espíritu en el fondo pequeñoburgués tal como lo son frecuentemente las de los anarquistas, que por la inexperiencia política de los proletarios verdaderamente revolucionarios y ligados con la masa.

El II Congreso de la Tercera Internacional solicita por esas razones a todas las organizaciones y todos los grupos comunistas de los países anglosajones la prosecución, aún en el caso en que los IWW y los Shop Steward Committees no se unan inmediatamente a la Tercera Internacional, de una política de relaciones más amistosas con esas organizaciones, de acercamiento a ellas y a las masas que simpatizan con ellas, haciéndoles comprender amigablemente desde el punto de vista de la experiencia de todas las revoluciones rusas del siglo XX, el carácter erróneo de sus concepciones y reiterando los intentos de fusión con esas organizaciones en un partido comunista único.

19.- El Congreso llama la atención de todos los camaradas, sobre todo los de los países latinos y anglosajones, sobre este hecho: desde de la guerra se ha producido una profunda división de ideas entre los anarquistas de todo el mundo con respecto a la actitud a observar frente a la dictadura del proletariado y el poder de los sóviets. En esas condiciones, entre los elementos proletarios que con frecuencia se sintieron atraídos al anarquismo por el odio plenamente justificado al oportunismo y al reformismo de la Segunda Internacional, se observa una comprensión particularmente exacta de esos principios, que se extiende cada vez más a medida que la experiencia de Rusia, Finlandia, Hungría, Lituania, Polonia y Alemania es mejor conocida.

Por esas razones, el Congreso considera un deber de todos los camaradas sostener por todos los medios la transición de todos los elementos proletarios de masas del anarquismo a la Tercera Internacional.

El Congreso considera que el éxito de la acción de los partidos verdaderamente comunistas debe ser apreciado, entre otras cosas, en la medida en que hayan logrado atraer a todos los elementos verdaderamente proletarios del anarquismo.

Resolución sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria

El proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva. La época en que vivimos es una época de acción directa contra la burguesía. Se aproxima la hora decisiva. Pronto, en todos los países donde existe un movimiento obrero consciente, la clase obrera tendrá que librar una serie de combates encarnizados, con las armas en la mano. En este momento más que nunca, la clase obrera tiene necesidad de una sólida organización. De ahora en adelante la clase obrera debe prepararse infatigablemente para esta lucha, sin perder ni un solo minuto.

Si en 1871, durante la Comuna de París, la clase obrera hubiese tenido un partido comunista sólidamente organizado, aunque fuese poco numeroso, la primera insurrección del heroico proletariado francés habría sido mucho más fuerte y habría evitado muchos errores. Las batallas que el proletariado tendrá que librar ahora, en coyunturas históricas muy diferentes, tendrán resultados mucho más graves que en 1871.

El II Congreso de la Internacional Comunista señala a los obreros revolucionarios de todo el mundo la importancia de las siguientes consideraciones:

1.- El Partido Comunista es una fracción de la clase obrera y desde luego es su fracción más avanzada, la más consciente y, por consiguiente, la más revolucionaria. Se crea mediante la selección espontánea de los trabajadores más conscientes, abnegados y educados. El Partido Comunista no tiene intereses diferentes de los de la clase obrera. El Partido Comunista sólo difiere de la gran masa de trabajadores en lo que él considera la misión histórica del conjunto de la clase obrera y se esfuerza en todo momento en defender no los intereses de algunos grupos o profesiones sino los de toda la clase obrera. El Partido Comunista constituye la fuerza organizadora y política con ayuda de la cual la fracción más adelantada de la clase obrera dirige por el buen camino a las masas del proletariado y del semiproletariado.

2.- Mientras el poder gubernamental no sea conquistado por el proletariado y en tanto este último no haya consolidado, de una vez por todas, su predominio y haya prevenido toda tentativa de restauración burguesa, el Partido Comunista sólo englobará en sus filas organizadas a una minoría obrera. Hasta la toma del poder y en la época de transición, el Partido Comunista puede, gracias a circunstancias favorables, ejercer una influencia *ideológica* y *política* incuestionable en todos los sectores proletarios y semiproletarios de la población, pero no puede reunirlos organizadamente en sus filas. Sólo cuando la dictadura proletaria prive a la burguesía de medios de acción tan poderosos como la prensa, la escuela, el parlamento, la iglesia, la administración, etc., cuando la derrota definitiva del régimen burgués sea evidente para todos, entonces todos los obreros, o al menos la mayoría comenzarán a entrar en las filas del Partido Comunista.

3.- Las nociones de partido y de la clase deben ser distinguidas con el mayor cuidado. Los miembros de los sindicatos “cristianos” y liberales de Alemania, de Inglaterra y de otros países pertenecen indudablemente a la clase obrera. Los grupos obreros más o menos considerables que todavía se organizan en las filas de Scheidemann, Gompers y otros también pertenecen a ella. En esas condiciones históricas, es muy posible que

surjan numerosas tendencias reaccionarias en el seno de la clase obrera. La tarea del comunismo no consiste en adaptarse a esos elementos atrasados de la clase obrera sino en elevar a toda la clase obrera al nivel de la vanguardia comunista. La confusión entre esas dos nociones de *partido* y de *clase* puede conducir a errores y malentendidos muy graves. Es evidente, por ejemplo, que los partidos obreros debían, pese a los prejuicios y al estado de ánimo de un sector de la clase obrera durante la guerra imperialista, rebelarse a cualquier precio contra esos prejuicios y ese estado de ánimo, en nombre de los intereses históricos del proletariado que colocaban a su partido en la obligación de declarar la guerra a la guerra.

Es así, por ejemplo, cómo a comienzos de la guerra imperialista de 1914, los partidos socialistas de todos los países, al apoyar a “sus” respectivas burguesías, no dejaron de justificar su conducta invocando la voluntad de la clase obrera. Al hacerlo, olvidaban que, incluso cuando hubiese sido así, la tarea del partido proletario consistía en reaccionar contra la mentalidad obrera general y defender a cualquier precio los intereses históricos del proletariado. Por eso a comienzos del siglo XX los mencheviques rusos (que en ese entonces se llamaban economicistas) repudiaban la lucha abierta contra el zarismo porque, según decían, la clase obrera en su conjunto no se encontraba en condiciones de comprender la necesidad de la lucha política.

Por eso también los socialdemócratas independientes de derecha en Alemania siempre han justificado sus medidas moderadas diciendo que ante todo era preciso comprender los deseos de las masas, y ellos mismos no comprendían que el partido está destinado a marchar a la cabeza de las masas y mostrarles el camino.

4.- La Internacional Comunista está absolutamente convencida de que el fracaso de los antiguos partidos “socialdemócratas” de la Segunda Internacional en ningún caso puede ser considerado como el fracaso de los partidos proletarios en general. La época de la lucha directa por la dictadura del proletariado exige un nuevo partido proletario mundial: el Partido Comunista.

5.- La Internacional Comunista repudia categóricamente la opinión según la cual el proletariado puede realizar su revolución sin tener un partido político. Toda lucha de clases es una lucha política. El objetivo de esta lucha, que tiende a transformarse inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político. Por eso el poder político sólo puede ser conquistado, organizado y dirigido por un determinado partido político.

Únicamente en el caso en que el proletariado esté guiado por un partido organizado y experimentado, que persiga fines claramente definidos y que posea un programa de acción susceptible de ser aplicado tanto en la política interna como en la política exterior, la conquista del poder político puede ser considerada no como un episodio sino como el punto de partida de un trabajo duradero de construcción comunista de la sociedad por el proletariado.

La misma lucha de clases exige también la centralización y la dirección única de las diversas formas de movimiento proletario (sindicatos, cooperativas, comités de fábricas, educación, elecciones, etc.). El centro organizador y dirigente sólo puede ser un partido político. Negarse a creerlo y a afirmarlo, negarse a someterse a ese principio equivale a repudiar el mando único de los contingentes del proletariado que actúan en puntos diferentes. La lucha de clase proletaria exige una agitación concentrada, que ilustre las

diversas etapas de la lucha desde un único punto de vista y atraiga en todo el mundo la atención del proletariado sobre las tareas que le interesan en su conjunto. Todo esto no puede ser realizado sin un aparato político centralizado, es decir fuera del marco de un partido político.

La propaganda de ciertos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes a los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW) contra la necesidad de un partido político, sólo ayudó objetivamente a la burguesía y a los “socialdemócratas” contrarrevolucionarios. En su propaganda contra un partido comunista al que querían reemplazar con sindicatos o con uniones obreras de formas poco definidas y demasiado vastas, los sindicalistas y los IWW tienen puntos de coincidencia con oportunistas reconocidos.

Después de la derrota de la revolución de 1905, los mencheviques rusos difundieron durante algunos años la idea de un Congreso Obrero (así lo denominaban ellos) que debía reemplazar al partido revolucionario de la clase obrera. Los “laboristas amarillos” de toda la clase, en Inglaterra y Estados Unidos, quieren reemplazar al partido político por uniones obreras amorfas, e inventan, al mismo tiempo, una táctica política absolutamente burguesa. Los sindicalistas revolucionarios y los IWW quieren combatir la dictadura de la burguesía, pero no saben cómo hacerlo. No comprenden que una clase obrera sin partido político es un cuerpo sin cabeza. El sindicalismo revolucionario significa un paso adelante sólo en relación a la vieja ideología inerte y contrarrevolucionaria de la Segunda Internacional. En relación al marxismo revolucionario, es decir al comunismo, el sindicalismo revolucionario significa un paso hacia atrás. La declaración de los comunistas de izquierda en Alemania (KAPD) — programa elaborado por su congreso constitutivo de abril último— afirmando que forman un partido, pero “no un partido en el sentido corriente del término” (*keine partei im überlieferten Sinne*) constituye una capitulación ante la opinión sindicalista, y es un hecho reaccionario.

No es mediante la huelga general, mediante la táctica de brazos cruzados, como la clase obrera puede lograr la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. El que comprende esto debe también comprender que un partido político organizado es necesario y que no puede ser reemplazado por difusas uniones obreras.

Los sindicalistas revolucionarios hablan con frecuencia del gran papel que debe desempeñar una minoría revolucionaria resuelta. Ahora bien, en realidad, esta minoría resuelta de la clase obrera que se pide, esta minoría que es comunista y que tiene un programa, que quiere organizar la lucha de las masas, *es el Partido Comunista*.

6.- La tarea más importante de un partido realmente comunista consiste en permanecer siempre en contacto con las organizaciones proletarias más amplias. Para lograrlo, los comunistas pueden y deben participar en grupos que, sin ser grupos del partido, engloben a grandes masas proletarias. Tales son, por ejemplo, los que se conocen con el nombre de organizaciones de mutilados en diversos países, sociedades tales como “Manos Fuera de Rusia” (Hands off Russia) en Inglaterra, las uniones proletarias de arrendatarios, etc. Tenemos aquí el ejemplo ruso de las conferencias de obreros y campesinos que se declaran “independientes” de los partidos (*bezpartinii*). Pronto serán organizadas asociaciones de este tipo en cada ciudad, en cada barrio obrero y también

en el campo. En ellas toman parte amplias masas que incluyen también a trabajadores atrasados. Se introducirá en el orden del día las cuestiones más interesantes: aprovisionamiento, vivienda, problemas militares, enseñanza, tareas políticas del momento actual, etc. Los comunistas deben tener influencia en esas asociaciones, con lo que se obtendrán resultados muy importantes para el partido.

Los comunistas consideran como su tarea principal un trabajo sistemático de educación y organización en el seno de esas organizaciones. Pero precisamente para que ese trabajo sea fecundo, para que los enemigos del proletariado revolucionario no puedan apoderarse de esas organizaciones, los trabajadores avanzados, los comunistas, deben tener su partido de acción organizada, que sepa defender el comunismo en todas las coyunturas y ante todas las eventualidades.

7.- Los comunistas no deben apartarse nunca de las organizaciones obreras políticamente neutras, aun cuando posean un carácter evidentemente reaccionario (uniones amarillas, uniones cristianas, etc.). En el seno de esas organizaciones, el Partido Comunista prosigue constantemente su propia obra, demostrando infatigablemente a los obreros que la neutralidad política es conscientemente cultivada entre ellos por la burguesía y por sus agentes a fin de desviar al proletariado de la lucha organizada por el socialismo.

8.- La antigua subdivisión clásica del movimiento obrero en tres formas (partidos, sindicatos, cooperativas) ha cumplido su ciclo. La revolución proletaria en Rusia dio origen a la forma esencial de la dictadura del proletariado, los sóviets. La nueva división que nosotros reivindicamos en todas partes es la siguiente: 1° el partido; 2° el sóviet; 3° el sindicato.

Pero el trabajo en los sóviets, así como en los sindicatos de industria convertidos en revolucionarios, debe ser invariable y sistemáticamente dirigido por el partido del proletariado, es decir por el Partido Comunista. En cuanto que vanguardia organizada de la clase obrera, el Partido Comunista responde igualmente a las necesidades económicas, políticas y espirituales de toda la clase obrera. Debe ser el alma de los sindicatos y de los sóviets así como de todas las otras formas de organización proletaria. La aparición de los sóviets, forma histórica principal de la dictadura del proletariado, de ningún modo disminuye el papel dirigente del Partido Comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes de “izquierda” (véase su Manifiesto al proletariado alemán del 14 de abril de 1920 firmado por el Partido Comunista Obrero Alemán) declaran que “el partido debe también adaptarse cada vez más a la idea soviética y proletarizarse” (*Kommunistische Arbeiterzeitung*, n° 54) vemos en ella una expresión insinuante de la idea de que el Partido Comunista debe basarse en los sóviets y que éstos pueden reemplazarlo. Esta idea es profundamente errónea y reaccionaria.

La historia de la revolución rusa nos muestra en cierto momento a los sóviets oponiéndose al partido proletario y sosteniendo a los agentes de la burguesía. Lo mismo pudo observarse en Alemania y también es posible en otros países.

Para que los sóviets puedan realizar su misión histórica, la existencia de un Partido Comunista lo suficientemente fuerte como para no “adaptarse” a los sóviets sino para ejercer sobre ellos una influencia decisiva, obligarlos a “no adaptarse” a la burguesía y a

la socialdemocracia oficial, conducirlos por medio de esta fracción comunista, es, por el contrario, necesario.

9.- El Partido Comunista no es solamente necesario a la clase obrera *antes y durante* la conquista del poder sino también *después* de ella. La historia del Partido Comunista ruso, que detenta desde hace tres años el poder, demuestra que el papel del Partido Comunista, lejos de disminuir a partir de la conquista del poder, aumenta considerablemente.

10.- Cuando se produce la conquista del poder por el proletariado, el partido del proletariado sólo constituye una fracción de los trabajadores. Pero es la fracción que ha organizado la victoria. Durante veinte años, como ya lo hemos visto en Rusia, desde hace varios años, como lo hemos visto en Alemania, el Partido Comunista lucha no solamente contra la burguesía sino también contra aquellos socialistas que en realidad no hacen sino manifestar la influencia de las ideas burguesas sobre el proletariado. El Partido Comunista ha asimilado a los militantes más abnegados, más educados, más progresistas de la clase obrera. Y la existencia de semejante organización proletaria permite superar todas las dificultades con que se enfrenta el Partido Comunista a partir del día siguiente de la victoria. La organización de un nuevo ejército rojo proletario, la abolición efectiva del mecanismo gubernamental burgués y la creación de los primeros lineamientos del aparato gubernamental proletario, la lucha contra las tendencias corporativistas de ciertos grupos obreros, la lucha contra el patriotismo regional y el espíritu localista, los esfuerzos tendentes a crear una nueva disciplina del trabajo son otros tantos dominios donde el Partido Comunista, cuyos miembros atraen con su vivo ejemplo a las masas obreras, debe decir la palabra decisiva.

11.- La necesidad de un partido político del proletariado sólo desaparecerá con las clases sociales. En la marcha del comunismo hacia la victoria definitiva, es posible que la relación específica existente entre las tres formas esenciales de la organización proletaria contemporánea (partidos, sóviets, sindicatos de industria) sea modificada y que un tipo único, sintético, de organización obrera se cristalice poco a poco. Pero el Partido Comunista sólo se disolverá completamente en el seno de la clase obrera cuando el comunismo deje de ser el eje de la lucha social, cuando toda la clase obrera sea comunista.

12.- El II Congreso de la Internacional Comunista debe no solamente confirmar al partido en su misión histórica sino también indicar al proletariado internacional al menos los lineamientos esenciales del partido que nos es necesario.

13.- La Internacional Comunista considera que, sobretudo en la época de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista debe estar basado en una inquebrantable centralización proletaria. Para dirigir eficazmente a la clase obrera en la guerra civil larga y tenaz que se avecina, el Partido Comunista ruso, que durante tres años dirigió con éxito a la clase obrera a través de las peripecias de la guerra civil, ha demostrado que sin la mayor disciplina, sin una centralización efectiva, sin una confianza absoluta de los adherentes con respecto al núcleo dirigente del partido, la victoria de los trabajadores es imposible.

14.- El Partido Comunista debe estar basado en una centralización democrática. La constitución mediante elecciones de los comités secundarios, la sumisión obligatoria de

todos los comités al comité superior y la existencia de un centro provisto de plenos poderes cuya autoridad no puede, en el intervalo entre los congresos del partido, ser cuestionada por nadie, esos son los principios esenciales de la centralización democrática.

15.- Toda una serie de partidos comunistas en Europa y en América son puestos fuera del marco de la legalidad por el estado de sitio y las leyes de excepción. Es conveniente recordar que el principio electivo puede sufrir, bajo esas condiciones, algunos inconvenientes y que puede ser necesario acordar a los órganos directivos del partido el derecho a designar nuevos miembros. Así ocurrió en Rusia. Durante el estado de sitio, el Partido Comunista evidentemente no puede recurrir al referéndum democrático siempre que se plantee un problema grave (como pretendía un grupo de comunistas norteamericanos). Por el contrario, debe dar a su núcleo dirigente la posibilidad y el derecho de decidir rápidamente en el momento oportuno, en nombre de todos los miembros del partido.

16.- La reivindicación de una amplia “autonomía” para los grupos locales del partido en este momento no puede sino debilitar las filas del Partido Comunista, disminuir su capacidad de acción y favorecer el desarrollo de las tendencias anarquistas y pequeñoburguesas opuestas a la centralización.

17.- En los países donde el poder se halla todavía en manos de la burguesía o de la socialdemocracia contrarrevolucionaria, los partidos comunistas deben combinar sistemáticamente la acción legal y la acción clandestina.

Esta última siempre debe controlar efectivamente a la primera. Los grupos parlamentarios comunistas, al igual que las fracciones comunistas que operan en el seno de las diversas instituciones estatales, tanto centrales como locales, deben estar totalmente subordinados al Partido Comunista, cualquiera sea la situación, legal o no, del partido. Los funcionarios que de una u otra manera no se someten al Partido Comunista, deben ser expulsados. La prensa legal (diarios, ediciones diversas) debe depender en todo y para todo del conjunto del partido y de su Comité Central.

18.- En toda acción organizativa del partido y de los comunistas, la piedra angular debe estar centrada en la organización de una célula comunista en todos aquellos lugares donde haya algunos proletarios o semiproletarios. En todo sóviet, en todo sindicato, en toda cooperativa, en todo taller, en todo comité de inquilinos, debe ser inmediatamente organizada una célula comunista. La organización comunista es el único camino que permite a la vanguardia de la clase obrera arrastrar tras de sí a la clase obrera. Todas las células comunistas que actúan en las organizaciones políticamente neutrales están absolutamente subordinadas al partido en su conjunto, ya sea la acción del partido legal o ilegal. Las células comunistas deben estar organizadas en una estricta dependencia recíproca, a establecer del modo más preciso.

19.- El Partido Comunista surge casi siempre en los grandes centros, entre los trabajadores de la industria urbana. Para asegurar a la clase obrera la victoria más fácil y más rápida, es indispensable que el Partido Comunista no sea exclusivamente un partido urbano. Debe extenderse también al campo, y con ese objeto, dedicarse a realizar la propaganda y la organización de los jornaleros agrícolas, de los campesinos pobres y

medios. El Partido Comunista debe proseguir con especial cuidado la organización de células comunistas en los pueblos y aldeas.

La organización internacional del proletariado sólo puede fortalecerse si esta forma de considerar el papel del Partido Comunista es admitida en todos los países donde viven y luchan comunistas. La Internacional Comunista invita a todos los sindicatos que aceptan los principios de la Tercera Internacional a romper con la Internacional amarilla. La Internacional organizará una sección internacional de los sindicatos rojos que adhieran al comunismo. La Internacional Comunista no rechazará la ayuda de toda organización obrera políticamente neutral deseosa de combatir contra la burguesía. Pero la Internacional Comunista no dejará de probar a los proletarios del mundo:

- a) Que el Partido Comunista es el arma principal, esencial, de la emancipación del proletariado; ahora debemos contar en todos los países ya no con grupos y tendencias sino con un Partido Comunista.
- b) Que en cada país sólo debe existir un solo y único Partido Comunista.
- c) Que el Partido Comunista debe estar basado en el principio de la más estricta centralización y debe instituir en su seno, en la época de la guerra civil, una disciplina militar.
- d) Que en todos los lugares donde haya una docena de proletarios o de semiproletarios el Partido Comunista debe tener su célula organizada.
- e) Que en toda organización apolítica debe haber una célula comunista estrictamente subordinada al partido.
- f) Que al mismo tiempo que defiende inquebrantablemente el programa y la táctica revolucionaria del comunismo, el partido debe mantener las relaciones más estrechas con las organizaciones de las grandes masas obreras y debe defenderse tanto contra sectarismo como contra la falta de principios.

El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresa

I

1.- Los sindicatos creados por la clase obrera durante el período del desarrollo pacífico del capitalismo eran organizaciones obreras destinadas a luchar por el alza de salarios obreros en el mercado del trabajo y el mejoramiento de las condiciones del trabajo asalariado. Los marxistas revolucionarios fueron obligados a entrar en contacto con el partido político del proletariado, el partido socialdemócrata, a fin de entablar una lucha común por el socialismo. Las mismas razones que, con raras excepciones, habían hecho de la democracia socialista no un arma de la lucha revolucionaria del proletariado por la liquidación del capitalismo, sino una organización que encauzaba el esfuerzo revolucionario del proletariado según los intereses de la burguesía, hicieron que, durante la guerra, los sindicatos se presentaran con frecuencia en calidad de elementos del aparato militar de la burguesía; ayudaron a esta última a explotar a la clase obrera con mayor intensidad y a llevar a cabo la guerra del modo más enérgico, en nombre de los intereses del capitalismo. Como resultado de abarcar sólo a los obreros especialistas mejor retribuidos por los patrones, de actuar en los límites corporativos muy estrechos, encadenados por un aparato burocrático totalmente extraño a las masas engañadas por sus líderes reformistas, los sindicatos traicionaron no solamente la causa de la revolución social sino, también, la de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros que ellos habían organizado. Abandonaron el ámbito de la lucha profesional contra los patrones y lo remplazaron, a cualquier precio, por un programa de transacciones amistosas con los capitalistas. Esta política fue no solamente la de las Trade Unions liberales en Inglaterra y en EEUU, la de los sindicatos libres pretendidamente socialistas de Alemania y Austria, sino también la de las uniones sindicales francesas.

2.- Las consecuencias económicas de la guerra, la total desorganización del sistema económico mundial, la carestía de la vida, la explotación más intensa del trabajo de las mujeres y de los niños, el problema de la vivienda, que se agravan progresivamente, todo esto impulsa a las masas proletarias por el camino de la lucha contra el capitalismo. Por su carácter y su envergadura, que se esbozan día a día con mayor nitidez, este combate se convertirá en una gran batalla revolucionaria que destruirá las bases generales del capitalismo. El aumento de salarios de una categoría determinada de obreros, arrancado a los patrones al precio de una lucha económica encarnizada, es reducido al día siguiente a cero por el alza del coste de la vida. Ahora bien, el alza de los precios debe continuar, pues la clase capitalista de los países vencedores, al arruinar con su política de explotación a la Europa oriental y central, no está en condiciones de organizar el sistema económico mundial. Por el contrario, lo desorganiza cada vez más. Para asegurarse el éxito en la lucha económica, las amplias masas obreras que permanecían hasta ahora al margen de los sindicatos afluyen a ellos. En todos los países capitalistas se comprueba un prodigioso crecimiento de los sindicatos que ahora ya no representan únicamente a la organización de los elementos progresistas del proletariado sino a la de toda su masa. Al entrar en los sindicatos, las masas tratan de convertirlos en su arma de combate. El antagonismo de las clases que cada vez se agudiza más, fuerza a los sindicatos a organizar huelgas cuya repercusión se hace sentir en todo el mundo capitalista, interrumpiendo el proceso de la producción y el intercambio capitalista. Al aumentar sus exigencias, a medida que aumenta el coste de la vida y que ellas mismas

se agotan cada vez más, las masas obreras destruyen todo cálculo capitalista que representa el fundamento elemental de una economía organizada. Los sindicatos, que durante la guerra se habían convertido en los órganos del sometimiento de las masas obreras a los intereses de la burguesía, representan ahora los órganos de la destrucción del capitalismo.

3.- Pero la vieja burocracia profesional y las antiguas formas de organización sindical obstaculizan de cualquier forma esta transformación del carácter de los sindicatos. La vieja burocracia profesional trata por todos los medios de lograr que los sindicatos conserven su carácter de organizaciones de la aristocracia obrera, trata de mantener en vigor las reglas que imposibilitan la entrada de las masas obreras mal pagadas en los sindicatos. La vieja burocracia sindical aún se esfuerza en remplazar el movimiento huelguístico, que cada día reviste más el carácter de un conflicto revolucionario entre la burguesía y el proletariado, por una política de contratos a largo plazo que han perdido toda significación ante las alzas fantásticas de los precios. Trata de imponer a los obreros la política de las comunas obreras, de los Consejos Unidos de la Industria (Joint Industrial Councils) y de obstaculizar por la vía legal, gracias a la ayuda del Estado capitalista, la expansión del movimiento huelguístico. En los momentos críticos de la lucha, la burguesía siembra la discordia entre las masas obreras militantes e impide que las acciones aisladas de diversas categorías de obreros tiendan a fusionarse en una acción de clase general. En esas tentativas, es apoyada por la acción de las antiguas organizaciones sindicales, que dividen a los trabajadores de un sector industrial en grupos profesionales artificialmente aislados, aunque todos estén unidos por el mismo hecho de la explotación capitalista. La burguesía se basa en el poder de la tradición ideológica de la antigua aristocracia obrera, aunque esta última resulta incesantemente debilitada por la abolición de los privilegios de diversos grupos del proletariado. Esta abolición se explica por la descomposición general del capitalismo, la igualación de la situación de diversos elementos de la clase obrera, la igualación de sus necesidades y su falta de seguridad.

De este modo, la burocracia sindical sustituye con débiles arroyos las poderosas corrientes del movimiento obrero, sustituye con parciales reivindicaciones reformistas los objetivos revolucionarios generales del movimiento y obstaculiza la transformación de los esfuerzos aislados del proletariado en una lucha revolucionaria única tendente a destruir al capitalismo.

4.- Dada la pronunciada tendencia de amplias masas obreras a incorporarse en los sindicatos, y considerando el carácter objetivo revolucionario de la lucha que esas masas sostienen pese a la burocracia profesional, es importante que los comunistas de todos los países formen parte de los sindicatos para convertirlos en órganos conscientes para la liquidación del régimen capitalista y el triunfo del comunismo. Ellos deben tomar la iniciativa de la creación de los sindicatos en todos aquellos lugares donde aún no existan.

Toda deserción voluntaria del movimiento profesional, todo intento de creación artificial de sindicatos que no esté determinado por las violencias excesivas de la burocracia profesional (disolución de las filiales locales revolucionarias sindicales por los centros oportunistas) o por su estrecha política aristocrática que cierra a las grandes masas de trabajadores poco calificados la entrada a los organismos sindicales, presenta un gran peligro para el movimiento comunista. Aparta de la masa a los obreros más

progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía... Las vacilaciones de las masas obreras, su indecisión política y la influencia que poseen sobre ellas los líderes oportunistas sólo podrán ser vencidas mediante una lucha cada vez más dura en la medida en que los sectores más amplios del proletariado aprendan por experiencia, mediante las lecciones de sus victorias y de sus fracasos, que el sistema económico capitalista nunca permitirá la obtención de condiciones de vida humanas y soportables, en la medida en que los trabajadores comunistas progresistas aprendan, por la experiencia de su lucha económica, a no ser solamente propagandistas teóricos de la idea comunista sino también conductores resueltos de la acción económica y sindical. Sólo de esta forma será posible apartar de los sindicatos a sus líderes oportunistas, poner a los comunistas en la dirección y hacer de estas organizaciones un arma de la lucha revolucionaria por el comunismo. Sólo así será posible detener la descomposición de los sindicatos, remplazarlos por uniones industriales, aislar a la burocracia extraña a las masas y sustituirlos por un organismo formado por los representantes de los obreros industriales (*Betriebsvertreter*) dejando a las instituciones centrales solamente aquellas funciones estrictamente necesarias.

5.- Como los comunistas asignan más valor al objetivo y a la sustancia de los sindicatos que a su forma, no deben vacilar ante las escisiones que puedan producirse en el seno de las organizaciones sindicales si, para evitarlas, debían abandonar el trabajo revolucionario, negarse a organizar al sector más explotado del proletariado. Si se impone, sin embargo, una escisión como una necesidad absoluta, sólo se recurrirá a ella si se tiene la seguridad que los comunistas han logrado, con su participación en los problemas económicos, convencer a las amplias masas obreras que la escisión se justifica no por consideraciones dictadas por un objetivo revolucionario aún muy lejano y vago sino por los intereses concretos inmediatos de la clase obrera correlativos a las necesidades de la acción económica. En el caso en que una escisión se convierta en inevitable, los comunistas deberán tener gran cuidado para no quedar aislados de la masa obrera.

6.- En todos aquellos lugares donde la escisión entre las tendencias sindicales oportunistas y revolucionarias ya se ha producido, donde existen, como en EEUU, sindicatos con tendencias revolucionarias, si no comunistas, al lado de los sindicatos oportunistas, los comunistas tienen la obligación de prestar su ayuda a esos sindicatos revolucionarios, de apoyarlos, de ayudarlos a liberarse de los prejuicios sindicalistas y a adherirse al comunismo, pues esta es la única brújula fiel y segura para todos los problemas complicados de la lucha económica. Allí donde se constituyan organizaciones industriales (ya sea sobre la base de los sindicatos o al margen de ellos), tales como los Shop Steward, los Betriebsräte (consejos de producción), organizaciones que se fijan el objetivo de la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias de la burocracia sindical, es evidente que los comunistas están obligados a apoyarlas con la mayor energía posible. Pero la ayuda prestada a los sindicatos revolucionarios no debe significar el alejamiento de los comunistas de los sindicatos oportunistas en estado de efervescencia política y en evolución hacia la lucha de clases. Por el contrario, sólo esforzándose en acelerar esta revolución de la masa de los sindicatos que se encuentran ya en la vía de la lucha revolucionaria, los comunistas podrán desempeñar el papel que una, moral y prácticamente, a los obreros organizados para una lucha en común contra el régimen capitalista.

7.- En una época en que el capitalismo cae en ruinas, la lucha económica del proletariado se transforma en lucha política mucho más rápidamente que en la época de desarrollo pacífico del régimen capitalista, Todo conflicto económico importante puede plantear ante los obreros el problema de la revolución. Por lo tanto, los comunistas deben destacar ante los obreros en todas las fases de la lucha económica, que esta lucha sólo podrá ser coronada por el éxito cuando la clase obrera haya vencido a la clase capitalista en una batalla frontal y encare, una vez establecida su dictadura, la organización socialista del país. A partir de esta idea los comunistas deben tender a realizar, en la medida de lo posible, una unión perfecta entre los sindicatos y el Partido Comunista, subordinándolos a este último, vanguardia de la revolución. Con ese objetivo, los comunistas deben organizar en todos esos sindicatos y consejos de producción (Betriebsraete), fracciones comunistas que los ayudarán a ganar la mayoría del movimiento sindical y a dirigirlo.

II

1.- La lucha económica del proletariado por el alza de los salarios y por el mejoramiento general de las condiciones de vida de las masas acentúa diariamente su carácter de lucha sin salida. La desorganización económica que invade a un país tras otro, en proporciones siempre crecientes, demuestra, incluso ante los obreros menos educados, que no basta con luchar por el alza de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo, que la clase capitalista pierde cada vez más la capacidad de restablecer la vida económica y de garantizar a los obreros ni siquiera las condiciones de existencia que les aseguraba antes de la guerra. La conciencia siempre en aumento de las masas obreras ha hecho surgir entre ellas una tendencia a crear organizaciones capaces de sostener la lucha por el resurgimiento económico mediante el control obrero ejercido sobre la industria por los consejos de producción. Esta tendencia a crear consejos obreros industriales, que va ganando terreno entre los obreros de todos los países, tiene su origen en múltiples factores (lucha contra la burocracia reaccionaria, fatiga causada por las derrotas sufridas por los sindicatos, tendencias a la creación de organizaciones que abarquen a todos los trabajadores) y se inspira, en definitiva, en el esfuerzo realizado para concretar el control de la industria, tarea histórica especial de los consejos obreros industriales. Es por eso que se cometería un error si se tratase de formar esos consejos sólo con obreros partidarios de la dictadura del proletariado. Por el contrario, la tarea del Partido Comunista consiste en aprovechar la desorganización económica para organizar a los obreros e inculcarles la necesidad de combatir por la dictadura del proletariado ampliando la idea de la lucha por el control obrero, idea que todos comprenden ahora.

2.- El Partido Comunista sólo podrá llevar a cabo esta tarea consolidando en la conciencia de las masas la firme seguridad que la restauración de la vida económica sobre la base capitalista es actualmente imposible, ya que significaría un nuevo sometimiento a la clase capitalista. Una organización económica que responda a los intereses de las masas obreras sólo es posible si el Estado es gobernado por la clase obrera y si la mano firme de la dictadura proletaria se encarga de suprimir el capitalismo y de realizar la nueva organización socialista.

3.- La lucha de los comités de fábrica y de empresa contra el capitalismo tiene como objetivo inmediato la introducción del control obrero en todos los sectores de la industria. Los obreros de cada empresa, independientemente de sus profesiones, sufren

el sabotaje de los capitalistas que estiman frecuentemente que la suspensión de la actividad de una determinada industria será ventajosa, pues el hambre obligará a los obreros a aceptar las condiciones más duras para evitar al capitalista un aumento de los gastos. La lucha contra este tipo de sabotaje une a la mayoría de los obreros independientemente de sus ideas políticas y hace de los comités de fábricas y elegidos por todos los trabajadores de una empresa, verdaderas organizaciones de masa del proletariado. Pero la desorganización de la economía capitalista es no solamente la consecuencia de la voluntad consciente de los capitalistas sino también, y en mayor medida, la de la decadencia irresistible de su régimen. Por eso, los comités obreros se verán forzados, en su acción contra las consecuencias de esta decadencia, a superar los límites del control de las fábricas y las empresas aisladas y se enfrentarán pronto con el problema de ejercer el control obrero sobre sectores enteros de la industria y sobre su conjunto. Los intentos de los obreros de ejercer su control no solamente sobre el aprovisionamiento de las fábricas y de las empresas en materias primas sino, también, sobre las operaciones financieras de las empresas industriales, provocarán, sin embargo, por parte de la burguesía y del gobierno capitalista, medidas de rigor contra la clase obrera, lo que transformará la lucha obrera por el control de la industria en una lucha por la conquista del poder por parte de la clase obrera.

4.- La propaganda a favor de los consejos industriales debe ser llevada a cabo de modo tal que afiance en la convicción de las grandes masas obreras, incluso en aquellas que no pertenecen directamente al proletariado industrial, la idea de que la responsabilidad de la desorganización económica incumbe a la burguesía y que el proletariado, al exigir el control obrero, lucha por la organización de la industria, por la supresión de la especulación y contra la carestía de la vida. La tarea de los partidos comunistas consiste en luchar por el control de la industria, aprovechando todas las circunstancias actuales, desde la carencia del combustible hasta la desorganización de los transportes, fusionando en el mismo objetivo los elementos aislados del proletariado y atrayendo a lo medios más amplios de la pequeña burguesía que se proletariza cada día más y sufre cruelmente la desorganización económica.

5.- Los consejos obreros industriales no pueden remplazar a los sindicatos. Sólo pueden organizarse en el transcurso de la acción en diversos sectores de la industria y crear poco a poco un aparato general capaz de dirigir toda la lucha. Ya en la actualidad, los sindicatos representan organismos de combate centralizados, aunque no abarquen a masas obreras tan amplias como pueden hacerlo los consejos obreros industriales. El reparto de todas las tareas de la clase obrera entre los comités obreros industriales y los sindicatos es el resultado del desarrollo histórico de la revolución social. Los sindicatos han organizado a las masas obreras con el objetivo de una lucha por el alza de los salarios y por la reducción de la jornada de trabajo y lo hacen en amplia escala. Los consejos obreros industriales se organizan para el control obrero de la industria y la lucha contra la desorganización económica; abarcan a los obreros de todas las empresas, pero la lucha que sostienen no puede revestir sino muy lentamente un carácter político general. Sólo en la medida en que los sindicatos lleguen a superar las tendencias contrarrevolucionarias de su burocracia o se conviertan en órganos conscientes de la revolución, los comunistas tendrán el deber de apoyar a los consejos obreros industriales en sus tendencias a convertirse en grupos industriales sindicalistas.

6.- La tarea de los comunistas se reduce a los esfuerzos que deben hacer para que los sindicatos y los consejos obreros industriales se compenetren del mismo espíritu de

resolución combativa, de conciencia y de comprensión de los mejores métodos de combate, es decir del espíritu comunista. Para llevarlo a cabo, los comunistas deben someter, de hecho, los sindicatos y los comités obreros al Partido Comunista y crear así organismos proletarios de masas que servirán de base para un poderoso partido proletario centralizado, que abarque a todas las organizaciones proletarias y las conduzca por la vía que lleva a la victoria de la clase obrera y a la dictadura del proletariado, al comunismo.

7.- Mientras los comunistas hacen de los sindicatos y de los consejos obreros industriales un arma poderosa para la revolución, esas organizaciones de masas se preparan para el gran papel que les tocará desempeñar cuando se establezca la dictadura del proletariado. Su deber consistirá en convertirse en la base socialista de la nueva organización de la vida económica. Los sindicatos, organizados en calidad de pilares de la industria, basándose en los consejos obreros industriales que representarán a las organizaciones de fábricas y de empresas, enseñarán a las masas obreras su deber industrial, harán de los obreros más avanzados directores de empresas, organizarán el control técnico de los especialistas, estudiarán y ejecutarán, de acuerdo con los representantes del poder obrero, los planes de la política económica socialista.

III

Los sindicatos manifestaban en tiempos de paz una tendencia a formar una unión internacional. Durante las huelgas, los capitalistas recurrían a la mano de obra de los países vecinos y a los servicios de “esquiroleros” extranjeros. Pero antes de la guerra, la Internacional Sindical sólo tenía una importancia secundaria. Se ocupaba de la organización de ayudas financieras recíprocas y de un servicio de estadística relativo a la vida obrera, pero no trataba de unificar la vida obrera porque los sindicatos dirigidos por oportunistas hacían todo lo posible para sustraerse a toda lucha revolucionaria internacional. Los líderes oportunistas de los sindicatos que durante la guerra fueron los fieles servidores de la burguesía en sus respectivos países, tratan ahora de restaurar la Internacional Sindical haciendo de ella un arma del capitalismo internacional, dirigida contra el proletariado. Crean con Jouhaux, Gompers, Legien, etc., una “secretaría de trabajo” junto a la Liga de las Naciones, que no es sino una organización de bandolerismo capitalista internacional. Tratan de aplastar, en todos los países, el movimiento huelguístico haciendo decretar el arbitraje obligatorio de los representantes del Estado capitalista. Tratan de obtener, a fuerza de compromisos con los capitalistas, toda clase de favores para los obreros, a fin de romper de este modo la unión cada día más estrecha de la clase obrera. La Internacional Sindical de Ámsterdam es, por lo tanto, el reemplazo de la Segunda Internacional de Bruselas en bancarrota. Los obreros comunistas que forman parte de los sindicatos de todos los países deben, por el contrario, trabajar por la creación de un frente sindicalista internacional. Ya no se trata de la obtención de recursos pecuniarios en caso de huelga sino que ahora es preciso que, cuando el peligro amenace a la clase obrera de un país, sindicatos de los otros países, en calidad de organizaciones de masas, tomen su defensa y hagan todo lo posible para impedir que la burguesía de su país vaya en ayuda de aquella que está en conflicto con la clase obrera. En todos los estados, la lucha económica del proletariado se torna cada vez más revolucionaria. Por eso los sindicatos deben emplear conscientemente su fuerza en apoyar toda acción revolucionaria, tanto en su propio país como en los otros. Con ese objetivo, deben orientarse hacia la mayor centralización de la acción, no solamente en

cada país sino también internacionalmente. Lo harán adhiriéndose a la Internacional Comunista y fusionando allí en un solo ejército a los distintos elementos comprometidos en el combate, para que actúen de forma concertada y se presten una ayuda mutua.

Tesis sobre la cuestión nacional y colonial

I. Tesis

1.- A la democracia burguesa, por su naturaleza misma, le es propio un modo abstracto o formal de plantear el problema de la igualdad en general, incluyendo la igualdad nacional. A título de igualdad de la persona humana en general, la democracia burguesa proclama la igualdad formal o jurídica entre el propietario y el proletario, entre el explotador y el explotado, llevando así al mayor engaño a las clases oprimidas. La idea de la igualdad, que en sí misma constituye un reflejo de las relaciones de la producción mercantil, viene a ser en manos de la burguesía un arma de lucha contra la supresión de las clases bajo el pretexto de una igualdad absoluta de las personas. El verdadero sentido de la reivindicación de la igualdad no consiste sino en exigir la supresión de las clases.

2.- De acuerdo con su tarea fundamental de luchar contra la democracia burguesa y de desenmascarar la falsedad y la hipocresía de la misma, los partidos comunistas, intérpretes conscientes de la lucha del proletariado por el derrocamiento del yugo de la burguesía, deben, en lo referente al problema nacional, centrar también su atención, no en los principios abstractos o formales, sino:

a) En apreciar con toda exactitud la situación histórica concreta y, ante todo, la situación económica.

b) Diferenciar con toda nitidez los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados y el concepto general de los intereses de toda la nación en su conjunto, que no es más que la expresión de los intereses de la clase dominante.

c) Asimismo deben dividir claramente las naciones en: naciones dependientes, sin igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas, por oposición a la mentira democrático-burguesa, la cual encubre la esclavización colonial y financiera (cosa inherente a la época del capital financiero y el imperialismo) de la enorme mayoría de la población de la tierra por una insignificante minoría de países capitalistas riquísimos y avanzados.

3.- La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto de relieve con particular claridad ante todas las naciones y ante las clases oprimidas del mundo entero la mendacidad de la fraseología democrático-burguesa, al demostrar en la práctica que el Tratado de Versalles dictado por las famosas “democracias occidentales” constituye una violencia incluso más feroz e infame sobre las naciones débiles que el Tratado de Brest-Litovsk impuesto por los *junkers* alemanes y el káiser. La Sociedad de las Naciones, así como toda la política de posguerra de la Entente, ponen de manifiesto con mayor evidencia y de un modo incluso más tajante esta verdad, reforzando en todas partes la lucha revolucionaria, tanto del proletariado de los países avanzados como de todas las masas trabajadoras de los países coloniales y dependientes, y acelerando el desmoronamiento de las ilusiones nacionales pequeñoburguesas sobre la posibilidad de la convivencia pacífica y de la igualdad nacional bajo el capitalismo.

4.- De las tesis esenciales arriba expuestas se desprende que la base de toda la política de la Internacional Comunista, en lo que al problema nacional y colonial se refiere, debe consistir en acercar a las masas proletarias y trabajadoras de todas las naciones y de todos los países para la lucha revolucionaria común por el derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, ya que sólo un acercamiento de esta clase garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión nacional y la desigualdad de derechos.

5.- La situación política mundial ha planteado ahora en la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial convergen de un modo inevitable en un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, que de un modo ineluctable agrupa a su alrededor, por una parte a los movimientos soviéticos de los obreros de vanguardia de todos los países, y, por otra, a todos los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y de las nacionalidades oprimidas, que se convencen por amarga experiencia de que no existe para ellos otra salvación que el triunfo del poder de los sóviets sobre el imperialismo mundial.

6.- Por lo tanto, en la actualidad no hay que limitarse a reconocer o proclamar simplemente el acercamiento entre los trabajadores de las distintas naciones, sino que es preciso desarrollar una política que lleve a cabo la unión más estrecha entre los movimientos de liberación nacional y colonial con la Rusia soviética, haciendo que las formas de esta unión estén en consonancia con los grados de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento democrático-burgués de liberación de los obreros y campesinos en los países atrasados o entre las nacionalidades atrasadas.

7.- La federación es la forma de transición hacia la unidad completa de los trabajadores de las diversas naciones. El principio federativo ha revelado ya en la práctica su utilidad, tanto en las relaciones entre la República Federativa Socialista Soviética de Rusia y las otras repúblicas soviéticas (de Hungría, de Finlandia, Letonia, en el pasado, y de Azerbaiyán, de Ucrania en el presente), como dentro de la misma RFSSR en lo referente a las nacionalidades que anteriormente carecían tanto de estado propio como de autonomía (por ejemplo, las repúblicas autónomas de Bashkiria y Tataria dentro de la RFSSR, fundadas en 1919 y 1920, respectivamente).

8.- En este sentido la tarea de la Internacional Comunista consiste en seguir desarrollando, así como en estudiar y comprobar en la experiencia, estas nuevas federaciones que surgen sobre la base del régimen y del movimiento soviéticos. Al reconocer la federación como forma de transición hacia la unidad completa, es necesario tender a estrechar cada vez más la unión federativa, teniendo presente:

a) Que sin una alianza estrecha de las repúblicas soviéticas es imposible salvaguardar la existencia de éstas dentro del cerco de las potencias imperialistas del mundo, incomparablemente más poderosas en el plano militar.

b) Que es imprescindible una alianza económica estrecha de las repúblicas soviéticas, sin lo cual no sería realizable la restauración de las fuerzas productivas destruidas por el imperialismo ni se podría asegurar el bienestar de los trabajadores.

c) La tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo.

9.- En el terreno de las relaciones internas del estado, la política nacional de la Internacional Comunista no puede circunscribirse a un simple reconocimiento formal, puramente declarativo, y que en la práctica no obliga a nada, de la igualdad de las naciones, cosa que hacen los demócratas burgueses, ya sea los que se confiesan francamente como tales o los que, como los de la Segunda Internacional, se encubren con el título de socialistas.

No sólo en toda su obra de agitación y propaganda (tanto desde la tribuna parlamentaria como fuera de la misma) deben los partidos comunistas desenmascarar implacablemente las violaciones continuas de la igualdad jurídica de las naciones y de las garantías de los derechos de las minorías nacionales en todos los estados capitalistas, a despecho de sus constituciones “democráticas”, sino que deben también explicar constantemente que el régimen soviético es el único capaz de proporcionar realmente la igualdad de derechos de las naciones, al unificar primero al proletariado y luego a toda la masa de los trabajadores en la lucha contra la burguesía; es imprescindible que todos los partidos comunistas presten una ayuda directa al movimiento revolucionario en las naciones dependientes o en las que no gozan de derechos iguales (por ejemplo en Irlanda, entre los negros en Estados Unidos, etc.) y en las colonias.

Sin esta última condición, de suma importancia, la lucha contra la opresión de las naciones dependientes y de los países coloniales, lo mismo que el reconocimiento de su derecho a separarse y formar un estado aparte, sigue siendo un rótulo embustero, como lo vemos en los partidos de la Segunda Internacional.

10.- El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva, en toda la propaganda, agitación y en la labor práctica, por el nacionalismo y el pacifismo pequeñoburgués, constituye el fenómeno más común, no sólo entre los partidos de la Segunda Internacional, sino también entre los que se retiraron de ella y a menudo incluso entre los que ahora se denominan a sí mismos partidos comunistas. La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeñoburgueses más arraigados, adquiere tanta mayor importancia cuanto mayor es la palpitante actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado, convirtiéndola, de nacional (es decir, que existe en un solo país y que no es capaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado cuando menos en varios países avanzados, capaz de tener una influencia decisiva sobre toda la política mundial). El nacionalismo pequeñoburgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones, y nada más (dejo a un lado el carácter puramente verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige:

a) La subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha a escala mundial.

b) Que la nación que triunfa sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional.

Así, pues en los estados ya completamente capitalistas en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en luchar contra las desviaciones oportunistas, pequeñoburguesas y pacifistas de la concepción y de la política del internacionalismo.

11.- En lo referente a los estados y a las naciones más atrasados, donde predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas, es preciso tener presente sobre todo:

a) La obligación de todos los partidos comunistas de ayudar al movimiento democrático-burgués de liberación en esos países: el deber de prestar la ayuda más activa incumbe, en primer término a los obreros del país del cual, en el sentido colonial o financiero, depende la nación atrasada.

b) La necesidad de luchar contra el clero y los demás elementos reaccionarios y feudales que ejercen influencia en los países atrasados.

c) La necesidad de luchar contra el panislamismo y otras corrientes de esta índole que tratan de combinar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y norteamericano con el fortalecimiento de las posiciones de los kanes, de los terratenientes, de los mulás, etc.

d) La necesidad de apoyar especialmente el movimiento campesino en los países atrasados contra los terratenientes, contra la gran propiedad territorial, contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, realizando una alianza estrechísima entre el proletariado comunista de la Europa Occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos de Oriente, de los países coloniales y de los países atrasados en general; es indispensable, en particular, realizar todos los esfuerzos para aplicar los principios esenciales del régimen soviético en los países en que predominan las relaciones precapitalistas, por medio de la creación de “sóviets de trabajadores”, etc.;

e) La necesidad de luchar resueltamente contra los intentos hechos por los movimientos de liberación, que no son en realidad ni comunistas ni revolucionarios, de adoptar el color del comunismo. La Internacional Comunista debe apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados, sólo a condición que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupen y se eduquen en todos los países atrasados en la conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones; la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse con ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias.

f) La necesidad de explicar infatigablemente y desenmascarar continuamente ante las grandes masas trabajadoras de todos los países, sobre todo ante los proletarios, el engaño que utilizan sistemáticamente las potencias imperialistas, las cuales, bajo el aspecto de estados políticamente independientes, crean en realidad estados desde todo punto de vista sojuzgados por ellos en el sentido económico, financiero y militar. Como un ejemplo flagrante de los engaños practicados con la clase trabajadora en los países sometidos por los esfuerzos combinados del imperialismo de los Aliados y de la burguesía de tal o cual nación, podemos citar el asunto de los sionistas en Palestina, país en el que so pretexto de crear un estado judío, allí donde los judíos son una minoría insignificante, el sionismo ha entregado a la población autóctona de los trabajadores árabes a la explotación de Inglaterra. En la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que la Federación de Repúblicas Soviéticas.

12.- La opresión secular de las nacionalidades coloniales y débiles por las potencias imperialistas ha dejado entre las masas trabajadoras de los países oprimidos, no sólo un rencor, sino también una desconfianza hacia las naciones opresoras en general, incluyendo al proletariado de estas naciones. La vil traición al socialismo por parte de la mayoría de los jefes oficiales de ese proletariado durante los años de 1914 a 1919, cuando de modo socialchovinista encubrían con la “defensa de la patria” la defensa del “derecho” de “su propia” burguesía a oprimir las colonias y a expoliar a los países financieramente dependientes, no ha podido dejar de acentuar esta desconfianza en todo sentido legítimo. Por otra parte, cuanto más atrasado es un país tanto más pronunciados son la pequeña producción agrícola, el estado patriarcal y el aislamiento, lo cual conduce de modo ineludible a un desarrollo particularmente vigoroso y persistente de los prejuicios pequeñoburgueses más arraigados a saber: los prejuicios de egoísmo nacional, de estrechez nacional. La extinción de esos prejuicios es necesariamente un proceso muy lento, puesto que sólo pueden desaparecer después de la desaparición del imperialismo y el capitalismo en los países avanzados y una vez que cambie radicalmente toda la base de la vida económica de los países atrasados. De ahí surge el deber, para el proletariado comunista consciente de todos los países, de demostrar circunspección y atención particulares frente a las supervivencias de los sentimientos nacionales en los países y en las nacionalidades que han sufrido una prolongadísima opresión; asimismo es su deber hacer ciertas concesiones con el fin de apresurar la desaparición de esa desconfianza y esos prejuicios. La causa del triunfo sobre el capitalismo no puede tener su remate eficaz si el proletariado, y luego todas las masas trabajadoras de todos los países y naciones del mundo entero, no demuestran una aspiración voluntaria a la alianza y a la unidad.

II. Tesis suplementarias

1.- La determinación exacta de las relaciones de la Internacional Comunista con el movimiento revolucionario en los países que están dominados por el imperialismo capitalista, en particular de China, es uno de los problemas más importantes para el II Congreso de la Internacional Comunista. La revolución mundial entra en un período en el cual es necesario un conocimiento exacto de esas relaciones. La gran guerra europea y sus resultados han demostrado muy claramente que las masas de los países sometidos fuera de los límites de Europa están vinculadas de manera absoluta al movimiento

proletario de Europa y que esa es una consecuencia inevitable del capitalismo mundial centralizado.

2.- Las colonias constituyen una de las principales fuentes de las fuerzas del capitalismo europeo. Sin la posesión de grandes mercados y de extensos territorios de explotación en las colonias, las potencias capitalistas de Europa no podrían mantenerse durante mucho tiempo. Inglaterra, fortaleza del imperialismo, es víctima de la sobreproducción desde hace más de un siglo. Sólo conquistando territorios coloniales, mercados suplementarios para la venta de sus productos y fuentes de materias primas para su creciente industria Inglaterra logró mantener, pese a sus cargas, su régimen capitalista. Fue mediante la esclavitud de centenares de millones de habitantes de Asia y África como el imperialismo inglés llegó a mantener hasta ahora al proletariado británico bajo la dominación burguesa.

3.- La plusvalía obtenida por la explotación de las colonias es uno de los apoyos del capitalismo moderno. Mientras esta fuente de beneficios no sea suprimida, será difícil para la clase obrera vencer al capitalismo.

Gracias a la posibilidad de explotar intensamente la mano de obra y las fuentes naturales de materias primas de las colonias, las naciones capitalistas de Europa han tratado, no sin éxito, de evitar por todos esos medios, su inminente bancarrota.

El imperialismo europeo logró en sus propios países hacer concesiones cada vez más grandes a la aristocracia obrera. Mientras por una parte trata de mantener las condiciones de vida de los obreros en los países sometidos a un nivel muy bajo consiente en sacrificar la plusvalía en sus propios países, pues aún le queda la de las colonias.

4.- La supresión por parte de la revolución proletaria del poderío colonial europeo acabará con el capitalismo europeo. La revolución proletaria y la revolución de las colonias deben aunarse, en una cierta medida, para la finalización victoriosa de la lucha. Por lo tanto, la Internacional Comunista tiene que ampliar el círculo de su actividad. Debe estrechar relaciones con las fuerzas revolucionarias que tratan de destruir el imperialismo en los países económica y políticamente dominados.

5.- La Internacional Comunista concentra la voluntad del proletariado revolucionario mundial. Su tarea consiste en organizar a la clase obrera de todo el mundo para la liquidación del orden capitalista y el establecimiento del comunismo. La Internacional Comunista es un instrumento de lucha que tiene por tarea agrupar a todas las fuerzas revolucionarias del mundo.

La Segunda Internacional, dirigida por un grupo de politiqueros y penetrada por concepciones burguesas, no asignó ninguna importancia a la cuestión colonial. Para ella, el mundo sólo existía dentro de los límites de Europa. No consideró la necesidad de vincular al movimiento revolucionario de los otros continentes. En lugar de prestar ayuda material y moral al movimiento revolucionario de las colonias, los miembros de la Segunda Internacional se convirtieron en imperialistas.

6.- El imperialismo extranjero que pesa sobre los pueblos orientales, les ha impedido desarrollarse, en el orden social y económico, simultáneamente con las clases de Europa y América.

Debido a que la política imperialista obstaculizó el desarrollo industrial de las colonias, no pudo surgir una clase proletaria en el sentido exacto del término si bien, en estos últimos tiempos, las artesanías locales han sido destruidas por la competencia de los productos de las industrias centralizadas de los países imperialistas.

La consecuencia de esto fue que la gran mayoría del pueblo se vio relegada al campo y obligada a dedicarse al trabajo agrícola y a la producción de materias primas para la exportación.

Así se produjo una rápida concentración de la propiedad agraria en manos ya sea de los grandes propietarios terratenientes, del capital financiero o del Estado, y se creó una poderosa masa de campesinos sin tierra. Además, la gran masa de la población fue mantenida en la ignorancia.

El resultado de esta política es evidente: en aquellos países donde el espíritu revolucionario se manifiesta, sólo encuentra su expresión en la clase media ilustrada.

La dominación extranjera obstaculiza el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Por eso su eliminación es el primer paso de la revolución en las colonias y por eso la ayuda aportada a la destrucción del poder extranjero en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena sino la apertura del camino para el propio proletariado oprimido.

7.- En los países oprimidos existen dos movimientos que cada día se separan más: el primero es el movimiento burgués democrático nacionalista que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y obreros ignorantes y pobres que luchan por su emancipación de todo tipo de explotación.

El primero intenta dirigir al segundo y en cierta medida lo ha conseguido con frecuencia. Pero la Internacional Comunista y los partidos adheridos deben combatir esta tendencia y tratar de desarrollar el sentimiento de clase independiente en las masas obreras de las colonias.

Al respecto, una de las tareas más importantes es la formación de partidos comunistas que organicen a los obreros y los campesinos y los conduzcan a la revolución y al establecimiento de la república soviética.

8.- Las fuerzas del movimiento de emancipación en las colonias no están limitadas al pequeño círculo del nacionalismo burgués democrático. En la mayoría de las colonias, ya hay un movimiento socialrevolucionario o partidos comunistas vinculados estrechamente con las masas obreras. Las relaciones de la Internacional Comunista con el movimiento revolucionario de las colonias deben servir a esos partidos o a esos grupos, pues son la vanguardia de la clase obrera. Si bien actualmente son débiles, representan, sin embargo, la voluntad de las masas y éstas los seguirán por el camino revolucionario. Los partidos comunistas de los diferentes países imperialistas deben trabajar en contacto con esos partidos proletarios en las colonias y prestarles ayuda moral y material.

9.- La revolución en las colonias, en su primer estadio, no puede ser una revolución comunista, pero si desde su comienzo la dirección está en manos de una vanguardia comunista, las masas no se desorientarán y en los diferentes períodos del movimiento su experiencia revolucionaria irá aumentando.

Sería un error pretender aplicar inmediatamente en los países coloniales los principios comunistas respecto a la cuestión agraria. En su primer estadio, la revolución en las colonias debe tener un programa que incluya reformas pequeñoburguesas tales como el reparto de la tierra. Pero eso no significa necesariamente que la dirección de la revolución deba ser abandonada en manos de la democracia burguesa. Por el contrario, el partido proletario debe desarrollar una propaganda poderosa y sistemática a favor de los sóviets, y organizar los sóviets de campesinos y de obreros. Esos sóviets deberán trabajar en estrecha colaboración con las repúblicas soviéticas de los países capitalistas adelantados para lograr la victoria final sobre el capitalismo en todo el mundo.

De este modo, las masas de los países atrasados, conducidas por el proletariado consciente de los países capitalistas desarrollados, accederán al comunismo sin pasar por los diferentes estadios del desarrollo capitalista.

Tesis sobre la cuestión agraria

1.- Sólo el proletariado urbano e industrial, dirigido por el Partido Comunista, puede librar a las masas trabajadoras rurales del yugo del capital y de la gran propiedad agraria de los terratenientes, de la ruina económica y de las guerras imperialistas, inevitables mientras se mantenga el régimen capitalista. Las masas trabajadoras del campo no tienen otra salvación que su alianza con el proletariado comunista y apoyar abnegadamente su lucha revolucionaria para derribar el yugo de los terratenientes (grandes propietarios agrarios) y de la burguesía.

Por otra parte, los obreros industriales no podrán cumplir su misión histórica de liberar a la humanidad de la opresión del capital y de las guerras, si se encierran en el marco de intereses estrechamente corporativos, estrechamente profesionales y se limitan, con suficiencia, a preocuparse sólo de mejorar su situación desde el punto de vista pequeñoburgués. Esto es precisamente lo que ocurre en muchos países avanzados donde hay una “aristocracia obrera”, la cual constituye la base de los partidos pseudosocialistas de la Segunda Internacional, pero que en realidad son los peores enemigos del socialismo, traidores del socialismo, chovinistas pequeñoburgueses, agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero. El proletariado actúa como clase verdaderamente revolucionaria, auténticamente socialista, sólo cuando en sus manifestaciones y actos actúa como vanguardia de todos los trabajadores y explotados, como jefe de los mismos en la lucha para derribar a los explotadores, cosa que no puede ser llevada a cabo sin introducir la lucha de clases en el campo, sin agrupar a las masas de trabajadores rurales en torno al Partido Comunista del proletariado urbano, sin que éste eduque a aquéllas.

2.- Las masas trabajadoras y explotadas del campo a las que el proletariado urbano debe conducir a la lucha o, cuanto menos, ganar para su causa, están representadas en todos los países capitalistas por:

a) El proletariado agrícola, los obreros asalariados (contratados por año, por temporada, por jornada), que ganan su sustento trabajando a jornal en empresas capitalistas agrícolas. La tarea *fundamental* de los partidos comunistas de todos los países consiste en organizar esta clase independiente y distinta de los demás grupos de la población rural (en el terreno político, militar, sindical, cooperativo, cultural, etc.), desplegar entre ella una intensa propaganda y agitación, atraerla al lado del poder soviético y de la dictadura del proletariado.

b) Los semiproletarios o campesinos parcelarios, es decir, los que ganan su sustento, en parte mediante el trabajo asalariado en empresas capitalistas agrícolas e industriales y, en parte, trabajando en la parcela propia o tomada en arriendo, lo que les suministra sólo cierta parte de los productos necesarios para la subsistencia de sus familias. Este grupo de la población trabajadora del campo es muy numeroso en todos los países capitalistas; los representantes de la burguesía y los “socialistas” amarillos de la Segunda Internacional disimulan su existencia y su situación especial, ora engañando conscientemente a los obreros, ora creyendo ciegamente en la rutina de las concepciones pequeñoburguesas y confundiendo a estos trabajadores con la masa común de los “campesinos” en general. Semejante procedimiento de embaucar a la manera burguesa a los

obreros se advierte, sobre todo, en Alemania y en Francia, luego en EEUU, así como en otros países. Cuando los partidos comunistas organicen debidamente su labor, este grupo será su partidario seguro, porque la situación de estos semiproletarios es sumamente penosa y porque bajo el poder soviético y la dictadura del proletariado sus ventajas serán enormes e inmediatas.

c) los pequeños campesinos, es decir, los pequeños labradores que poseen, ya sea como propiedad o tomada en arriendo, una parcela de tierra tan reducida, que cubriendo las necesidades de sus familias y de su hacienda, no precisan contratar jornaleros. Esta categoría, como tal, sale ganando de un modo absoluto con el triunfo del proletariado, el cual le garantiza en el acto y por completo:

- La supresión de los arriendos o la exención de la entrega de una parte de la cosecha (por ejemplo los *nétayers* [aparceros] en Francia, lo mismo en Italia, etc.) a los grandes propietarios agrarios.

- La supresión de las hipotecas.

- La supresión de las múltiples formas de opresión y dependencia de los grandes propietarios agrarios (disfrute de los bosques, etc.).

- La ayuda inmediata a sus haciendas por parte del poder estatal proletario (la posibilidad de emplear los aperos de labranza y parte de las instalaciones en las grandes haciendas capitalistas expropiadas por el proletariado; la transformación inmediata por el poder estatal proletario de las cooperativas y asociaciones agrícolas, que ante todo servían bajo el capitalismo a los campesinos ricos y medios, en organizaciones destinadas a ayudar, en primer término, a los campesinos pobres, es decir, a los proletarios, semiproletarios y pequeños campesinos, etc.), y otras muchas ventajas.

A la par con esto, los partidos comunistas deben tener bien presente que en el período de transición del capitalismo al comunismo, o sea durante la dictadura del proletariado, en este sector son inevitables las vacilaciones, por lo menos en cierta medida, a favor de una libertad de comercio ilimitada y del libre ejercicio de derechos de propiedad privada, pues este sector, siendo ya (si bien en pequeña parte) vendedor de artículos de consumo, está corrompido por la especulación y por los hábitos de propietario. Sin embargo, si el proletariado victorioso sigue una política firme, si ajusta resueltamente las cuentas a los grandes propietarios de la tierra y a los campesinos ricos, las vacilaciones de este sector no pueden ser considerables y no podrán cambiar el hecho de que, en general y en su conjunto, se encontrará al lado de la revolución proletaria.

3.- Los tres grupos señalados, en su conjunto, constituyen en todos los países capitalistas la mayoría de la población rural. Por eso, está completamente asegurado el éxito de la revolución proletaria, no sólo en la ciudad sino también en el campo, aunque está muy extendida la opinión contraria, que se mantiene únicamente porque la ciencia y la estadística burguesa emplean sistemáticamente el engaño, disimulando por todos los medios el profundo abismo que media entre las clases rurales indicadas y los explotadores, los terratenientes y capitalistas, así como entre los semiproletarios y los pequeños campesinos, por un lado, y los campesinos ricos, por otro; en segunda lugar,

se mantiene debido a la incapacidad y a la falta de deseo de los héroes de la Segunda Internacional amarilla y de la “aristocracia obrera” de los países avanzados, corrompida por las prebendas imperialistas, de desarrollar una verdadera labor proletaria revolucionaria de propaganda, agitación y organización entre los campesinos pobres; los oportunistas dirigen y dirigen toda su atención a la tarea de inventar formas de conciliación teórica y práctica con la burguesía, incluyendo al campesino rico y medio (de éstos hablaremos más adelante), y no a la del derrocamiento revolucionario del gobierno burgués y de la burguesía por el proletariado; en tercer lugar, se mantiene debido a la incomprensión obstinada, que ya tiene el arraigo de un prejuicio (vinculado a todos los prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios), de esta verdad, perfectamente demostrada por el marxismo en el terreno teórico y completamente confirmada por la experiencia de la revolución proletaria en Rusia, a saber: que la población rural de las tres categorías arriba señaladas, embrutecida hasta el extremo, desperdigada, oprimida, condenada en todos los países, incluso en los más avanzados, a vivir en condiciones de semibarbarie, interesada desde el punto de vista económico, social y cultural en el triunfo del socialismo, es capaz de apoyar enérgicamente al proletariado revolucionario únicamente *después* de que éste conquiste el poder político, sólo *después* de que ajuste terminantemente las cuentas a los grandes terratenientes y a los capitalistas, sólo después de que estos hombres oprimidos vean *en la práctica* que tienen un jefe y un defensor organizado, lo bastante poderoso y firme para ayudar y dirigir, para señalar el camino acertado.

4.- Por “campesinos medios”, en el sentido económico de la palabra, debe entenderse a los pequeños agricultores que poseen, ya sea a título de propiedad o en arriendo, también pequeñas parcelas de tierra, si bien tales que, en primer lugar, proporcionan bajo el capitalismo, por regla general, no sólo el rendimiento necesario para sostener pobremente a su familia y su hacienda, sino también la posibilidad de obtener cierto excedente, que puede, por lo menos en los años mejores, convertirse en capital; tales que, en segundo lugar, permiten recurrir, en muchos casos (por ejemplo: en una hacienda de cada dos o tres), al empleo de mano de obra asalariada. Un ejemplo concreto de campesinado medio en un país capitalista avanzado lo ofrece Alemania donde, según el censo de 1907, en el grupo de explotaciones de 5 a 10 hectáreas una tercera parte emplea obreros asalariados. En Francia, país donde están más desarrollados los cultivos especiales, por ejemplo la viticultura, que requieren mayor empleo de mano de obra, el grupo correspondiente emplea, probablemente, en mayores proporciones aún el trabajo asalariado.

El proletariado revolucionario no puede acometer (por lo menos en un porvenir inmediato y en los primeros tiempos del período de la dictadura del proletariado) la empresa de atraerse a esta capa. Tiene que limitarse a la tarea de neutralizarla, es decir, de hacer que sea neutral en la lucha entre el proletariado y la burguesía. Las vacilaciones de este sector entre las dos fuerzas son inevitables, y al comienzo de la nueva época su tendencia predominante, en los países capitalistas desarrollados, será favorable a la burguesía. Porque aquí prevalecen la mentalidad y el espíritu de propietarios; el interés por la especulación, por la “libertad” de comercio y de propiedad es inmediato; el antagonismo con los obreros asalariados es directo. El proletariado triunfante mejoraría inmediatamente la situación de este sector, suprimiendo los arriendos y las hipotecas. En la mayoría de los estados capitalistas el poder proletario no debe en manera alguna suprimir inmediata y completamente la propiedad privada; en todo caso, no sólo garantiza a los campesinos pequeños y medios la conservación de sus

parcelas de tierra, sino que las aumenta hasta las proporciones de la superficie que ellos arriendan comúnmente (supresión de los arrendamientos).

Las medidas de este género, junto con la lucha impecable contra la burguesía, garantizan por completo el éxito de la política de neutralización.

El paso a la agricultura colectiva debe ser llevado a cabo por el poder estatal proletario únicamente con las mayores precauciones y de un modo gradual, sirviéndose del ejemplo, sin ejercer coacción alguna sobre los campesinos medios.

5.- Los campesinos ricos (*Grossbauern*) son los patronos capitalistas en la agricultura, que explotan su hacienda, como norma, relacionados con el “campesinado” por su nivel cultural poco elevado, por su modo de vivir, por su trabajo personal manual en su hacienda. Los campesinos ricos constituyen el sector más numeroso entre las capas burguesas, enemigas directas y decididas del proletariado revolucionario. En su labor en el campo, los partidos comunistas deben prestar la atención principal a la lucha contra este sector, a liberar a la mayoría de la población rural trabajadora y explotada de la influencia ideológica y política de estos explotadores, etc.

Después del triunfo del proletariado en la ciudad será completamente inevitable que surjan toda clase de manifestaciones de resistencia, de sabotaje y acciones armadas directas de carácter contrarrevolucionario por parte de este sector. Por esta razón el proletariado revolucionario debe iniciar, inmediatamente, la preparación ideológica y orgánica de las fuerzas necesarias para el desarme total de este sector y, simultáneamente con el derrocamiento de los capitalistas en la industria, descargarle, en la primera manifestación de resistencia, el golpe más decisivo, implacable, aniquilador, armando para tal objeto al proletariado rural y organizando en el campo sóviets en los cuales no se debe permitir que figuren los explotadores y debe asegurarse el predominio de los proletarios y semiproletarios.

Sin embargo, la expropiación incluso de los campesinos ricos no debe ser en manera alguna la tarea inmediata del proletariado victorioso, pues no existen aún condiciones materiales, en particular técnicas, como tampoco sociales, para colectivizar estas haciendas. En ciertos casos, probablemente excepcionales, se les confiscarán los lotes que dan en arriendo o que son imprescindibles para los campesinos pobres de la vecindad; a éstos también habrá que garantizarles el usufructo gratuito, bajo determinadas condiciones, de una parte de la maquinaria agrícola de los campesinos ricos, etc. Pero, como regla general, el poder estatal proletario debe dejar sus tierras a campesinos ricos, confiscándolas sólo si oponen resistencia al poder de los trabajadores y explotados. La experiencia de la revolución proletaria de Rusia, donde la lucha contra los campesinos ricos se complicó y prolongó debido a una serie de condiciones especiales, demostró, a pesar de todo, que este sector, después de recibir una buena lección al menor intento de resistencia, es capaz de cumplir lealmente las tareas que le asigna el Estado proletario e incluso, si bien con extraordinaria lentitud, comienza a penetrarse de respeto hacia el poder que defiende a todo trabajador y que se muestra implacable frente a los ricos parasitarios.

Las condiciones especiales que complicaron y frenaron la lucha del proletariado, triunfante sobre la burguesía contra los campesinos ricos de Rusia se reducen principalmente a que la revolución rusa, después de la insurrección del 25 de octubre (7

de noviembre) de 1917, pasó por una fase de lucha “democrático general”, es decir, en su base, democrático-burguesa, de todo el campesinado en su conjunto contra los terratenientes; luego, a la debilidad cultural y numérica del proletariado urbano; por último, a las enormes extensiones del país y al pésimo estado de sus vías de comunicación. Por cuanto en los países adelantados no existe este freno, el proletariado revolucionario de Europa y de Norteamérica debe preparar más enérgicamente y terminar con mayor rapidez, decisión y éxito, el triunfo completo sobre la resistencia de los campesinos ricos, arrebatarles la menor posibilidad de resistencia. Esta es una necesidad imperiosa, ya que antes de obtener este triunfo completo, definitivo, las masas de proletarios y semiproletarios rurales y de pequeños campesinos no estarán en condiciones de reconocer como completamente afianzado el poder estatal proletario.

6.- El proletariado revolucionario debe proceder a la confiscación inmediata y absoluta de todas las tierras de los terratenientes y grandes latifundistas, es decir, de quienes en los países capitalistas explotan de un modo sistemático, ya directamente o por medio de sus arrendatarios, a los obreros asalariados y a los pequeños campesinos (a veces incluso a los campesinos medios) de los alrededores, sin tomar ellos parte alguna en el trabajo manual, y pertenecen en su mayor parte a familias descendientes de los señores feudales (nobleza en Rusia, Alemania, Hungría; señores *restaurados* en Francia; lores en Inglaterra; antiguos esclavistas en Norteamérica), o los magnates financieros particularmente enriquecidos, o bien a una mezcla de estas dos categorías de explotadores y parásitos.

Los partidos comunistas no deben admitir en modo alguno la propaganda o la aplicación de la indemnización a favor de los grandes terratenientes por las tierras expropiadas, porque en las condiciones actuales de Europa y de Norteamérica esto significaría una traición al socialismo y una carga de nuevos tributos sobre las masas trabajadoras y explotadas, que son las que más sufrieron con una guerra que multiplicó el número de millonarios y aumentó sus riquezas.

En cuanto al modo de explotación de las tierras confiscadas a los grandes terratenientes por el proletariado triunfante, en Rusia, debido a su atraso económico, se ha llevado a cabo con preferencia el reparto de estas tierras entre los campesinos; sólo en casos relativamente raros, el Estado proletario mantuvo las llamadas “haciendas soviéticas”, dirigiéndolas por su cuenta y transformando a los antiguos jornaleros en obreros del Estado y en miembros de los sóviets que administran el Estado. En los países capitalistas avanzados, la Internacional Comunista reconoce justo el mantener preferentemente las grandes empresas agropecuarias y la explotación de las mismas según el tipo de los “haciendas soviéticas” de Rusia.

Sin embargo, sería un gravísimo error exagerar o generalizar esta norma y no admitir nunca la entrega gratuita de una parte de la tierra de los expropiadores expropiados a los pequeños campesinos y a veces hasta a los campesinos medios de la región.

En primer lugar, la objeción habitual consistente en aducir que las grandes explotaciones agrícolas son técnicamente superiores, se reduce con frecuencia a sustituir una verdad teórica indiscutible por el oportunismo de la peor especie y por la traición a la revolución. Para asegurar el éxito de esta revolución, el proletariado no tiene derecho a detenerse ante la disminución momentánea de la producción, así como no se detuvieron los burgueses enemigos del esclavismo en Estados Unidos ante la reducción

temporal de la producción de algodón a consecuencia de la guerra civil de 1863-1865. Para los burgueses la producción es un fin en sí, pero a los trabajadores y explotados les importa más que nada derrocar a los explotadores y asegurar las condiciones que les permitan trabajar para sí mismos y no para el capitalista. La tarea primordial y fundamental del proletariado consiste en garantizar y afianzar su triunfo. Y no puede haber afianzamiento del poder proletario sin neutralizar a los campesinos medios y sin asegurarse el apoyo de una parte bastante considerable de los pequeños campesinos, si no de su totalidad.

En segundo lugar, no sólo el aumento, sino incluso el mantenimiento de la gran producción agrícola, supone la existencia de un proletariado rural completamente desarrollado, con conciencia revolucionaria, que haya pasado por una buena escuela de organización profesional y política. Donde falta esta condición o donde no existe la posibilidad de confiar con provecho esta misión a obreros industriales conscientes y competentes, los intentos de un paso prematuro a la dirección de las grandes explotaciones por el Estado no pueden sino comprometer el poder proletario, y se requiere sumo cuidado y la más sólida preparación en la creación de “haciendas soviéticas”.

En tercer lugar, en todos los países capitalistas, aun en los más avanzados, subsisten todavía restos de explotación medieval semifeudal, de los pequeños campesinos por los grandes terratenientes, como, por ejemplo, los *instleute* en Alemania, los *métayers* en Francia, los aparceros arrendatarios en Estados Unidos (no sólo los negros, los cuales son explotados en la mayoría de los casos en los estados del Sur precisamente de este modo, sino a veces hasta los blancos). En casos como estos, el Estado proletario tiene el deber de entregar las tierras en usufructo gratuito a los pequeños campesinos que las arrendaban, porque no existe otra base económica y técnica, ni hay posibilidad de crearla de golpe.

El material de las grandes explotaciones debe ser obligatoriamente confiscado y convertido en patrimonio del Estado, con la condición expresa que, después de que las grandes haciendas del Estado hayan sido provistas del material necesario, los pequeños campesinos de los alrededores podrán utilizarlos en forma gratuita y en las condiciones que fije el Estado proletario.

Si en los primeros momentos, después de llevarse a cabo la revolución proletaria, resulta imperioso, no sólo expropiar sin dilación a los grandes terratenientes, sino incluso desterrarlos o encerrarlos, como dirigentes de la contrarrevolución y como opresores despiadados de toda la población rural, a medida que se afiance el poder proletario, no sólo en la ciudad, sino también en el campo, es preciso realizar de modo sistemático todos los esfuerzos para que las fuerzas con que cuenta esta clase, poseedoras de una gran experiencia, de conocimientos y de capacidad de organización, sean aprovechadas (bajo un control especial de obreros comunistas segurísimos) en la creación de la gran agricultura socialista.

7.- La victoria del socialismo sobre el capitalismo y el afianzamiento del primero no podrán ser considerados como seguros sino cuando el poder estatal proletario, una vez aplastada definitivamente toda resistencia de los explotadores, garantizada la absoluta estabilidad y la subordinación completa a su régimen, reorganice toda la industria sobre la base de la gran producción colectiva y de la técnica más moderna (basada en la

electrificación de toda la economía). Esto es lo único que permitirá a la ciudad prestar a la aldea atrasada y dispersa una ayuda técnica y social decisiva, con miras a crear la base material para elevar en vasta escala la productividad del cultivo de la tierra y de la actividad agrícola en general, estimulando así, con el ejemplo, a los pequeños campesinos a pasar, en su propio beneficio, a la gran agricultura colectiva y mecanizada. Esta verdad teórica incontestable, que todos los socialistas reconocen nominalmente, en la práctica es deformada por el oportunismo, que predomina tanto en la Segunda Internacional amarilla como entre los líderes de los “independientes” alemanes e ingleses, lo mismo que entre los longuetistas franceses, etc. Su procedimiento consiste en fijar la atención en un futuro hermoso, de color de rosa, relativamente lejano, y en apartarla de las tareas inmediatas que son impuestas por el paso y el acercamiento concreto y difícil a ese futuro. En la práctica, esto se reduce a preconizar la conciliación con la burguesía y la “paz social”, es decir, a la traición completa al proletariado, el cual lucha hoy entre ruinas y miseria sin precedentes, creadas en todas partes por la guerra, en tanto que un puñado de millonarios de una arrogancia ilimitada se ha enriquecido como nunca gracias a la guerra.

Justamente en el campo, la posibilidad efectiva de una lucha victoriosa por el socialismo reclama primero, que todos los partidos comunistas eduquen en el proletariado industrial la conciencia de que son indispensables sacrificios en aras del derrocamiento de la burguesía y de la consolidación del poder proletario, pues la dictadura del proletariado significa tanto la capacidad de éste para organizar y conducir a todas las masas trabajadoras y explotadas, como la capacidad de la vanguardia de hacer los mayores sacrificios y demostrar el mayor heroísmo para conseguir este objetivo; en segundo lugar, para lograr el éxito, se requiere que la masa trabajadora y más explotada del campo obtenga del triunfo de los obreros inmediatas y sensibles mejoras en su situación a expensas de los explotadores, pues sin ello el proletariado industrial no tiene asegurado el apoyo del campo y, de modo particular, no podrá asegurar el abastecimiento de las ciudades.

8.- La enorme dificultad de organizar y educar para la lucha revolucionaria a las masas trabajadores del campo, colocadas por el capitalismo en condiciones de particular postración, de dispersión y, a menudo, de dependencia semifeudal, impone a los partidos comunistas el deber de prestar una atención especial a la lucha huelguística en el campo, al apoyo intenso y al desarrollo múltiple de las huelgas de masas entre los proletarios y semiproletarios agrícolas. La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, confirmada y ampliada ahora por la experiencia de Alemania y de otros países avanzados, demuestra que sólo el desarrollo de la lucha huelguística de masas (a la cual, en ciertas condiciones, pueden y deben ser incorporados también los pequeños campesinos) es capaz de sacar al campo de su letargo, despertar entre las masas explotadas del agro la conciencia de clase, así como la conciencia de la necesidad de organizarse como clase, y demostrarles, en la práctica y de un modo evidente, la importancia de su alianza con los obreros de la ciudad.

El Congreso de la Internacional Comunista estigmatiza como traidores y felones a los socialistas (con los que cuenta, desgraciadamente, no sólo la Segunda Internacional amarilla, sino también los tres partidos más importantes de Europa que se han retirado de ella) que no sólo son capaces de mostrarse indiferentes ante la lucha de la misma (como lo ha hecho Kautsky), alegando que entraña el peligro de una disminución de la producción de artículos de consumo. Todo programa y toda declaración solemne

carecen de valor si en la práctica, en los hechos, no se demuestra que los comunistas y los dirigentes obreros saben colocar por encima de todas las cosas el desarrollo y el triunfo de la revolución proletaria y saben hacer en su nombre los más grandes sacrificios, porque de lo contrario no hay salida ni salvación del hambre, de la ruina económica y de nuevas guerras imperialistas.

En particular, es preciso señalar que los dirigentes del viejo socialismo y los representantes de la “aristocracia obrera”, que en el presente hacen a menudo concesiones verbales al comunismo e incluso pasan nominalmente a su lado, con tal de conservar su prestigio entre las masas obreras que se hacen cada vez más revolucionarias, deben probar su lealtad a la causa del proletariado y su capacidad de ocupar cargos de responsabilidad, precisamente en las ramas del trabajo en que el desarrollo de la conciencia y de la lucha revolucionarias es más acentuado; en que la resistencia de los terratenientes y de la burguesía (campesinos ricos, *kulaks*) es más encarnizada; en que la diferencia entre el socialista conciliador y el comunista revolucionario se manifiesta con mayor evidencia.

9.- Los partidos comunistas deben empeñar todos los esfuerzos para empezar lo más pronto posible a crear en el campo sóviets, en primer término, de los obreros asalariados y de los semiproletarios. Únicamente a condición de estar vinculados a la lucha huelguística de masas y a la clase más oprimida, los sóviets serán capaces de cumplir su cometido y de afianzarse lo bastante para someter a su influencia (y después incorporar en su seno) a los pequeños campesinos. Pero si la lucha huelguística no está desarrollada aún y es débil la capacidad de organización del proletariado rural, debido al peso de la opresión de los terratenientes y campesinos ricos y a la falta de apoyo por parte de los obreros industriales y de sus sindicatos, la creación de sóviets de diputados en el campo reclama una prolongada preparación: habrá que crear células comunistas, aunque sean pequeñas, desarrollar una intensa agitación exponiendo las reivindicaciones del comunismo del modo más popular posible y explicándolas con el ejemplo de las manifestaciones más notables de explotación y de opresión, organizar visitas sistemáticas de los obreros industriales al campo, etc.

El Partido Comunista y el parlamentarismo

LA NUEVA ÉPOCA Y EL NUEVO PARLAMENTARISMO

La actitud de los partidos socialistas con respecto al parlamentarismo consistía en un comienzo, en la época de la Primera Internacional, en utilizar los parlamentos burgueses para fines agitativos. Se consideraba la participación en la acción parlamentaria desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia de clase, es decir del despertar de la hostilidad de las clases proletarias contra las clases dirigentes. Esta actitud se modificó no por la influencia de una teoría sino por la del progreso político. A consecuencia del incesante aumento de las fuerzas productivas y de la ampliación del dominio de la explotación capitalista, el capitalismo, y con él los estados parlamentarios, adquirieron una mayor estabilidad.

De allí la adaptación de la táctica parlamentaria de los partidos socialistas a la acción legislativa “orgánica” de los parlamentos burgueses y la importancia, siempre creciente, de la lucha por la introducción de reformas dentro de los marcos del capitalismo, el predominio del programa mínimo de los partidos socialistas, la transformación del programa máximo en una plataforma destinada a las discusiones sobre un lejano “objetivo final”. Sobre esta base se desarrolló el arribismo parlamentario, la corrupción, la traición abierta o solapada de los intereses primordiales de la clase obrera.

La actitud de la Tercera Internacional con respecto al parlamentarismo no está determinada por una nueva doctrina sino por la modificación del papel del propio parlamentarismo. En la época precedente, el parlamento, instrumento del capitalismo en vías de desarrollo, trabajó en un cierto sentido, por el progreso histórico. Bajo las condiciones actuales, caracterizadas por el desencadenamiento del imperialismo, el parlamento se ha convertido en un instrumento de la mentira, del fraude, de la violencia, de la destrucción, de los actos de bandolerismo. Obras del imperialismo, las reformas parlamentarias, desprovistas de espíritu de continuidad y de estabilidad y concebidas sin un plan de conjunto, han perdido toda importancia práctica para las masas trabajadoras.

El parlamentarismo, así como toda la sociedad burguesa, ha perdido su estabilidad. La transición del período orgánico al período crítico crea una nueva base para la táctica del proletariado en el dominio parlamentario. Así es como el partido obrero ruso (el Partido Bolchevique) determinó ya las bases del parlamentarismo revolucionario en una época anterior, al perder Rusia desde 1905 su equilibrio político y social y entrar desde ese momento en un período de tormentas y cambios violentos.

Cuando algunos socialistas que aspiran al comunismo afirman que en sus países aún no ha llegado la hora de la revolución y se niegan a separarse de los oportunistas parlamentarios, consideran, en el fondo, consciente o inconscientemente, al período que se inicia como un período de estabilidad relativa de la sociedad imperialista y piensan, por esta razón, que una colaboración con los Turati y los Longuet puede lograr, sobre esa base, resultados prácticos en la lucha por las reformas.

El comunismo debe tomar como punto de partida el estudio teórico de nuestra época (apogeo del capitalismo, tendencias del imperialismo a su propia negación y a su propia destrucción, agudización continua de la guerra civil, etc.). Las formas de las relaciones

políticas y de las agrupaciones pueden diferir en los diversos países, pero la esencia de las cosas sigue siendo la misma en todas partes: para nosotros se trata de la preparación inmediata, política y técnica, de la sublevación proletaria que debe destruir el poder burgués y establecer el nuevo poder proletario.

Para los comunistas, el parlamento no puede ser actualmente, en ningún caso, el teatro de una lucha por reformas y por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, como sucedió en ciertos momentos en la época anterior. El centro de gravedad de la vida política actual está definitivamente fuera del marco del parlamento. Por otra parte, la burguesía está obligada, por sus relaciones con las masas trabajadoras y también a raíz de las relaciones complejas existentes en el seno de las clases burguesas, a hacer aprobar de diversas formas algunas de sus acciones por el parlamento, donde las camarillas se disputan el poder, ponen de manifiesto sus fuerzas y sus debilidades, se comprometen, etc.

Por eso el deber histórico inmediato de la clase obrera consiste en arrancar esos aparatos de poder a las clases dirigentes, en romperlos, destruirlos y sustituirlos por los nuevos órganos del poder proletario. Por otra parte, el estado mayor revolucionario de la clase obrera está profundamente interesado en contar en las instituciones parlamentarias de la burguesía con exploradores que facilitarán su obra de destrucción. Inmediatamente se hace evidente la diferencia esencial entre la táctica de los comunistas que van al parlamento con fines revolucionarios y la del parlamentarismo socialista que comienza por reconocer la estabilidad relativa, la duración indefinida del régimen. El parlamentarismo socialista se plantea como tarea obtener reformas a cualquier precio. Está interesado en que cada conquista sea considerada por las masas como logros del parlamentarismo socialista (Turati, Longuet y Compañía).

El viejo parlamentarismo de adaptación es reemplazado por un nuevo parlamentarismo, que es una de las formas de destruir el parlamentarismo en general. Pero las tradiciones deshonestas de la antigua táctica parlamentaria acercan a ciertos elementos revolucionarios a la posición del antiparlamentarismo por principio (los IWW, los sindicalistas revolucionarios, el Partido Obrero Comunista de Alemania).

Considerando esta situación, el II Congreso de la Internacional Comunista llega a las siguientes conclusiones:

EL COMUNISMO, LA LUCHA POR LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y “POR LA UTILIZACIÓN” DEL PARLAMENTO BURGUÉS

I

1.- El parlamentarismo se ha convertido en la forma “democrática” de la dominación de la burguesía, a la que le es necesaria, en un momento dado de su desarrollo, una ficción de representación popular que exprese en apariencia la “voluntad del pueblo” y no la de las clases poseedoras, pero en realidad constituye en manos del capital reinante un instrumento de coerción y opresión.

2.- El parlamentarismo es una forma determinada del Estado. Por eso no es conveniente de ninguna manera para la sociedad comunista, que no conoce ni clases, ni lucha de clases, ni poder gubernamental de ningún tipo.

3.- El parlamentarismo tampoco puede ser la forma de gobierno “proletario” en el período de transición de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado. En el momento más grave de la lucha de clases, cuando ésta se transforma en guerra civil, el proletariado debe construir inevitablemente su propia organización gubernamental, considerada como una organización *de combate* en la cual los representantes de las antiguas clases dominantes no serán admitidos. Toda ficción de *voluntad popular* en el transcurso de este estadio es perjudicial para el proletariado. Éste no tiene ninguna necesidad de la separación parlamentaria de los poderes que inevitablemente le sería nefasta. La república de los sóviets es la forma de la dictadura del proletariado.

4.- Los parlamentos burgueses, que constituyen uno de los principales aparatos de la maquinaria gubernamental de la burguesía, no pueden ser conquistados por el proletariado en mayor medida que el Estado burgués en general. La tarea del proletariado consiste en romper la maquinaria gubernamental de la burguesía, en destruirla, incluidas las instituciones parlamentarias, ya sea las de las repúblicas o las de las monarquías constitucionales.

5.- Lo mismo ocurre con las instituciones municipales o comunales de la burguesía, a las que es teóricamente falso oponer a los organismos gubernamentales. En realidad también forman parte del mecanismo gubernamental de la burguesía. Deben ser destruidas por el proletariado revolucionario y reemplazadas por los sóviets de diputados obreros.

6.- El comunismo se niega a considerar al parlamentarismo como una de las formas de la sociedad futura; se niega a considerarla como la forma de la dictadura de clase del proletariado, rechaza la posibilidad de una conquista permanente de los parlamentos, se da como objetivo la *abolición* del parlamentarismo. *Por ello, sólo debe utilizarse a las instituciones gubernamentales burguesas a los fines de su destrucción.* En ese sentido, y únicamente en ese sentido, debe ser planteada la cuestión.

II

7.- Toda lucha de clases es una lucha política pues es, a fin de cuentas, una lucha por el poder. Toda huelga, cuando se extiende al conjunto del país, se convierte en una amenaza para el Estado burgués y adquiere, por ello mismo, un carácter político. Esforzarse en liquidar a la burguesía y *destruir* el Estado burgués significa sostener una lucha política. Formar un aparato de gobierno y de coerción *proletario, de clase*, contra la burguesía refractaria significa, cualquiera que sea ese aparato, conquistar el poder político.

8.- La lucha política no se reduce, por lo tanto, a un problema de actitud frente al parlamentarismo, abarca toda la lucha de la clase proletaria, en la medida en que esta lucha deje de ser local y parcial y apunte a la destrucción del régimen capitalista en general.

9.- El método fundamental de la lucha del proletariado contra la burguesía, es decir contra su poder gubernamental, es ante todo el de las acciones de masas. Estas últimas están organizadas y dirigidas por las organizaciones de masas del proletariado (sindicatos, partidos, sóviets), bajo la conducción general del Partido Comunista,

sólidamente unido, disciplinado y centralizado. La guerra civil es una guerra. En ella, el proletariado debe contar con buenos cuadros políticos y un efectivo estado mayor político que dirija todas las operaciones en el conjunto del campo de acción.

10.- La lucha de las masas constituye todo un sistema de acciones en desarrollo, que se avivan por su forma misma y conducen lógicamente a la insurrección contra el Estado capitalista. En esta lucha de masas, llamada a transformarse en guerra civil, el partido dirigente del proletariado debe, por regla general, fortalecer todas sus posiciones legales, transformarlas en puntos de apoyo secundarios de su acción revolucionaria y subordinarlas al plan de la campaña principal, es decir a la lucha de masas.

11.- La tribuna del parlamento burgués es uno de esos puntos de apoyo secundarios. No es posible invocar contra la acción parlamentaria la condición burguesa de esa institución. El Partido Comunista entra en ella no para dedicarse a una acción orgánica, sino para sabotear desde dentro la maquinaria gubernamental y el parlamento. Ejemplo de ello son la acción de Liebknecht en Alemania, la de los bolcheviques en la Duma del zar, en la “Conferencia Democrática” y en el “preparlamento” de Kerenski, en la Asamblea Constituyente, en las municipalidades y también la acción de los comunistas búlgaros.

12.- Esta acción parlamentaria, que consiste sobre todo en usar la tribuna parlamentaria con fines de agitación revolucionaria, en denunciar las maniobras del adversario, en agrupar alrededor de ciertas ideas a las masas que, sobre todo en los países atrasados, consideran a la tribuna parlamentaria con grandes ilusiones democráticas, debe ser totalmente subordinada a los objetivos y a las tareas de la lucha extraparlamentaria de las masas.

La participación en las campañas electorales y la propaganda revolucionaria desde la tribuna parlamentaria tienen una significación particular para la conquista política de los medios obreros que, al igual que las masas trabajadoras rurales, permanecieron hasta ahora al margen del movimiento revolucionario y de la política.

13.- Los comunistas, si obtienen mayoría en los municipios, deben:

- a) Formar una oposición revolucionaria en relación al poder central de la burguesía.
- b) Esforzarse por todos los medios en prestar servicios al sector más pobre de la población (medidas económicas, creación o tentativa de creación de una milicia obrera armada, etc.).
- c) Denunciar en toda ocasión los obstáculos puestos por el Estado burgués contra toda reforma radical.
- d) Desarrollar sobre esta base una propaganda revolucionaria enérgica, sin temer el conflicto con el poder burgués.
- e) Reemplazar, bajo determinadas circunstancias, a los municipios por sóviets de diputados obreros. Toda acción de los comunistas en los municipios debe, por lo tanto, integrarse en la obra general por la destrucción del sistema capitalista.

14.- La campaña electoral debe ser llevada a cabo no en el sentido de la obtención del máximo de mandatos parlamentarios sino en el de la movilización de las masas bajo las consignas de la revolución proletaria. La lucha electoral no debe ser realizada solamente por los dirigentes del partido sino que en ella debe tomar parte el conjunto de sus miembros. Todo movimiento de masas debe ser utilizado (huelgas, manifestaciones, efervescencia en el ejército y en la flota, etc.). Se establecerá un contacto estrecho con ese movimiento y la actividad de las organizaciones proletarias de masas será incesantemente estimulada.

15.- Si son observadas esas condiciones y las indicadas en una instrucción especial, la acción parlamentaria será totalmente distinta de la repugnante y mezquina política de los partidos socialistas de todos los países, cuyos diputados van al parlamento para apoyar a esa institución “democrática” y, en el mejor de los casos, para “conquistarla”. El Partido Comunista sólo puede admitir la utilización exclusivamente *revolucionaria* del parlamentarismo, a la manera de Karl Liebknecht, de Hoeglund y de los bolcheviques.

III

16.- El “antiparlamentarismo” de principio, concebido como el rechazo absoluto y categórico a participar en las elecciones y en la acción parlamentaria revolucionaria, es una doctrina infantil e ingenua que no resiste a la crítica, resultado muchas veces de una sana aversión hacia los políticos parlamentarios pero que no percibe, por otra parte, la posibilidad del parlamentarismo revolucionario. Además, esta opinión se basa en una noción totalmente errónea del papel del partido, considerado no como la vanguardia obrera centralizada y organizada para el combate sino como un sistema descentralizado de grupos mal unidos entre sí.

17.- Por otra parte, la necesidad de una participación efectiva en elecciones y en asambleas parlamentarias de ningún modo deriva del reconocimiento en principio de la acción revolucionaria en el parlamento, sino que todo depende de una serie de condiciones específicas. La salida de los comunistas del parlamento puede convertirse en necesaria en un momento determinado. Eso ocurrió cuando los bolcheviques se retiraron del preparlamento de Kerenski con el objetivo de boicotearlo, de convertirlo en impotente y de oponerlo más claramente al sóviet de Petrogrado en vísperas de dirigir la insurrección. También ese fue el caso cuando los bolcheviques abandonaron la Asamblea Constituyente, desplazando el centro de gravedad de los acontecimientos políticos al III Congreso de los Sóviets. En otras circunstancias, puede ser necesario el boicot a las elecciones o el aniquilamiento inmediato, por la fuerza, del Estado burgués y de la camarilla burguesa, o también la participación en elecciones simultáneamente con el boicot al parlamento, etc.

18.- Reconociendo de este modo, por regla general, la necesidad de participar en las elecciones parlamentarias y municipales y de trabajar en los parlamentos y en las municipalidades, el Partido Comunista debe resolver el problema según el caso concreto, inspirándose en las particularidades específicas de la situación. El boicot de las elecciones o del parlamento, así como el alejamiento del parlamento, son sobre todo admisibles en presencia de condiciones que permitan pasar inmediatamente a la lucha armada por la conquista del poder.

19.- Es indispensable considerar siempre el carácter relativamente secundario de este problema. Al estar el centro de gravedad en la lucha *extraparlamentaria* por el poder político, es evidente que el problema general de la dictadura del proletariado y de la lucha *de las masas* por esa dictadura no puede compararse con el problema particular de la utilización del parlamentarismo.

20.- Por eso la Internacional Comunista afirma de la manera más categórica que considera como una falta grave hacia el movimiento obrero toda escisión o tentativa de escisión provocada en el seno del Partido Comunista únicamente a raíz de *esta* cuestión. El Congreso invita a todos los partidarios de la lucha de masas por la dictadura del proletariado, bajo la dirección de un partido que centralice a todas las organizaciones de la clase obrera, a realizar la unidad total de los elementos comunistas, pese a las posibles divergencias de opiniones con respecto a la utilización de los parlamentos burgueses.

LA TÁCTICA REVOLUCIONARIA

Se impone la adopción de las siguientes medidas con el fin de garantizar la efectiva aplicación de una táctica revolucionaria en el parlamento:

1.- El Partido Comunista en su conjunto y su Comité Central deben estar seguros, *desde el período preparatorio* anterior a las elecciones, de la sinceridad y el valor comunista de los miembros del grupo parlamentario comunista. Tiene el derecho indiscutible de rechazar a todo candidato designado por una organización, si no tiene el convencimiento de que ese candidato hará una política verdaderamente comunista.

Los partidos comunistas deben renunciar al viejo hábito socialdemócrata de hacer elegir exclusivamente a parlamentarios “experimentados” y sobre todo a abogados. En general, los candidatos serán elegidos entre los *obreros*. No debe temerse la designación de simples miembros del partido sin gran experiencia parlamentaria.

Los partidos comunistas deben rechazar con implacable desprecio a los arribistas que se acercan a ellos con el único objetivo de entrar en el parlamento. Los comités centrales sólo deben aprobar las candidaturas de hombres que durante largos años hayan dado pruebas indiscutibles de su abnegación por la clase obrera.

2.- Una vez finalizadas las elecciones, le corresponde exclusivamente al Comité Central del Partido Comunista la organización del grupo parlamentario, esté o no en ese momento el partido en la legalidad. La elección del presidente y de los miembros del secretariado del grupo parlamentario debe ser aprobada por el Comité Central. El Comité Central del partido contará en el grupo parlamentario con un representante permanente que goce del derecho de veto. En todos los problemas políticos importantes, el grupo parlamentario está obligado a solicitar las directivas previas del Comité Central.

El Comité Central tiene el derecho y el deber de designar o de rechazar a los oradores del grupo que deben intervenir en la discusión de problemas importantes y exigir que las tesis o el texto completo de sus discursos, etc., sean sometidos a su aprobación. Todo

candidato inscrito en la lista comunista firmará un compromiso oficial de ceder su mandato ante la primera orden del Comité Central, a fin de que el partido tenga la posibilidad de reemplazarlo.

3.- En los países donde algunos reformistas o semirreformistas, es decir simples arribistas, hayan logrado introducirse en el grupo parlamentario comunista (eso ya ha ocurrido en varios países), los comités centrales de los partidos comunistas deberán proceder a una depuración radical de esos grupos, inspirándose en el principio de que un grupo parlamentario poco numeroso pero realmente comunista sirve mucho mejor a los intereses de la clase obrera que un grupo numeroso pero carente de una firme política comunista.

4.- Todo diputado comunista está obligado, por una decisión del Comité Central, a unir el trabajo ilegal con el trabajo legal. En los países donde los diputados comunistas todavía se benefician, en virtud de las leyes burguesas, con una cierta inmunidad parlamentaria, esta inmunidad deberá servir a la organización y a la propaganda ilegal del partido.

5.- Los diputados comunistas están obligados a subordinar toda su actividad parlamentaria a la acción extraparlamentaria del partido. La presentación regular de proyectos de ley puramente demostrativos concebidos no de cara a su adopción por la mayoría burguesa sino para la propaganda, la agitación y la organización, deberá hacerse bajo las indicaciones del partido y de su Comité Central.

6.- El diputado comunista está obligado a colocarse a la cabeza de las masas proletarias, en primera fila, bien a la vista, en las manifestaciones y en las acciones revolucionarias.

7.- Los diputados comunistas están obligados a entablar por todos los medios (y bajo el control del partido) relaciones epistolares y de otro tipo con los obreros, los campesinos y los trabajadores revolucionarios de toda clase, sin imitar en ningún caso a los diputados socialistas que se esfuerzan por mantener con sus electores relaciones de “negocios”. *En todo momento, estarán a disposición de las organizaciones comunistas para el trabajo de propaganda en el país.*

8.- Todo diputado comunista al parlamento está obligado a recordar que no es un “legislador” que busca un lenguaje común con otros legisladores, sino un agitador del partido enviado a actuar junto al enemigo para aplicar las decisiones del partido. El diputado comunista es responsable no ante la masa anónima de los electores sino ante el Partido Comunista, sea o no legal.

9.- Los diputados comunistas deben utilizar en el parlamento un lenguaje inteligible al obrero, al campesino, a la lavandera, al pastor, de manera que el partido pueda editar sus discursos en forma de folletos y distribuirlos en los rincones más alejados del país.

10.- Los obreros comunistas deben abordar, aún cuando se trate de sus comienzos parlamentarios, la tribuna de los parlamentos burgueses sin temor y no ceder el lugar a oradores más “experimentados”. En caso de necesidad, los diputados obreros leerán simplemente sus discursos, destinados a ser reproducidos en la prensa y en panfletos.

11.- Los diputados comunistas están obligados a utilizar la tribuna parlamentaria para desenmascarar no solamente a la burguesía y sus lacayos oficiales, sino también a los socialpatriotas, a los reformistas, a los políticos centristas y, de manera general, a los adversarios del comunismo, y también para propagar ampliamente las ideas de la Tercera Internacional.

12.- Los diputados comunistas, así se trate de uno o dos, están obligados a desafiar en todas sus actitudes al capitalismo y no olvidar nunca que sólo es digno del nombre de comunista quien se revela (no verbalmente sino mediante actos) como el enemigo de la sociedad burguesa y de sus servidores socialpatriotas.

Manifiesto del II Congreso de la Internacional Comunista

El mundo capitalista y la Internacional Comunista

León Trotsky

LAS RELACIONES INTERNACIONALES POSTERIORES A VERSALLES

La burguesía de todo el mundo recuerda con melancolía y pesar los días de antaño. Todos los fundamentos de la política internacional o interna están subvertidos o cuestionados. Para el mundo de los explotadores, el mañana es tormentoso. La guerra imperialista terminó de destruir el viejo sistema de las alianzas y promesas mutuas sobre el que estaban basados el equilibrio internacional y la paz armada. Ningún nuevo equilibrio resulta de la paz de Versalles.

Primeramente *Rusia*, luego Austria-Hungría y Alemania han sido arrojadas fuera de la liza. Esas potencias de primer orden, que habían ocupado el primer lugar entre los piratas del imperialismo mundial, se convirtieron en las víctimas del pillaje y han sido libradas al desmembramiento. Ante el imperialismo vencedor de la Entente se ha abierto un campo ilimitado de explotación colonial, que comienza en el Rhin y abarca toda la Europa central y oriental, para terminar en el Océano Pacífico. ¿Acaso el Congo, Siria, Egipto y México pueden ser comparados con las estepas, los bosques y las montañas de Rusia, con las fuerzas obreras, con los obreros cualificados de Alemania? El nuevo programa colonial de los vencedores era muy simple: derrotar a la república proletaria en Rusia, apropiarse de nuestras materias primas, acaparar la mano de obra alemana, el carbón alemán, imponer al empresariado alemán el papel de guardián de cárcel y tener a su disposición las mercancías así obtenidas y las ganancias de las empresas. El proyecto de “organizar Europa” que había sido concebido por el imperialismo alemán en la época de sus éxitos militares fue retomado por la Entente victoriosa. Mientras conducen al estrado de los acusados a los canallas del imperio alemán, los gobiernos de la Entente los consideran como sus pares.

Pero incluso en el campo de los vencedores hay vencidos.

Embriagada por su chovinismo y sus victorias, la burguesía francesa se considera ya dueña de Europa. En realidad, Francia nunca estuvo, desde todo punto de vista, en una situación de dependencia más servil con respecto a sus rivales más poderosos, Inglaterra y EEUU. Francia impone a Bélgica un programa económico y militar, y transforma a su débil aliada en provincia vasalla, pero frente a Inglaterra desempeña, en mayor dimensión, el papel de Bélgica. Por el momento, los imperialistas ingleses dejan a los usureros franceses la tarea de hacerse justicia en los límites continentales que les son asignados, logrando de ese modo que recaiga sobre Francia la indignación de los trabajadores de Europa y de la propia Inglaterra. El poder de Francia, despojada y arruinada, sólo es aparente y ficticio. Algún día los socialpatriotas franceses se verán obligados a admitirlo. Italia ha perdido más influencia que Francia en las relaciones internacionales. Carente de carbón, de pan, de materias primas, absolutamente desequilibrada por la guerra, la burguesía italiana, pese a toda su mala voluntad, es incapaz de poner en práctica, en la medida de sus deseos, los derechos que cree tener al pillaje y a la violencia, incluso en las colonias que Inglaterra se avino a cederle.

Japón, presa de las contradicciones inherentes al régimen capitalista en una sociedad que sigue siendo feudal, se halla en vísperas de una crisis revolucionaria muy profunda. Pese a las circunstancias más bien favorables que lo amparan en el plano de la política internacional, esta crisis ya ha paralizado su ímpetu imperialista.

Quedan solamente dos verdaderas grandes potencias mundiales: Gran Bretaña y EEUU. El imperialismo inglés se ha desembarazado de su rival asiático, el zarismo, y de la amenazadora competencia alemana. El poder de Gran Bretaña sobre los mares está en su apogeo. Rodea a los continentes con una cadena de pueblos que le están sometidos. Ha puesto sus manos en Finlandia, Estonia y Letonia, ha quitado a Suecia y Noruega los últimos vestigios de su independencia y transformado al mar Báltico en un golfo perteneciente a las aguas británicas. Nadie puede resistirle en la zona del mar del Norte. Al poseer El Cabo, Egipto, India, Persia, Afganistán, hace del Océano Índico un mar interno totalmente sometido a su poder. Al ser dueña de los océanos, Inglaterra controla los continentes. Soberana del mundo, encuentra límites a su poder en la república norteamericana del dólar y en la república rusa de los sóviets.

La guerra mundial obligó a EEUU a renunciar definitivamente a su conservadurismo continental. Ampliando su influencia, el programa de su capitalismo nacional (“América para los americanos”, doctrina Monroe) ha sido remplazada por el programa del imperialismo: “Todo el mundo para los norteamericanos”. No contentándose ya con explotar la guerra mediante el comercio, la industria y las operaciones bursátiles, buscando otras fuentes de riqueza distintas de las que extraía de la sangre europea cuando era neutral, EEUU entró en guerra, desempeñó un papel decisivo en la derrota de Alemania y se inmiscuyó en la resolución de todos los problemas de política europea y mundial.

Bajo la bandera de la Sociedad de las Naciones, EEUU intentaron reproducir del otro lado del océano la experiencia que ya habían llevado a cabo entre ellos de una asociación federativa de grandes pueblos pertenecientes a diversas razas. Quisieron encadenar a su carro triunfal a los pueblos de Europa y de otras partes del mundo, sometiéndolos al gobierno de Washington. La Liga de las Naciones sólo debía ser una sociedad que gozase de un monopolio mundial, bajo la firma “Yanqui y Compañía”.

El presidente de EEUU, el gran profeta de los lugares comunes, descendió de su Sinaí para conquistar Europa, llevando consigo sus catorce artículos. Los especuladores, los ministros, los hombres de negocios de la burguesía no se engañaron ni un solo momento respecto al verdadero sentido de la nueva revelación. En cambio, los “socialistas” europeos, trabajados por el fermento de Kautsky, se sintieron embargados por un éxtasis religioso y danzaron como el rey David, acompañando al arca santa de Wilson.

Cuando hubo que resolver cuestiones prácticas, el apóstol norteamericano se dio cuenta que, pese al alza extraordinaria del dólar, la primacía sobre todas las rutas marítimas que unen y separan a las naciones seguía perteneciendo a Gran Bretaña. Inglaterra dispone de la flota más poderosa, del mayor calado y posee una antigua experiencia de piratería mundial. Además, Wilson debió enfrentarse con la república de los sóviets y con el comunismo. Profundamente herido, el Mesías norteamericano desautorizó a la Liga de las Naciones, a la que Inglaterra había convertido en una de sus cancillerías diplomáticas y volvió la espalda a Europa.

Sin embargo, sería muy infantil pensar que luego de haber sufrido un primer fracaso infligido por Inglaterra, el imperialismo norteamericano se encerrará en su caparazón, es decir, se conformará nuevamente con la doctrina Monroe. De ningún modo. Mientras continúa sometiendo por medios cada vez más violentos al continente americano, transformando en colonias a los países de América central y meridional, EEUU, representado por sus dos partidos dirigentes, los demócratas y los republicanos, se prepara para liquidar a la Liga de las Naciones creada por Inglaterra y constituir su propia Liga en la que desempeñará el papel de centro mundial. En otras palabras, tienen intención de hacer de su flota, en los próximos tres a cinco años, un instrumento de lucha más poderoso de lo que lo es actualmente la flota británica. Ello obliga a la Inglaterra imperialista a plantearse la siguiente cuestión: ¿ser o no ser?

A la rivalidad furiosa de esos dos gigantes en el dominio de las construcciones navales se agrega una lucha no menos despiadada por la posesión del petróleo.

Francia, que contaba con desempeñar el papel de árbitro entre Inglaterra y EEUU, se vio arrastrada a la órbita de Gran Bretaña como satélite de segunda magnitud. La Liga de las Naciones le significa un peso intolerable y trata de deshacerse de ella fomentando el antagonismo entre Inglaterra y EEUU.

De este modo trabajan las fuerzas más poderosas, preparando un nuevo conflicto mundial.

El programa de emancipación de las naciones pequeñas, que había surgido durante la guerra, condujo a la derrota total y al sometimiento absoluto de los pueblos de los Balcanes, vencedores y vencidos, y a la balcanización de una parte considerable de Europa. Los intereses imperialistas de los vencedores los llevaron a separar de las grandes potencias vencidas algunos pequeños estados que representaban a nacionalidades distintas. En este caso no se trataba de lo que se denomina el principio de las nacionalidades a la libre determinación: el imperialismo consiste en romper los marcos nacionales, incluso los de las grandes potencias. Los pequeños estados burgueses recientemente creados sólo son los subproductos del imperialismo. Al crear, para contar con un apoyo provisorio, toda una serie de pequeñas naciones, abiertamente oprimidas u oficialmente protegidas, pero en realidad vasallos (Austria, Hungría, Polonia, Yugoslavia, Bohemia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Armenia, Georgia, etc.) dominándolas mediante los bancos, los ferrocarriles y el monopolio del carbón, el imperialismo los condena a sufrir dificultades económicas y nacionales intolerables, conflictos interminables, sangrientas querellas.

¡Qué monstruosa broma representa en la historia el hecho de que la restauración de Polonia, después de haber formado parte del programa de la democracia revolucionaria y de las primeras manifestaciones del proletariado, haya sido realizada por el imperialismo con el objeto de obstaculizar a la revolución! La Polonia “democrática”, cuyos precursores murieron en las barricadas de toda Europa, es en este momento un instrumento impropio y sangriento en manos de los bandidos anglofranceses que atacan la primera república proletaria que ha surgido en el mundo.

Al lado de Polonia, la Checoslovaquia “democrática”, vendida al capital francés, proporciona una guardia blanca contra la Rusia soviética, contra la Hungría soviética.

La heroica tentativa realizada por el proletariado húngaro para salir del caos político y económico que impera en la Europa central y entrar en los cauces de la federación soviética (que es verdaderamente la única vía de salvación) fue ahogada por la reacción capitalista coaligada, en momentos en que, engañado por los partidos que lo dirigen, el proletariado de las grandes potencias europeas no se halla en condiciones de cumplir su deber con la Hungría socialista y consigo mismo.

El gobierno soviético de Budapest fue derrotado con la ayuda de los socialtraidores que, después de haberse mantenido en el poder durante tres años y medio, fueron vencidos por la canalla contrarrevolucionaria desatada, cuyos sangrientos crímenes han superado a los de Koltchak, Denikin, Wrangel y otros agentes de la Entente... Pero, aunque abatida por un tiempo, la Hungría soviética continúa iluminando, cual espléndido faro, a los trabajadores de Europa central.

El pueblo turco no quiere someterse a la vergonzosa paz que le imponen los tiranos de Londres. Para hacer ejecutar las cláusulas del tratado, Inglaterra armó y lanzó a Grecia contra Turquía. De este modo, la península balcánica y Asia Menor, turcos y griegos, están condenados a una devastación total, a masacres mutuas.

En la lucha de la Entente contra Turquía, Armenia fue inscrita en el programa, así como Bélgica lo fue en la lucha contra Alemania y Serbia en la lucha contra Austria-Hungría. Después que Armenia fue constituida (sin fronteras definidas, sin posibilidad de existencia) Wilson se negó a aceptar el mandato armenio que le proponía la Liga de las Naciones, pues el suelo de Armenia no posee ni petróleo ni platino. La Armenia “emancipada” se halla ahora más indefensa que nunca.

Casi todos los nuevos estados “nacionales” tiene una *irredenta* propia, es decir: su propia úlcera interna.

Al mismo tiempo, la lucha nacional en los dominios de los países victoriosos alcanzó su más alto grado de tensión. La burguesía inglesa, que querría adoptar bajo su tutela a los pueblos de todo el mundo, es incapaz de resolver en forma satisfactoria el problema irlandés que se plantea a su lado.

La cuestión nacional en las colonias es más amenazante. Egipto, India y Persia se ven sacudidos por las insurrecciones. Los proletarios avanzados de Europa y América transmiten a los trabajadores de las colonias la consigna de la Federación Soviética.

La Europa oficial, gubernamental, nacional, civilizada, burguesa, tal como surgió de la paz de Versalles, sugiere la idea de una casa de locos. Los pequeños estados creados artificialmente, divididos, ahogados desde el punto de vista económico en los límites que le han sido prescritos combaten entre sí para tratar de ganar puertos, provincias, pequeñas ciudades, cualquier cosa. Buscan la protección de los estados más fuertes, cuyo antagonismo crece día a día. Italia mantiene una actitud hostil con respecto a Francia y estaría dispuesta a sostener contra ella a Alemania si ésta fuese capaz de levantar cabeza. Francia está envenenada por la envidia que le provoca Inglaterra y, para lograr que se le paguen sus rentas, está dispuesta a encender nuevamente el fuego en los cuatro rincones de Europa. Inglaterra mantiene a Europa, con ayuda de Francia, en un estado de caos e impotencia que le deja las manos libres para efectuar sus operaciones mundiales dirigidas contra EEUU. EEUU deja que Japón se empantane en

la Siberia oriental para asegurar, mientras tanto, su preponderancia naval sobre Gran Bretaña, a alcanzar antes de 1925, siempre que Inglaterra no quiera medir sus fuerzas antes de esa fecha.

Para completar convenientemente este cuadro, el oráculo militar de la burguesía francesa, el mariscal Foch, nos previene que la guerra futura tendrá como punto de partida el punto en que la guerra precedente se detuvo: se verá aparecer, ante todo, los aviones y los tanques, el fusil automático y las ametralladoras en lugar del fusil portátil, la granada en lugar de la bayoneta.

Obreros y campesinos de Europa, América, Asia, África y Australia. ¡Habéis sacrificado diez millones de vidas, veinte millones de heridos e lisiados! ¡Ahora sabéis al menos lo que se obtuvo a ese precio!

LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Mientras tanto, la pauperización de la humanidad se desarrolla a todo vapor. Mediante sus mecanismos, la guerra ha destruido los vínculos económicos cuyo desarrollo constituía una de las más importantes conquistas del capitalismo mundial. Desde 1914, Inglaterra, Francia e Italia, estuvieron completamente separadas de Europa central y del Cercano Oriente, y desde 1917 de Rusia.

La guerra destruyó lo creado por generaciones; el trabajo humano, volcado también a la guerra, se redujo al mínimo. En todos estos años, el esfuerzo de elaboración de materias primas se destinó fundamentalmente a la producción de medios de destrucción.

En los dominios económicos donde el hombre entra en lucha inmediata con la naturaleza avara e inerte, extrayendo de sus entrañas el combustible y las materias primas, el trabajo fue progresivamente reducido a la nada. La victoria de la Entente y la paz de Versalles no detuvieron la destrucción económica y la decadencia general sino que solamente modificaron sus vías y sus formas. El bloqueo a la Rusia soviética y la guerra civil provocada artificialmente a lo largo de sus fértiles fronteras causaron y causan todavía daños incalculables para el bienestar de la humanidad. Si bien la economía de Rusia está sostenida, desde el punto de vista técnico, aún muy modestamente, la Internacional afirma ante todo el mundo que ella podría, gracias a las formas soviéticas de economía, dar dos y hasta tres veces más productos alimenticios y materias primas a Europa de lo que daba antes la Rusia del zar. En lugar de ello, el imperialismo anglo-francés obliga a la república de los trabajadores a emplear toda su energía y sus recursos en su defensa. Para privar a los obreros rusos de combustible, Inglaterra retuvo entre sus garras Bakú, de donde sólo pudo exportar para su propio uso una parte insignificante de la producción total de petróleo. La riquísima fuente hullera del Don ha sido devastada por los bandidos blancos a sueldo de la Entente cada vez que han logrado tomar la ofensiva en ese sector. Los ingenieros y los zapadores franceses se dedicaron más de una vez a destruir nuestros puentes y vías férreas. Y Japón no ha cesado hasta ahora de saquear y arruinar a la Siberia oriental.

La ciencia industrial alemana y la tasa de producción muy elevada de la mano de obra alemana, esos dos factores de gran importancia para el resurgimiento de la vida económica europea, están paralizados por las cláusulas de la paz de Versalles, incluso

más de lo que lo habían estado a causa de la guerra. La Entente se halla ante una contradicción insalvable: si uno quiere que le paguen debe ofrecer garantías de poder trabajar; para ello debe asegurar la posibilidad de vivir. Y dar a la Alemania arruinada, desmembrada, exangüe, los medios para rehacerse, significa también darle la posibilidad de un estallido de protesta. Foch teme una revancha alemana, y este temor se evidencia en todos sus actos, por ejemplo en el modo de ajustar cada día más la tenaza militar que debe impedir que Alemania se levante.

A todos les falta algo, todos tienen alguna necesidad. No solamente el balance de Alemania sino también los de Francia e Inglaterra se distinguen exclusivamente por su pasivo. La deuda francesa se eleva a trescientos mil millones de francos, de los cuales dos tercios, según palabras del senador reaccionario Gaudin de Villaine, son los resultados de toda clase de depredaciones, abusos y desórdenes.

Francia necesita oro, carbón. El burgués francés apela a las innumerables tumbas de los soldados caídos durante la guerra para reclamar los intereses de sus capitales. Alemania debe pagar. ¿Acaso el general Foch no cuenta con suficientes senegaleses como para ocupar las ciudades alemanas? Rusia también debe pagar. Para persuadirnos de ello, el gobierno francés gasta en devastar a Rusia los miles de millones arrancados a los contribuyentes para la reconstrucción de los departamentos franceses.

La entente financiera internacional que debía aligerar el peso de los impuestos franceses anulando las deudas de guerra, no pudo realizarse. EEUU se mostró muy poco dispuesto a regalar a Europa diez mil millones de libras esterlinas.

La emisión de papel moneda continúa, alcanzando cada día una cifra más monumental. En Rusia, donde existe una organización económica unificada, un reparto sistemático de los productos y donde el salario en moneda tiende cada vez más a ser remplazado por el pago en especie, la continua emisión de papel moneda y la rápida caída de sus tasas no hacen sino confirmar el resquebrajamiento del viejo sistema financiero y comercial. Pero en los países capitalistas la masa creciente de papel moneda significa la profundización del caos económico y el crac inevitable.

Las conferencias convocadas por la Entente se trasladan de un lugar a otro, tratando de inspirarse en alguna playa de moda. Cada uno reclama los intereses de la sangre derramada durante la guerra, una indemnización proporcional según el número de sus muertos. Esta especie de Bolsa ambulante debate cada quince días el mismo tema: si Francia debe recibir el 50 o el 55% de una contribución que Alemania no está en condiciones de pagar. Esas conferencias fantasmagóricas son realizadas para refrendar la famosa “organización” de Europa de la que tanto se jactan.

El capitalismo ha degenerado en el curso de la guerra. La extracción sistemática de la plusvalía del proceso de producción (base de la economía cuyo objetivo es la ganancia) se ha vuelto un trabajo demasiado aburrido para los señores burgueses, que se han acostumbrado a duplicar y decuplicar su capital en pocos días mediante la especulación, apoyándose en el robo internacional.

El burgués se ha desprendido de algunos prejuicios que le molestaban y ha adquirido, por el contrario, una cierta “habilidad” de la que carecía hasta ahora. La guerra lo acostumbró, como si se tratase de actos sin importancia, a reducir al hambre a países

enemigos mediante el bloqueo, a bombardear e incendiar ciudades y pueblos pacíficos, a infectar las fuentes y los ríos arrojando cultivos de cólera, a transportar dinamita en valijas diplomáticas, a emitir billetes de banco falsos imitando a los del enemigo, a emplear la corrupción, el espionaje y el contrabando en proporciones hasta ahora inusitadas. Los medios de acción aplicados en la guerra siguieron en vigor en el mundo comercial después de firmarse la paz. Las operaciones comerciales de cierta importancia se efectúan bajo la égida del Estado. Éste se ha convertido en algo semejante a una asociación de malhechores armados hasta los dientes. El campo de la producción mundial se retrae cada día más y el control sobre la producción deviene mucho más frenético y resulta más caro.

¡Robar! ¡He aquí la última palabra de la política capitalista, la divisa que remplaza al proteccionismo y el libre intercambio! La agresión de que fue víctima Hungría por parte de los bandidos rumanos que saquearon todo lo que encontraron, ya fuesen locomotoras o alhajas, caracteriza a la filosofía económica de Lloyd-George y Millerand.

En su política económica interna, la burguesía no sabe a qué atenerse, entre un sistema de nacionalización, de reglamentación y de control por parte del Estado que podría ser muy eficaz y, por otra parte, las protestas que se escuchan contra el control efectuado por el Estado sobre los asuntos económicos. El parlamento francés trata de hallar un camino que le permita concentrar la dirección de todas las vías férreas de la república en manos únicas sin por eso lesionar los intereses de los capitalistas accionistas de las compañías ferroviarias privadas. Al mismo tiempo, la prensa capitalista lleva a cabo una campaña furiosa contra el “estatismo”, que es el primer paso de la intervención del Estado y que pone un freno a la iniciativa privada.

Los ferrocarriles norteamericanos, que mientras fueron dirigidos por el Estado durante la guerra se encontraban desorganizados, entraron en una situación aún más difícil cuando el control del gobierno fue suprimido. Sin embargo, el Partido Republicano promete en su programa liberar la vida económica del arbitraje gubernamental. El jefe de los sindicatos norteamericanos, Samuel Gompers, ese viejo guardián del capital, lucha contra la nacionalización de los ferrocarriles que a su vez los adeptos ingenuos y los charlatanes del reformismo proponen a Francia a modo de panacea universal. En realidad, la intervención desordenada del Estado sólo sería realizada para secundar la actividad perniciosa de los especuladores, para introducir el desarrollo más completo en la economía del capitalismo, en momentos en que éste se halla en su período de decadencia. Quitar a los trusts los medios de producción y de transporte para transmitirlos a la “nación”, es decir al Estado burgués, al más poderoso y ávido de los trusts capitalistas, no significa acabar con el mal sino hacer causa común con él.

La caída de los precios y al aumento de la tasa de cambio sólo son indicios engañosos que no pueden ocultar una ruina inminente. El hecho de que los precios bajen no quiere decir que haya un aumento de materias primas ni que el trabajo sea ahora más productivo.

Después de la experiencia sangrienta de la guerra, la masa obrera ya no es capaz de trabajar con la misma fuerza bajo idénticas condiciones. La destrucción, en el curso de algunas horas, de valores cuya creación había exigido años, la desvergonzada especulación de una pandilla financiera con apuestas de varios miles de millones y, al lado de esto, montones de cadáveres y ruinas, esas lecciones de la historia no ayudan a

mantener en la clase obrera la disciplina automática inherente al trabajo asalariado. Los economistas burgueses y los fabricantes de folletines nos hablan de una “ola de pereza” que según ellos afluye sobre Europa amenazando su futuro económico. Los administradores tratan de ganar tiempo concediendo ciertos privilegios a los obreros cualificados. Pero pierden su tiempo. Para la reconstitución y el desarrollo de la productividad del trabajo es necesario que la clase obrera sepa pertinentemente que cada golpe de martillo tendrá como resultado un mejoramiento de su suerte, le ayudará a educarse y lo acercará a una paz universal. Ahora bien, esta seguridad sólo puede dársela una revolución social.

El aumento de precios en los productos alimenticios siembra el descontento y la rebelión en todos los países. La burguesía de Francia, Italia, Alemania y otros países sólo puede ofrecer paliativos a la carestía de la vida y a la amenazadora ola de huelgas. Para estar en condiciones de pagar a los agricultores, aunque sólo sea una parte de sus gastos de producción, el Estado, cubierto de deudas, se empeña en especulaciones turbias, se desvalija a sí mismo para postergar la hora de las definiciones. Si bien es cierto que algunas categorías de obreros viven actualmente en mejores condiciones que antes de la guerra, eso en realidad no significa nada en lo que concierne al estado económico de los países capitalistas. Se obtienen resultados efímeros apelando al futuro para lanzar empréstitos de charlatanes. Pero el futuro llevará a la miseria y a todo tipo de calamidades.

¿Qué decir de EEUU? “¡América es la esperanza de la humanidad”; por boca de Millerand, el burgués francés repite esta frase de Turgot y espera que se le refinancien sus deudas, justamente él, que no las refinancia a nadie. Pero EEUU no es capaz de sacar a Europa del *impasse* económico en que se halla. Durante los seis últimos años, han agotado su *stock* de materias primas. La adaptación del capitalismo norteamericano a las exigencias de la guerra mundial ha reducido su base industrial. Los europeos cesaron de emigrar a América. Una ola de retornos privó a la industria norteamericana de centenares de miles de alemanes, italianos, polacos, serbios, checos, que buscaban en Europa el milagro de una patria recobrada. La carencia de materias primas y de fuerzas obreras pesa en gran medida sobre la república trasatlántica y origina una profunda crisis económica, a consecuencia de la cual el proletariado norteamericano entra en una nueva fase de lucha revolucionaria. EEUU se *européiza* rápidamente.

Los países neutrales no han escapado a las consecuencias de la guerra y del bloqueo. Semejante a un líquido encerrado en vasos comunicantes, la economía de los estados capitalistas estrechamente vinculados entre sí, grandes o pequeños, beligerantes o neutrales, vencedores o vencidos, tiende a adoptar un único nivel: el de la miseria, el hambre y la decadencia.

Suiza vive al día. Cada eventualidad amenaza con desequilibrarla totalmente. En Escandinavia, el abundante flujo de oro no puede resolver el problema del aprovisionamiento y se ven obligados a pedir carbón a Inglaterra en pequeñas cantidades y en medio de grandes zalamerías. Pese al hambre que padece Europa, la pesca en Noruega también sufre una crisis inusitada.

España, de donde Francia sacó hombres, caballos y víveres, no puede sustraerse a numerosas dificultades desde el punto de vista del aprovisionamiento, las que a su vez provocan huelgas violentas y manifestaciones de las masas a las que el hambre obliga a salir a la calle.

La burguesía cuenta firmemente con el campo. Sus economistas afirman que el bienestar de los campesinos aumentó extraordinariamente, lo que sólo es una ilusión. Es cierto que los campesinos que llevan sus productos al mercado en mayor o menor medida han hecho fortuna durante la guerra. Vendieron sus productos a muy altos precios y pagaron con una moneda que les redujo las deudas que habían contraído cuando el dinero valía mucho. Para ellos, esta es una ventaja evidente. Pero durante la guerra sus explotaciones fueron ganadas por el desorden y su rendimiento se debilitó. Ahora tienen necesidad de manufacturas, y el precio de ellas ha aumentado simultáneamente con la moneda. Las exigencias del fisco se han tornado monstruosas y amenazan con devorar al campesino junto a sus productos y tierras. Así, después de un período de crecimiento momentáneo del bienestar, los campesinos de la pequeña burguesía se enfrentan cada vez en mayor medida con dificultades irreductibles. Su descontento en relación a los resultados de la guerra aumentará y, representado por un ejército permanente, el campesino prepara a la burguesía no pocas sorpresas desagradables.

La restauración económica de Europa, de la que hablan los ministros que la gobiernan, es una mentira. Europa se encamina a la ruina y el mundo entero con ella.

Sobre la base del capitalismo no hay salvación. La política del imperialismo no podrá eliminar la necesidad, sólo logrará tornarla más dolorosa al favorecer la dilapidación de las reservas de que se dispone todavía.

El problema del combustible y de las materias primas es un problema internacional que únicamente puede resolverse sobre la base de una producción reglamentada de acuerdo con un plan, realizada en común, socializada.

Es preciso anular las deudas del Estado. Es preciso emancipar al trabajo y sus frutos del tributo monstruoso que paga a la plutocracia mundial. Es preciso acabar con la plutocracia. Es preciso echar abajo las barreras gubernamentales que fraccionan la economía mundial. Es preciso sustituir el consejo supremo económico de los imperialistas de la Entente por un consejo supremo económico del proletariado mundial para la explotación centralizada de todos los recursos de la humanidad.

Debemos acabar con el imperialismo para que el género humano pueda continuar subsistiendo.

EL RÉGIMEN BURGUÉS DESPUÉS DE LA GUERRA

Toda la energía de las clases poseedoras está concentrada en estos dos problemas: en el campo de la lucha internacional mantenerse en el poder e impedir que el proletariado se convierta en el amo del país. De acuerdo con ese programa, los viejos grupos políticos de la burguesía rusa convirtieron al estandarte del Partido Demócrata Constitucionalista (kadete), durante el período decisivo de la lucha, en el estandarte de todos los ricos unidos contra la revolución de los obreros y de los campesinos. Pero también en los países cuya cultura política es más antigua y posee raíces más profundas, los programas que separaban a las diversas fracciones de la burguesía desaparecieron, casi sin dejar huellas, mucho antes del ataque abierto llevado a cabo por el proletariado revolucionario.

Lloyd George aparece como el heraldo de la unidad de los conservadores, de los unionistas y de los liberales para la lucha en común contra la dominación amenazadora de la clase obrera. Este viejo demagogo coloca en la base de su sistema a la santa iglesia, a la que compara con una central eléctrica que proporciona idéntica corriente a todos los partidos de las clases poseedoras. En Francia, la época tan cercana aún y tan ruidosa del anticlericalismo parece ser sólo una visión de otro mundo: los radicales, los realistas y los católicos constituyen en la actualidad un bloque nacional contra el proletariado en acción. Al tender la mano a todas las fuerzas de la reacción, el gobierno francés apoya al *centuria negro* Wrangel y reanuda sus relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Un neutralista convencido, el germanófilo Giolitti, se apodera del gobierno del Estado italiano en calidad de jefe común de los intervencionistas, neutralistas, clericales, mazinistas. Está dispuesto a soslayar los problemas secundarios de la política interna y exterior para rechazar con mayor energía la ofensiva de los proletariados revolucionarios en las ciudades y los pueblos. El gobierno de Giolitti se considera, con toda razón, el último bastión de la burguesía italiana.

La política de todos los gobiernos alemanes y de los partidos gubernamentales, después de la derrota de los Hohenzollern, trató de establecer, de acuerdo con las clases dirigentes de los países de la Entente, un frente común de odio contra el bolchevismo, es decir contra la revolución proletaria.

En momentos en que el Shylock anglo-francés ahoga con creciente ferocidad al pueblo alemán, la burguesía alemana, sin distinción de partidos, exige que el enemigo afloje el lazo que la estrangula lo suficiente como para poder liquidar con sus propias manos a la vanguardia del proletariado alemán. Este tema es tratado en todas las conferencias periódicas que se llevan a cabo y en las convenciones que se firman respecto al desarme y al reparto de las armas de guerra.

En EEUU ya no se hace ninguna diferencia entre republicanos y demócratas. Esas poderosas organizaciones políticas de explotadores, adaptadas al círculo restringido de los intereses norteamericanos, demostraron fehacientemente hasta qué punto sus diferencias estaban desprovistas de consistencia cuando la burguesía norteamericana entró en el campo del bandolerismo mundial.

Nunca como hasta ahora las intrigas de los jefes y de sus bandas (tanto en la oposición como en los ministerios) habían dado prueba de semejante cinismo, habían actuado tan abiertamente. Pero simultáneamente todos los jefes y sus pandillas, los partidos burgueses de todos los países, constituyen un frente común contra el proletariado revolucionario.

En momentos en que los socialdemócratas continúan oponiendo al camino de la democracia la violencia de la vía dictatorial, los últimos vestigios de la democracia son liquidados en todos los estados del mundo.

Después de una guerra durante la cual las cámaras de representantes, aunque no dispusiesen del poder, servían para cubrir con sus gritos patrióticos la acción de los grupos dirigentes imperialistas, los parlamentos han caído en una total postración. Todos los problemas serios se resuelven fuera del parlamento. La ampliación ilusoria de

las prerrogativas parlamentarias, solemnemente proclamada por los saltimbanquis del imperialismo en Italia y en los demás países, no modifica nada. Los verdaderos amos de la situación, que disponen del Estado, tales como lord Rothschild, lord Weir, Morgan y Rockefeller, Schneider y Loucheur, Rugo Stinnes y Félix Deutsch, Rizzelo y Agnelli, es decir los reyes del oro, del carbón, del petróleo y del acero, actúan detrás de los bastidores enviando a los parlamentos a sus agentes para ejecutar sus trabajos.

El parlamento francés, que se entretiene todavía con el procedimiento de tres lecturas de proyectos de leyes insignificantes, el parlamento francés desacreditado más que ningún otro por el abuso de la retórica, por la mentira, por el cinismo con el cual se deja comprar, se entera de pronto que los cuatro mil millones que había destinado a las reparaciones en las regiones devastadas de Francia han sido usados por Clemenceau con otros objetivos, y principalmente para proseguir la obra de destrucción emprendida en las provincias rusas.

La aplastante mayoría de los diputados del parlamento inglés, llamado el todopoderoso, sabe tanto de las verdaderas intenciones de Lloyd George y de Kerson en lo que respecta a la Rusia soviética y hasta a Francia, como las ancianas de los villorrios bengalés.

En EEUU, el parlamento es un coro obediente o que refunfuña algunas veces bajo la batuta del presidente. Este no es sino el agente de la maquinaria electoral que sirve de aparato político a los trusts, ahora, después de la guerra, en mayor medida que antes.

El parlamentarismo tardío de los alemanes, aborto de la revolución burguesa, que a su vez sólo es un aborto de la historia, está sujeto desde la infancia a todas las enfermedades que afectan a los perros viejos. El Reichstag de la República de Ebert, “el más democrático del mundo”, es impotente no sólo ante el bastón de mariscal que agita Foch sino también ante las maquinaciones de sus especuladores, de sus Stinnes así como ante los complots militares de una camarilla de oficiales. La democracia parlamentaria alemana es sólo un vacío entre dos dictaduras.

Durante la guerra se han producido profundas modificaciones en la composición de la burguesía. Frente al empobrecimiento general de todo el mundo, la concentración de capitales ha dado un gran paso adelante. Han pasado a primer plano casas de comercio que antes no se conocían. La solidez, el equilibrio, la propensión a los compromisos “razonables”, la observación de un cierto decoro en la explotación y en la utilización de los productos desapareció bajo el torrente del imperialismo.

Los nuevos ricos han ocupado el proscenio: proveedores del ejército, especuladores de baja estofa, advenedizos, vividores, merodeadores, ex convictos cubiertos de diamantes, canalla sin ningún tipo de fe ni ley, ávida de lujo, dispuesta a cualquier atrocidad para obstaculizar la revolución proletaria de la que sólo pueden esperar un nudo corredizo.

El régimen actual en cuanto que dominación de los ricos, se yergue ante las masas con toda su desvergüenza. En EEUU, en Francia, en Inglaterra, el lujo de posguerra ha adquirido un carácter frenético. París, atestada de parásitos del patriotismo internacional, se asemeja, según una confesión de *Le Temps*, a una Babilonia en vísperas de una catástrofe.

A merced de esta burguesía se alinean la política, la justicia, la prensa, el arte, la Iglesia. Todos los frenos, todos los principios son dejados de lado. Wilson, Clemenceau,

Millerand, Lloyd George, Churchill no se detienen ante las más desvergonzadas acciones, ante las mentiras más groseras y, cuando se les sorprende realizando actos deshonestos, prosiguen tranquilamente sus proezas, que deberían llevarlos a una corte de justicia. Las reglas clásicas de la perversidad política, tal como las redactó el viejo Maquiavelo, sólo son inocentes aforismos de un tonto provinciano en comparación con los principios con los que se rigen los actuales gobiernos burgueses. Los tribunales, que antes cubrían con un ropel democrático su esencia burguesa, engañan abiertamente a los proletarios y realizan un trabajo de provocación contrarrevolucionario. Los jueces de la III República absuelven sin vacilar al asesino de Jaurès. Los tribunales de Alemania, que había sido proclamada república socialista, alientan a los asesinos de Liebknecht, de Rosa Luxemburgo y de muchos otros mártires del proletariado. Los tribunales de las democracias burguesas sirven para legalizar solemnemente todos los crímenes del terror blanco.

La prensa burguesa se deja comprar abiertamente, lleva el signo de los vendidos en la frente, como una marca de fábrica. Los diarios dirigentes de la burguesía mundial son fábricas monstruosas de mentiras, calumnias y prisiones espirituales.

Las disposiciones y los sentimientos de la burguesía están sujetos a alzas y bajas intempestivas, como el precio de sus mercados. Durante los primeros meses que siguieron al fin de la guerra, la burguesía internacional, sobre todo la burguesía francesa, temblaba ante la amenaza del comunismo. De la inminencia del peligro se hacía una idea relacionada por los crímenes sangrientos que había cometido. Pero supo rechazar el primer ataque. Unidos a ella por los lazos de una responsabilidad común, los partidos socialistas y los sindicatos de la Segunda Internacional le prestaron un último servicio, ayudándola ante los primeros golpes asestados por la cólera de los trabajadores. Al precio del total naufragio de la Segunda Internacional, la burguesía logró algún respiro. Fue suficiente la obtención por parte de Clemenceau de cierto número de votos contrarrevolucionarios en las elecciones parlamentarias, algunos meses de equilibrio inestable, el fracaso de la huelga de mayo para que la burguesía francesa proclamase con seguridad la solidez inquebrantable de su régimen. El orgullo de esta clase alcanzó el mismo nivel al que antes habían llegado sus temores.

La amenaza se ha convertido en el único argumento de la burguesía. No cree en las frases y exige actos: que se detenga, que se dispersen las manifestaciones, que se confisque, que se fusile. Los ministros burgueses y los parlamentarios tratan de imponerse ante la burguesía representando el papel de hombres enérgicos, de hombres de acero. Lloyd George aconseja directamente a los ministros alemanes que fusilen a sus comuneros, como se hizo en Francia en 1871. Un funcionario de tercera categoría puede contar con los aplausos tumultuosos de la Cámara si sabe insertar al final de un insignificante informe algunas amenazas contra los obreros.

Mientras la administración se transforma en una organización cada vez más desvergonzada, destinada a realizar sangrientas represiones contra las clases trabajadoras, otras organizaciones contrarrevolucionarias privadas, formadas bajo su control y puestas a su disposición, trabajan para impedir por la fuerza las huelgas, para cometer provocaciones, prestar falsos testimonios, destruir las organizaciones revolucionarias, tomar por asalto los locales comunistas, masacrar e incendiar, asesinar a los dirigentes revolucionarios, y adoptan otras medidas tendientes a defender la propiedad privada y la democracia.

Los hijos de los grandes propietarios, de los grandes burgueses, los pequeños burgueses que no saben a qué atenerse y en general los elementos desclasados, en primer lugar los miembros de diversas categorías emigradas de Rusia, forman inagotables cuadros de reserva para los ejércitos irregulares de la contrarrevolución. A la cabeza se hallan altos oficiales de la escuela de la guerra imperialista.

Los veinte mil oficiales del ejército de Hohenzollern constituyen, sobretodo después de la rebelión de Kapp-Lüttwitz, un núcleo contrarrevolucionario al que la democracia alemana sólo podrá liquidar con el auxilio del martillo de la dictadura del proletariado. Esta organización centralizada de los terroristas del antiguo régimen se completa con los destacamentos de sicarios formados por los grandes verdugos prusianos.

En EEUU, organizaciones tales como la National Security League o el Knights of Liberty son los regimientos de vanguardia del capital y a su lado actúan esas bandas de malhechores que son las Detective Agencies de espionaje privado.

En Francia, la Liga Cívica no es sino una organización perfeccionada de los “renards” y la Confederación del Trabajo, reformista por otra parte, es puesta fuera de la ley.

La mafia de los oficiales blancos húngaros, que sigue teniendo una existencia clandestina aunque su gobierno de verdugos contrarrevolucionarios subsista con el beneplácito de Inglaterra, ha demostrado al proletariado de todo el mundo cómo se pone en práctica esta civilización y esta humanidad que preconizan Wilson y Lloyd George, luego de haber criticado el poder de los sóviets y las violencias revolucionarias.

Los gobiernos “democráticos” de Finlandia, Georgia, Letonia y Estonia realizan grandes esfuerzos para poder alcanzar el nivel de perfección de su prototipo húngaro. En Barcelona, la policía tiene bajo sus órdenes a una banda de asesinos. Y lo mismo ocurre en todas partes.

Incluso en un país vencido y arruinado como Bulgaria, los oficiales sin empleo se reúnen en sociedades secretas dispuestas, ante la primera señal, a dar prueba de su patriotismo en detrimento de los obreros búlgaros.

Tal como es practicado en el régimen burgués de posguerra, el programa de la conciliación de intereses contradictorios, de la colaboración entre las clases, del reformismo parlamentario, del socialismo gradual y del acuerdo mutuo en el seno de cada nación, sólo es una siniestra payasada.

La burguesía se ha negado definitivamente a conciliar sus propios intereses y los del proletariado mediante simples reformas. Corrompe a una aristocracia obrera insignificante con unas cuantas migajas y somete a las grandes masas a sangre y fuego. Ni un solo problema importante es decidido por mayoría de votos. Del principio democrático sólo queda un fugaz recuerdo en los confundidos cerebros de los reformistas. Cada vez más, el gobierno se limita a organizar lo que constituye el núcleo esencial de los Estados: los regimientos de soldados. La burguesía ya no pierde su tiempo “contando las peras en el árbol”, ahora cuenta los fusiles, las ametralladoras y los cañones que tendrá a su disposición cuando llegue el momento en que deba decidirse la cuestión del poder y de la propiedad.

¿Quién viene a hablarnos de colaboración o de mediación? Nuestro triunfo sólo es posible con la derrota de la burguesía y únicamente la revolución proletaria puede provocar esa derrota.

LA RUSIA SOVIÉTICA

El chovinismo, la codicia, la discordia se entremezclan en una danza desenfrenada y únicamente el principio del comunismo permanece vigente y creador ante el mundo. Si bien el poder de los sóviets se estableció primeramente en un país atrasado, devastado por la guerra, rodeado de poderosos enemigos, demostró no solamente una tenacidad poco común sino también una actividad insospechada. Probó, en los hechos, la fuerza potencial del comunismo. El desarrollo y el fortalecimiento del poder soviético constituyen el punto culminante de la historia mundial desde la creación de la Internacional Comunista.

La capacidad para formar un ejército hasta ahora siempre ha sido considerada como el criterio de toda actividad económica o política. La fuerza o la debilidad del ejército son el indicio que sirve para evaluar la fuerza o la debilidad del Estado desde el punto de vista económico. El poder de los sóviets creó una fuerza militar de primer orden, y gracias a ella combatió con indiscutible superioridad no sólo a los campeones de la vieja Rusia monárquica y burguesa, los ejércitos de Koltchak, Denikin, Yudenich, Wrangel y otros, sino también a los ejércitos nacionales de las repúblicas “democráticas” que participan en combate para complacer al imperialismo mundial (Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia).

Desde el punto de vista económico, ya es un gran milagro que la Rusia soviética se haya mantenido durante estos tres primeros años. Más aún, pudo desarrollarse porque, al haber tenido la fuerza suficiente como para arrancar de manos de la burguesía los instrumentos de explotación, los convirtió en instrumentos de producción industrial y los puso metódicamente en acción. El estruendo de las piezas de artillería a lo largo del inmenso frente que rodea a Rusia por todas partes no le impidió adoptar las medidas necesarias para restablecer la vida económica e intelectual perturbada.

La monopolización por parte del Estado socialista de los principales productos alimenticios y la lucha sin cuartel contra los especuladores salvaron a las ciudades rusas de un hambre mortal y posibilitaron el reabastecimiento del Ejército Rojo. La reunión de todas las fábricas, de los ferrocarriles y de la navegación bajo la égida del Estado permitió la regularización de la producción y la organización del transporte. La concentración de la industria y del transporte en manos del gobierno simplifica los métodos técnicos creando modelos únicos para las diversas piezas, modelos que sirven de prototipo a toda producción ulterior. Sólo el socialismo posibilita una evaluación precisa de la cantidad de bulones para locomotoras, vagones y vapores que es preciso producir y reparar.

Igualmente, es posible prever periódicamente la producción al por mayor necesaria de las piezas de máquinas adaptadas al prototipo, lo que presenta incalculables ventajas para la elevación de la productividad del trabajo.

El progreso económico, la organización científica de la industria, la puesta en práctica del sistema Taylor (desprovisto de sus rasgos de superexplotación) no encuentran en la Rusia soviética otros obstáculos que los que tratan de suscitar los imperialistas extranjeros.

Mientras que los intereses de las nacionalidades, enfrentándose a las pretensiones imperialistas, son una fuente continua de conflictos universales, de rebeliones y de guerras, la Rusia socialista ha demostrado que un gobierno obrero es capaz de conciliar las necesidades nacionales con las necesidades económicas, depurando a las primeras de todo chovinismo y a las segundas de todo imperialismo. El socialismo tiene por objeto unir a todas las regiones, todas las provincias, todas las nacionalidades mediante un mismo sistema económico. El centralismo económico, al no admitir la explotación de una clase por otra, de una nación por otra y al ser igualmente ventajoso para todas, no paraliza en absoluto el libre desarrollo de la economía nacional.

El ejemplo de la Rusia de los sóviets demuestra a los pueblos de Europa Central, del sudeste de los Balcanes, de las posesiones coloniales de Gran Bretaña, a todas las naciones, a todas las poblaciones oprimidas, a los egipcios y a los turcos, a los hindúes y a los persas, a los irlandeses y a los búlgaros que la solidaridad de todas las nacionalidades del mundo sólo es realizable mediante una Federación de Repúblicas Soviéticas.

La revolución hizo de Rusia la primera potencia proletaria. En sus tres años de existencia, sus fronteras se han modificado incesantemente. Estrechadas bajo los golpes del imperialismo mundial, recuperaban sus anteriores dimensiones cuando la presión disminuía. Para los sóviets, la lucha se convirtió en la lucha contra el capitalismo mundial. El problema de la Rusia de los sóviets se transformó en una piedra de toque para todas las organizaciones obreras. La segunda e infame traición de la socialdemocracia alemana después de la del 4 de agosto de 1914 residió en que, al formar parte del gobierno, recurrió al imperialismo occidental en lugar de aliarse a la revolución de Oriente. Una Alemania soviética aliada a la Rusia soviética habrían sido más fuertes que todos los estados capitalistas juntos.

La Internacional Comunista ha hecho suya la causa de la Rusia soviética. El proletariado internacional sólo guardará sus armas cuando la Rusia soviética se convierta en uno de los eslabones de una Federación de Repúblicas Soviéticas que abarque a todo el mundo.

LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La guerra civil está vigente en todo el mundo. Su divisa es: “El poder a los sóviets”.

El capitalismo ha transformado en proletariado a la inmensa mayoría de la humanidad. El imperialismo ha sacado a las masas de su inercia y las ha empujado al movimiento revolucionario. Lo que entendemos en la actualidad por la palabra “masa” no es lo que entendíamos por ella hace algunos años. Lo que constituía la masa en la época del parlamentarismo y del *tradeunionismo* ahora se ha convertido en la elite. Millones y decenas de millones de hombres que hasta ahora vivieron al margen de toda política están transformándose en una masa revolucionaria. La guerra movilizó a todo el mundo,

despertó el sentido político de los medios más atrasados, les dio ilusiones y esperanzas y los defraudó. Los rasgos característicos de las viejas formas del movimiento obrero (estrecha disciplina corporativa y, en suma, inercia de los proletarios más conscientes por una parte, apatía incurable de las masas por la otra) cayeron en el olvido para siempre. Millones de nuevos reclutas acaban de incorporarse. Las mujeres que perdieron a sus maridos y a sus padres y que debieron ocupar su lugar de trabajo participan ampliamente en el movimiento revolucionario. Los obreros de la nueva generación, habituados desde la infancia al fragor y a los estallidos de la guerra mundial, acogieron a la revolución como su elemento natural. La lucha pasa por fases diferentes según los países, pero esta lucha es la última. Sucede que las olas revolucionarias, estrellándose contra el edificio de una organización caduca, le prestan una nueva vida. Viejas enseñas, divisas semiborradas flotan aquí y allí sobre la superficie de las olas. En los cerebros existen perturbaciones, tinieblas, prejuicios, ilusiones. Pero el movimiento en su conjunto tiene un carácter profundamente revolucionario. No es posible ni extinguirlo ni detenerlo. Se extiende, se fortalece, se purifica, rechaza todo lo caduco. No se detendrá hasta que el proletariado mundial haya llegado al poder.

La huelga es el medio de acción más habitual en el movimiento revolucionario. Su causa más frecuente es el alza de los precios sobre los productos de primera necesidad. La huelga surge frecuentemente de conflictos regionales. Es el grito de protesta de las masas impacientadas por los manejos parlamentarios de los socialistas. Expresa la solidaridad entre los explotados de un mismo país o de países diferentes. Sus divisas son de naturaleza económica a la vez que política. Frecuentemente, fragmentos de reformismo se entremezclan con consignas de revolución social. La huelga se calma, parece terminar, luego prosigue con más fuerza, trastrocando la producción, amenazando al aparato gubernamental. Despierta la furia de la burguesía porque aprovecha toda ocasión para expresar su simpatía por la Rusia soviética. Los presentimientos de los explotadores no carecen de fundamento, porque esta huelga caótica significa en realidad el socialismo revolucionario y la movilización del proletariado internacional llevados a la práctica.

La estrecha interdependencia en la que se encuentran todos los países y que se puso en evidencia de manera tan catastrófica durante la guerra, da una importancia particular a los sectores del trabajo que vinculan a los países entre sí y coloca en primer plano a los ferroviarios y a los obreros del transporte en general. El proletariado del transporte tuvo ocasión de demostrar su fuerza en el boicot a la Hungría y a la Polonia blancas. La huelga y el boicot, métodos que la clase obrera empleaba al comienzo de su lucha sindical, es decir cuando aún no había comenzado a utilizar el parlamentarismo, tienen en nuestros días la misma importancia y el mismo temible significado que la preparación de la artillería antes del último ataque.

La impotencia a la que se encuentra reducido el individuo ante el ciego avance de los acontecimientos históricos obliga no solamente a nuevos estratos de obreros y obreras sino también a los empleados, los funcionarios, los intelectuales pequeñoburgueses, a entrar en las filas de las organizaciones sindicales. Antes de que la marcha de la revolución proletaria obligue a crear sóviets que predominarán sobre todas las viejas organizaciones obreras, los trabajadores se agrupan en sindicatos, toleran, mientras esperan, la vieja constitución de esos sindicatos, su programa oficial, su elite dirigente,

pero aportan a esas organizaciones la creciente energía revolucionaria de las masas que no habían actuado hasta ahora.

Los más humildes entre los humildes, los proletarios rurales, los trabajadores agrícolas, están levantando cabeza. En Italia, Alemania y otros países observamos un magnífico crecimiento del movimiento revolucionario entre ellos, y su acercamiento fraternal al proletariado urbano.

Los estratos campesinos más pobres cambian su actitud con respecto al socialismo. Mientras las intrigas de los reformistas parlamentarios, que partían de los prejuicios del *mujik* con respecto a la propiedad, no han rendido frutos; el verdadero movimiento revolucionario del proletariado, con su lucha implacable contra los opresores, ha dado lugar a un rayo de esperanza en el corazón de los propietarios campesinos más atrasados, ignorantes y arruinados.

El océano de la escasez y la ignorancia humanas no tiene fondo. Cada capa social que sale a la superficie deja otra a punto de salir. Pero la vanguardia no debe esperar que la pesada retaguardia salga para entrar en batalla. Una vez en el poder, recién entonces, la clase obrera realizará el trabajo de despertar, elevar y educar a sus sectores más atrasados.

Los trabajadores de los países coloniales y semicoloniales han despertado. En las regiones inconmensurables de la India, Egipto, Persia, sobre las que yace el pulpo gigantesco del imperialismo británico, en este océano humano inexplorado, se mueven constantemente fuerzas tremendas, levantando poderosas marejadas que causan temblores en las acciones y los corazones de la City.

En los movimientos de los pueblos coloniales el elemento social se combina con el nacional, pero ambos se dirigen contra el imperialismo. Los países coloniales y atrasados, en general, recorren a marcha redoblada el camino que va desde los primeros tropiezos infantiles a las formas más maduras de lucha, bajo la presión del imperialismo moderno y la dirección del proletariado revolucionario.

El fructífero acercamiento entre los pueblos musulmanes y no musulmanes esclavizados por la dominación británica y extranjera; la purificación interna del movimiento mediante la liquidación del clero y la reacción chovinista; la lucha simultánea contra la opresión extranjera y sus aliados nativos (los señores feudales, los sacerdotes y los usureros); todo esto transforma al ejército creciente de la insurrección colonial en una gran fuerza histórica, en una reserva poderosa para el proletariado mundial.

Los parias se levantan. Acaban de despertar, gravitan y se vuelven ávidos hacia la Rusia Soviética, hacia las luchas con barricadas en las calles de las ciudades alemanas, a las huelgas en constante aumento de Inglaterra, hacia la Internacional Comunista.

El socialismo que, directa o indirectamente, defiende la situación privilegiada de ciertas naciones en detrimento de otras, que se aviene a la esclavitud colonial, que admite diferencias de derechos entre los hombres de distintas razas y color, que ayuda a la burguesía de la metrópoli a mantener su dominación sobre las colonias en lugar de favorecer la insurrección armada de esas colonias, el socialismo inglés que no apoya con toda su fuerza la insurrección en Irlanda, Egipto y la India contra la plutocracia

londinense, ese “socialismo”, lejos de pretender obtener el mandato y la confianza del proletariado, merece si no balas al menos la marca del oprobio.

Ahora bien, en sus esfuerzos por lograr el triunfo de la revolución mundial, el proletariado se enfrenta no sólo con las alambradas semiderruidas que dividen aún los países desde la época de guerra, sino sobretodo con el egoísmo, el conservadurismo, la ceguera y la traición de las viejas organizaciones partidarias y de los sindicatos que vivieron de él anteriormente.

La traición a que se acostumbró la socialdemocracia internacional no tiene parangón en la historia de la lucha contra la servidumbre. Por eso en Alemania sus consecuencias son más terribles. La derrota del imperialismo alemán fue, al mismo tiempo, la del sistema de economía capitalista. Fuera del proletariado no había ninguna clase que pudiese pretender el poder del Estado. El perfeccionamiento de la técnica, el número y el nivel intelectual de la clase obrera alemana eran una garantía segura del éxito de la revolución social. Desgraciadamente, la socialdemocracia alemana se convirtió en un obstáculo. Gracias a complicadas maniobras en las que la astucia se mezcló con la estupidez, paralizó la energía del proletariado para desviarlo del camino hacia la conquista del poder, que era su objetivo natural y necesario.

La socialdemocracia se dedicó durante decenas de años a conquistar la confianza de los obreros para luego, llegado el momento decisivo, cuando la suerte de la sociedad burguesa estaba en juego, poner toda su autoridad al servicio de los explotadores.

La traición del liberalismo y la derrota de la democracia burguesa son episodios insignificantes en comparación con la monstruosa traición de los partidos socialistas. El papel de la propia Iglesia, esa fábrica central del conservadurismo como la definió Lloyd George, es insignificante al lado del papel antisocialista de la Segunda Internacional.

La socialdemocracia quiso justificar su traición hacia la revolución durante la guerra mediante la fórmula de la defensa nacional, y encubre su política contrarrevolucionaria, después de la firma de la paz, con la fórmula de la democracia. Defensa nacional y democracia, he aquí las solemnes fórmulas de capitulación del proletariado ante la voluntad de la burguesía.

Pero la caída no se detiene aquí. Continuando su política de defensa del régimen capitalista, la socialdemocracia está obligada, a remolque de la burguesía, a pisotear la “defensa nacional” y la “democracia”. Scheidemann y Ebert besan la mano del imperialismo francés cuyo apoyo reclaman contra la revolución soviética. Noske encarna el terror blanco y la contrarrevolución burguesa.

Albert Thomas se transforma en comisionado de la Liga de las Naciones, esa vergonzosa agencia del imperialismo. Vandervelde, elocuente imagen de la fragilidad de la Segunda Internacional de la que era jefe, se convierte en ministro del rey, colega del beato Delacroix, defensor de los sacerdotes católicos belgas y abogado de las atrocidades capitalistas cometidas contra los negros del Congo.

Henderson, que imita a los grandes hombres de la burguesía, que figura por turno como ministro del rey y representante de la oposición obrera de Su Majestad; Tom Shaw, que

reclama del gobierno soviético pruebas irrefutables tales como que el gobierno de Londres está compuesto de estafadores, de bandidos y de perjuros. ¿Qué son estos señores sino los enemigos jurados de la clase obrera?

Renner y Sietz, Niemets y Tousar, Troelstra y Branting, Daszinsky y Chjeidze, cada uno de ellos traduce, en la lengua de su pequeña burguesía deshonestas, la derrota de la Segunda Internacional.

Karl Kautsky, ex teórico de la Segunda Internacional y ex marxista, se convierte en el consejero balbuceante designado por la prensa amarilla de todos los países.

Bajo el impulso de las masas, los elementos más flexibles del viejo socialismo, sin por ello cambiar de naturaleza, cambian de carácter y de color, rompen o se disponen a romper con la Segunda Internacional, batiéndose, como siempre en retirada, ante toda acción de masas y revolucionaria y también ante todo preludio serio de acción.

Para caracterizar y a la vez desenmascarar a los actores de esta farsa, basta decir que el Partido Socialista Polaco que tiene como jefe a Daszinsky y por patrón a Pilsudski, el partido del cinismo burgués y del fanatismo chovinista, declara retirarse de la Segunda Internacional.

La elite parlamentaria dirigente del Partido Socialista Francés, que vota actualmente contra el presupuesto y contra el tratado de Versalles, sigue siendo en el fondo uno de los pilares de la república burguesa. Sus gestos de oposición son lo suficientemente aislados como para no perturbar la semiconfianza que les tienen los medios más conservadores dentro del proletariado.

En los problemas capitales de la lucha de clases, el socialismo parlamentario francés continúa engañando la voluntad de la clase obrera, sugiriéndole que el momento actual no es propicio para la conquista del poder porque Francia está demasiado empobrecida, del mismo modo como antes era desfavorable a causa de la guerra, o como en vísperas de la guerra el obstáculo era la prosperidad industrial y antes la crisis industrial. Al lado del socialismo parlamentario y en el mismo plano se halla el sindicalismo charlatán y engañoso de los Jouhaux y Compañía.

La creación de un Partido Comunista fuerte y templado por el espíritu de unidad y de disciplina en Francia es una cuestión de vida o muerte para el proletariado francés.

La nueva generación de obreros alemanes hace su educación y extrae su fuerza de las huelgas y las insurrecciones. Su experiencia le seguirá costando tantas víctimas mientras el Partido Socialdemócrata Independiente continúe sufriendo la influencia de los conservadores socialdemócratas y de los rutinarios que rememoran la socialdemocracia de los tiempos de Bebel, que no comprenden el carácter revolucionario de la época actual y tiemblan ante la guerra civil y el terror revolucionario, dejándose llevar por los acontecimientos, a la espera del milagro que debe venir en ayuda de su incapacidad. Es en el fuego de la lucha donde el partido de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht enseña a los obreros alemanes cuál es el buen camino.

En el movimiento obrero inglés la rutina es tal que en Inglaterra aún no se ha sentido la necesidad de cambiar: los dirigentes del Partido Laborista británico se obstinan en permanecer dentro de los marcos de la Segunda Internacional.

Mientras que el curso de los acontecimientos de los últimos años, al romper la estabilidad de la vida económica en la Inglaterra conservadora ha vuelto a las masas trabajadoras totalmente aptas para asimilar el programa revolucionario, la mecánica oficial de la nación burguesa con su poder real, su Cámara de los Lores, su Cámara de los Comunes, su Iglesia, sus Trade Unions, su Partido Laborista, Jorge V, el arzobispo de Canterbury y Henderson, permanece intacta como un poderoso freno automático contra el desarrollo. Sólo un Partido Comunista liberado de la rutina y del espíritu de secta, íntimamente ligado a las grandes organizaciones obreras, puede oponer el elemento proletario a esta elite oficial.

En Italia, donde la burguesía reconoce francamente que la suerte del país se halla, al fin de cuentas, en manos del Partido Socialista, la política del ala derecha representada por Turati se esfuerza por encauzar el torrente de la revolución proletaria por el carril de las reformas parlamentarias.

¡Proletarios de Italia, pensad en Hungría cuyo ejemplo está escrito en la historia para recordar que en la lucha por el poder, así como durante el ejercicio del poder, el proletariado debe permanecer firme, rechazar a todos los elementos equívocos y hacer despiadadamente justicia ante todas las tentativas de traición!

Las catástrofes militares, seguidas de una temible crisis económica, inauguran un nuevo capítulo en el movimiento obrero de EEUU y en los otros países del continente norteamericano. La liquidación de la charlatanería y de la desvergüenza del presidente Wilson significa la liquidación de ese socialismo norteamericano mezcla de ilusiones pacifistas y de actividad mercantil cuya coronación es el *tradeunionismo* “de izquierda” de los Gompers y Compañía. La estrecha unión de los partidos obreros revolucionarios y de las organizaciones proletarias del continente americano, desde la casi isla de Alaska hasta el Cabo de Hornos, en forma de una compacta sección americana de la Internacional, frente al imperialismo todopoderoso amenazante de EEUU, debe ser realizado en la lucha contra todas las fuerzas movilizadas por el dólar para su defensa.

Los socialistas de gobierno y sus consortes de todos los países tuvieron muchas razones para acusar a los comunistas de provocar, mediante su táctica intransigente, la actividad de la contrarrevolución cuyas filas ellos contribuyen a afianzar. Esta inculpación política no es sino una reedición tardía de los lamentos del liberalismo. Precisamente este último afirmaba que la lucha espontánea del proletariado impulsa a los privilegiados hacia el campo de la reacción. Esa es una verdad incuestionable. Si la clase obrera no atacase los fundamentos de la dominación de la burguesía, ésta no tendría ninguna necesidad de reprimirla. La idea misma de contrarrevolución no existiría si la historia no conociera revoluciones. Si las insurrecciones del proletariado implican fatalmente la unión de la burguesía para la defensa y el contraataque, ello prueba una sola cosa: que la revolución es la lucha de dos clases irreconciliables que sólo puede culminar en el triunfo definitivo de una sobre la otra.

El comunismo rechaza con desprecio la política consistente en mantener a las masas en el estancamiento, ante el temor a las represalias de la contrarrevolución.

A la incoherencia y al caos del mundo capitalista, cuyos últimos esfuerzos amenazan con destruir toda la civilización humana, la Internacional Comunista opone la lucha combinada del proletariado mundial para la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y por la reconstrucción de una economía nacional y mundial basada en un plan económico único, establecido y realizado por la sociedad solidaria de los productores. Al agrupar bajo la bandera de la dictadura del proletariado y del sistema soviético de Estado a los millones de trabajadores de todas partes del mundo, la Internacional Comunista lucha obstinadamente para organizar y purificar sus propios elementos.

La Internacional Comunista es el partido de la insurrección del proletariado mundial en rebelión. Rechaza todas las organizaciones y los partidos que, bajo una forma abierta o velada, adormecen, desmoralizan y perturban al proletariado, exhortándolo a inclinarse ante los fetiches con los que se protege la dictadura de la burguesía: la legalidad, la democracia, la defensa nacional, etc..

La Internacional Comunista tampoco puede tolerar en sus filas a las organizaciones que mientras incluyen en su programa la dictadura del proletariado, persisten en llevar a cabo una política empeñada en buscar una solución pacífica a la crisis histórica. La única forma de resolver el problema es reconocer el sistema de los sóviets. La organización soviética no encierra una virtud milagrosa. Esta virtud revolucionaria reside en el propio proletariado. Es preciso que éste no vacile en sublevarse y conquistar el poder y solamente entonces la organización soviética pondrá de manifiesto sus cualidades y seguirá siendo para él su arma más eficaz.

La Internacional Comunista pretende expulsar de las filas del movimiento obrero a todos los jefes que están directa o indirectamente vinculados con la burguesía a través de la colaboración política. Lo que necesitamos son jefes que sientan por la sociedad burguesa un odio mortal, que organicen al proletariado en vistas de una lucha despiadada, que estén dispuestos a conducir al combate al ejército de los insurrectos, que no se detengan a mitad de camino suceda lo que suceda y que no teman recurrir a medidas de represión despiadadas contra todos aquellos que intenten detenerlos por la fuerza.

La Internacional Comunista es el partido internacional de la insurrección proletaria y de la dictadura proletaria. Para ella no existen otros objetivos ni otros problemas que los de la clase obrera. Las pretensiones de las pequeñas sectas, cada una de las cuales quiere salvar a la clase obrera a su modo, son extrañas y contrarias al espíritu de la Internacional Comunista. Esta no posee la panacea universal, el remedio infalible para todos los males, sino que saca lecciones de la experiencia de la clase obrera en el pasado y en el presente, y esta experiencia le sirve para reparar sus errores y desviaciones. De allí extrae un plan general y sólo reconoce y adopta las fórmulas revolucionarias de la acción de masas.

Organización sindical, huelga económica y política, boicot, elecciones parlamentarias y municipales, tribuna parlamentaria, propaganda legal e ilegal, organizaciones clandestinas en el seno del ejército, trabajo cooperativo, barricadas, la Internacional Comunista no rechaza ninguna de las formas organizativas o de lucha creadas en el transcurso del desarrollo del movimiento obrero, pero tampoco consagra a ninguna en calidad de panacea universal.

El sistema de los sóviets no es únicamente un principio abstracto que los comunistas quieren oponer al sistema parlamentario. Los sóviets son un aparato del poder proletario que, a través de la lucha y sólo mediante esta lucha, deben remplazar al parlamentarismo. A la vez que combate de la manera más decidida el reformismo de los sindicatos, el arribismo y el cretinismo de los parlamentos, la Internacional Comunista no deja de condenar el sectarismo de aquellos que invitan a los proletarios a abandonar las filas de organizaciones sindicales que cuentan con millones de miembros y a ignorar a las instituciones parlamentarias y municipales. Los comunistas de ningún modo se alejan de las masas engañadas y vendidas por los reformistas y los patriotas sino que aceptan luchar con ellos, dentro de las organizaciones de masas y de las instituciones creadas por la sociedad burguesa, de manera de poder acabar con esta última rápidamente. Mientras que, bajo la égida de la Segunda Internacional, los sistemas de organización de clase y los medios de lucha casi exclusivamente legales se encontraban sometidos al control y a la dirección de la burguesía y la clase revolucionaria estaba amordazada por los agentes reformistas, la Internacional Comunista, por el contrario, arranca de manos de la burguesía las riendas que ésta había acaparado, asume la organización del movimiento obrero, lo reúne bajo las órdenes de un mando revolucionario y, ayudado por él, propone al proletariado un objetivo único: la toma del poder para destruir al Estado burgués y organizar una sociedad comunista.

En toda su actividad, bien sea como líder de una huelga revolucionaria, bien como organizador de grupos clandestinos, como secretario de un sindicato, agitador de un mitin de masas, diputado, obrero de cooperativa o combatiendo en las barricadas, el comunista siempre es fiel a sí mismo en su carácter de miembro disciplinado del Partido Comunista, celoso luchador, enemigo implacable de la sociedad capitalista, de régimen económico, de su Estado, de sus mentiras democráticas, de su religión y de su moral. Es un soldado abnegado de la revolución proletaria y heraldo infatigable de la nueva sociedad.

¡Obreros y obreras!

¡En esta tierra hay una sola bandera por la que vale la pena luchar y morir:
es la bandera de la Internacional Comunista!

El II Congreso de la Internacional Comunista

(Firmado)

Rusia: N. Lenin, G. Zinóviev, N. Bujarin, L. Trotsky.

Alemania: P Levi, E Meyer Y. Walcher, E. Wolfstein.

Austria: Steinhardt, Toman, Stroemer.

Francia: Rosmer, Jacques Sadoul, Henri Guilbeaux.

Inglaterra: Tom Quelch, Gallacher, E. Sylvia Pankhurst, MacLaine.

EEUU: Fleen, A. Frayna, A. Bilan, J. Reed.

Italia: D. M. Serrati, N. Bombacci, Graziadei, A. Bordiga.

Noruega: Frys, Shefflo, A. Madsen.

Suecia: K. Dalstraem, Samuelson, Winberg.

Dinamarca: O. Jorgenson, M. Nilsen.

Holanda: Wijncup, Jansen, Van Leuve.

Bélgica: Van Overstraaten.

España: Pestaña.
Suiza: Herzog, J. Humbert-Droz.
Hungria: Racoczy, A. Roudnyansky, Varga.
Galitzia: Levitsky.
Polonia: J. Marchlevsky.
Latvia: Stutchka, Krastyn.
Lituania: Mitzkévitch-Kapsukas.
Checoslovaquia: Vanek, Gula, Zapototsky.
Estonia: E. Wakman, G. Poegelman.
Finlandia: L Rakhia, Letonmiaky, K. Manner.
Bulgaria: Kabaktchiev, Maximov, Chablin.
Yugoslavia: Milkitch.
Georgia: M. Tsajayaiah.
Armenia: Nazaritian.
Turquía: Nichad.
Persia: Sultán Saadé.
India: Atcharia, Sheffik, Roy.
Indias Orientales Holandesas: Maring.
China: Lau-Siu-Chau.
Corea: Pak Djinchoun, Him Houlin.
México: Allen, Seaman.